

Para el muy apreciado
escritor y amigo, Nicolás
Gomoner.

Muy cordialmente

Gustavo Doré

VIVIAN CHRISTIE

Quito. Mayo 6/1934

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. Nº 1.511

FECHA DE CONSTATAción Diciembre 1.950

VALOR \$/ 20,00

CLASIFICACION

GUSTAVO DORÉ

VIVIAN CHRISTIE

BIBLIOTECA ECUATORIANA

editorial bolívar - quito

Directores:

Alfonso y José Rumazo González

ES PROPIEDAD.

Reservados todos los
derechos.—1933.

Edición de 400 ejemplares numerados.

Nº 200

Imprenta, Librería y Papelería EDITORIAL ARTES GRÁFICAS de Cándido Briz Sánchez.—Quito.

A Gustavo Martínez Zuviría

*Ud. leyó antes que nadie
los manuscritos de esta novela.*

*Ud. me impulsó a seguir
adelante.....*

*Vayan, pues, estas páginas,
como un recuerdo de esos días
en Lausana y como un testimo-
nio de mi admiración por el
escritor y el amigo.*

Gustavo Doré

PROLOGO DEL AUTOR

Ya estas páginas debían haber visto la luz!

Las he tenido tanto tiempo guardadas en el fondo del cajón de mi escritorio

Ellas me han acompañado siempre; las he conservado cuidadosamente, como se conserva un objeto muy querido, algo que se estima demasiado. ¡Cuánto me hubiera dolido perder este centenar de cuartillas amarillentas y casi sucias que han sido el orgullo de mi creación, el solaz de mi vida!

Las escribí hace tres años, no sé por qué tal vez porque sentía la ardiente necesidad de hacerlo, tal vez porque sentía un extraño placer en ir hilvanando poco a poco los capítulos de una novela absurda.

Yo sé que mi novela es absurda. Pero las cosas vulgares no tienen atractivo; es necesario buscar personajes que salgan de lo común y si no los encontramos, crearlos con nuestra imaginación. Todos los días no hallaremos hombres como "Vivian Christie", por eso he querido hacerle el héroe de esta novela.

Quiero también que mi novela sea el reflejo de la vida; pero de una vida fantástica, hermosa y hasta cierto punto humana.

Mi novela no tiene desenlaces como la vida tampoco tiene desenlaces.

Vivimos horas intensas, episodios bellos; pero raras veces conocemos su fin. Amamos a una mujer unos meses, unos años; luego ella sigue su rumbo y nosotros seguimos el nuestro. A veces encontramos un pañuelo, una fotografía, un poco de perfume que nos

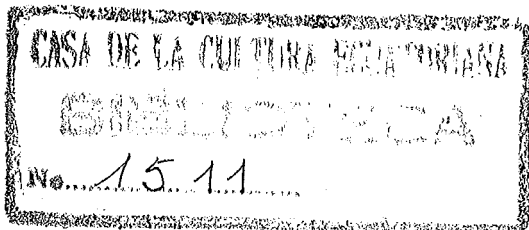
recuerda esas horas de pasión ya muertas . . .
entonces pensamos :

¿Qué será de ella? ¿qué se hizo nuestro amor?

Y por fuertes que hayan sido esas horas de pasión o esos momentos de dolor que parecía iban a exterminar nuestra vida; seguimos viviendo, y seguimos evolucionando, y seguimos buscando nuevas sensaciones y nuevas alegrías que irán formando esas novelas cortas, esos cuentos azules que serán más tarde el romance de nuestra existencia.

Me he deleitado leyendo estas páginas como se deleita un pintor ante el cuadro que es su obra; aquello que ha brotado del fondo de sí mismo, aquello que encierra lo que sólo él puede interpretar . . . su concepción del mundo y de la vida!

Largo tiempo he dudado antes de lanzarlas a la gran masa que llamamos mundo, si . . . porque el mundo no querrá acogerlas; las interpretarán como el fruto de una sensibilidad enfermiza, las encontrarán demasiado pueriles, demasiado románticas para



esta época. Tienen razón, pero todo eso me tiene sin cuidado

Me bastaría encontrar un alma que sea tan enferma y tan sensible como fué la mía, para que en una noche de insomnio, en una hora triste, las lea con amargura, con dolor

Gustavo Doré

PRIMERA PARTE

I

AQUELLA mañana las campanas de San Francisco no dejaron oír sus largos y sonoros acordes.

Era un Viernes Santo.

Reinaba un religioso silencio en la ciudad, el alegre bullicio cotidiano había cesado; pasaban las mujeres vestidas de negro con largas mantillas de encaje o mantones de seda, las criollas con pañolones morados y de colores oscuros, el libro, el rosario en la mano . . . iban a la Iglesia.

Sólo en la casa que hace esquina de la plaza, perteneciente a Don Felipe Christie, se notaba una rara animación. Junto a la vieja portada un grupo de mujeres cuchicheaban, las personas entraban y salían y hasta se oían lamentos.

Acababa de entrar el cura con los Santos Oleos dejando tras sí un olor a incienso y a velas apagadas.

La Sra. Elisa de Christie se moría

El doctor había salido en aquel momento de la alcoba de la moribunda moviendo la cabeza negativamente:

“Acaba de dar a luz un varón pero este varón le costará la vida”.

Pronunció estas palabras con voz entrecortada, el gesto fruncido, moviendo nerviosamente las manos.

Antes del anochecer Doña Elisa había muerto. En una alcoba amplia, escasamente alumbrada por la luz verdosa de una lámpara, yacía su cadáver inerte, rodeado por unas cuantas velas cuyas llamas languidecían lentamente.

Se escuchaban sollozos, frases desesperadas y al fondo de la estancia el murmullo de unas voces que oraban en voz alta. También Don Felipe Christie, "el hombre de hierro" como le llamaban, enjugaba a cada instante las lágrimas de sus ojos.

Era Don Felipe uno de esos hombres fuertes y dominantes que supieron abrirse campo en los terrenos de la política. Había tomado parte, desde muy joven, en las luchas de su país y aunque nada le faltase, pues era sumamente rico y noble, nunca quiso abandonar sus ideas de reforma, ni el mando del partido del cual era jefe, razón por la cual contaba con muchos y poderosos enemigos.

Sus antepasados fueron de origen inglés, de esos aristocráticos aventureros que vinieron a buscar gloria y fama en las tierras de América.

Su riqueza eran la sabana sin límites, las cabezas de ganado que no se podían contar, la casa solariega donde solía retirarse para el cultivo de sus estudios.

Quien hubiese visto a Don Felipe con lágrimas en los ojos seguramente se hubiese vanagloriado, pues por ahí corrían voces de que no tenía sentimientos.

Pero aquella noche lloraba pues amó tiernamente a su esposa.

Con paso lento le vieron acercarse a la cuna del recién nacido.

Al contemplar frente a frente ese pequeño rostro pálido, perdido entre las almohadas, pensó cuán insignificante era el asesino de su esposa y sintió una especie de repulsión hacia ese ser que comenzaba a vivir matando!

Pasaron varios meses.

Una nodriza se encargó del niño, quien a veces no parecía dar señales de vida.

La casa cubierta de duelo se hallaba silenciosa; las maderas de las grandes ventanas permanecieron cerradas y los rayos del sol ya no tiñeron las cortinas escarlatas de los salones de baile.

Don Felipe solía encerrarse días enteros en su escritorio.

Fue en el año de 18.... cuando estalló en la Capital una de las más sangrientas revoluciones. El gobierno acababa de caer y las tropas de los insurrectos se dedicaron al saqueo y al pillaje; la vida de Don Felipe Christie se hallaba gravemente comprometida, pues contaba con numerosos enemigos en el partido revolucionario.

Cuentan que habiendo sido atacada su casa y sintiéndose rodeado de bayonetas, gracias a la desesperada resistencia de un viejo servidor y por sus voces de socorro, alcanzó a huír de su escritorio el cual comunicaba con el patio por una puerta secreta.

Don Felipe oyó las pisadas de los soldados y oyó también que penetraban en la alcoba donde se hallaba Vivian.

"Le matarán esos bárbaros" dijo y sin reflexionar se lanzó a salvarlo.

Apenas había abierto la puerta cuando el ruido de dos detonaciones repercutió en

el vacío y el cuerpo de Felipe Christie se desplomaba inerte.

Así murió aquel hombre fuerte y tenaz . . .

¡Así nació Vivian Christie!

II

Nadie volvió a ocuparse de la vieja casa de San Francisco que permaneció cerrada.

Las persianas empolvadas, los techos ahuecados por las goteras, la suciedad que cubría los corredores y las paredes, le daban el aspecto de un sitio sangriento y misterioso.

Era propiedad de Vivian Christie, único heredero del nombre y de la cuantiosa fortuna de sus padres.

Era por entonces Vivian un muchacho de doce años, pálido el rostro de finas facciones,

negros los cabellos ondulados. Había heredado toda la fuerza de voluntad de su padre y el tierno sentimentalismo de su madre; tan pronto lanzaba un objeto en un momento de furor, como derramaba lágrimas al contemplar una herida en alguno de sus perros.

Un pariente de Don Felipe se había hecho cargo de él, llevándole a vivir con su esposa y sus hijas. Nunca le hizo notar su diferencia de sangre y fue allí donde Vivian encontró las delicias de un hogar y conoció el cariño maternal.

Vivía lejos de la ciudad, en una hacienda llamada "Miraflores". Era ésta una casa de campo situada muy cerca de las sabanas y no muy lejos del páramo; se hallaba rodeada por jardines, donde se veía pequeñas fuentes, cascadas artificiales o juegos de aguas adornados por patos o por cisnes; más al fondo, por un bosque con largas avenidas de cipreses y senderos de álamos, y por todo horizonte los llanos muy extensos donde pacían los ganados y los montes sembrados de eucaliptos, cuyos

rumores eran como una música en el silencio del campo.

“Miraflores” era uno de los lugares más pintorescos del distrito.

Allí pasó Vivian los primeros años de su niñez.

Una infancia Una sola infancia transcurre pronto cuando todo se tiene y todo se desea

¡Así transcurrió la suya!

Vagando por los bosques misteriosos en compañía de su perro negro, subiendo a los árboles para buscar un nido o contemplar a lo lejos la desierta majada, soñando las noches de luna en un hueco recóndito donde nadie interrumpiese su soledad, corriendo tras las doradas mariposas en las radiantes mañanas, o tendido junto al arroyo escuchando su murmullo, escuchando también el mugir de las vacas, el ladrar de los perros; Vivian se había formado una vida aparte y diferente.

La educación que había recibido de sus segundos padres, su carácter, el ambiente en el cual vivía, le habían hecho forjarse desde su Infancia altos ideales sobre el corazón humano, sobre la vida misma.

Vivian no podía comprender cómo en el mundo hubiese crímenes, ni miserias; creía que todos debían ser buenos como lo era él, como lo eran sus padres.

Su tutor no tenía hijos hombres y Carmen y Mercedes, mayores que él, ocupadas en las fiestas, en los bailes, en las flores, apenas podían compartir sus sentimientos con el pequeño Vivian, quien, aunque muy mimado, permanecía solitario en su tristeza.

Dos años más tarde ingresaba en el Colegio de San Bartolomé, donde no tardó en contraer amistades con compañeros de su edad. El muchacho taciturno del campo tornóse pronto en los planes contra los profesores y capataz en los asaltos.

Sea por su posición social, sea por sus cualidades, alumnos y profesores le distinguieron con su estimación.

Vivian era feliz. Feliz como el niño lleno de ilusiones que vibra al contacto de una esperanza, quien encontrará siempre encanto pensando en el futuro, quien amará la vida con violencia y desafiará al destino con ardor.

Las fiestas religiosas del colegio halagaron sus fantasías. Aprendió a amar a la Virgen con esa pasión inocente e ingenua de la juventud primera.

Aprendió a orar con fervor y más de una vez le vieron postrado ante su imagen con las manos cruzadas, el rostro iluminado. Llevó flores a su altar, rosas y claveles que había pedido a su casa de campo; durante los meses de mayo comulgó todos los días, escuchó con atención los sermones, apuntó sus resoluciones en el pequeño carnet que había comprado con este objeto y continuó su vida más alegre que nunca.

Al verle tan activo y sonriente, los buenos sacerdotes se mostraron orgullosos de él y más de una vez, dándole palmaditas en la espalda le dijeron: "Si el mundo no te cambia . . . serás un buen muchacho".

Vivian reflexionaba luego sobre aquello del "mundo" y sonreía sin poder comprenderles.

Volvieron las vacaciones de Verano y volvieron también los días de campo, cuando se despertaba oyendo gritar al mayordomo y escuchando la canción del indio que se disponía a ordeñar las vacas. Buscó de nuevo los sitios más desiertos y abandonados, fue a sentarse junto al arroyo para convertirlo en nido de sus ensueños.

Dos pasiones compendiaban entonces su vida: su amor inocente y secreto hacia Carmen y su pasión por la lectura.

Amaba a Carmen con un amor religioso. Admiraba su silueta delgada, sus brazos blancos y tersos, la dulzura de su rostro, el encanto y el perfume que despedía toda su persona.

Todos los días, al caer la tarde, solía atravesar con ella la inmensa avenida de cipreses que comunicaba con la entrada. Algunas veces se sentaban sobre algún tronco cortado que yacía a lo largo del cami-

no y allí permanecían silenciosos mirándose en los ojos, viendo pasar las bandadas de negras golondrinas que iban a refugiarse en el hueco de algún tejado. Ella le abandonaba una mano, casi sin darse cuenta, una mano blanca y fina, suave como la seda, la cual él aprisionaba con vehemencia; otras veces él apoyaba su rizada cabellera sobre sus hombros perfumados y rosaba con sus labios, a través de la gasa de su vestido, el terciopelo de sus brazos.

Aquellos eran para él, momentos de felicidad incomparable!

Pero Carmen permanecía más a menudo en la ciudad que en el campo.

Vivian se quedaba en compañía de sus parientes y de los peones. Para matar el tiempo leía y leyendo se exaltó más su imaginación infantil.

Sus libros predilectos eran los de viajes y aventuras y al transportarse por aquellas páginas a países desconocidos, le parecía estar viviendo su propia vida.

Soñaba con nuevos sitios y nuevas gentes adornadas con esa belleza de novela.

Veía mujeres fantásticas, una reina o una princesa abandonarse a sus súplicas.

Cada día que pasaba su vida le parecía más monótona, veía que le faltaba algo que no podía definir....y ese algo, era conocer todo aquello.

Pasaron por sus manos Walter Scott y Julio Verne y tantos otros libros que no hicieron más que acrecentar más el fuego de sus ideas.

Cuando tuvo diez y seis años compró un revólver y cabalgando en su caballo tordillo, un gran sombrero de paja en la cabeza, el lazo en la cabezada, comenzó a recorrer los pajonales, en medio de los cuales permaneció perdido por espacio de días enteros.

Los peones ya conocían el galope de su caballo y cuando en el silencio de la campiña se oía una detonación, sabían también de donde venía.

“Es ño Vivian que meriodea por los con-
tornos” decían.

.....

Corrieron esos días de su primera infan-
cia entre ilusiones, alegrías y ensueños de
amor.

Fueron los altos eucaliptos sus mejores
confidentes y la abierta campiña el hori-
zonte de una vida que él imaginó una vez.

¡Como corría a caballo por la pampa de-
sierta hubiera querido ir por el mundo en
busca de un ideal!

Nada le retenía en “esas tierras monó-
tonas” como él las llamaba, a no ser Carmen.

Estaba decidido a todo. Quería partir
hacia un nuevo camino y transformarse en
el hombre que habían forjado su mente y
su fantasía.

En la mesa, en el salón, en el escritorio,
sus conversaciones fueron las mismas: “Su
deseo de partida”.

Hablaba de ciertos países con febril alegría, como centros de cultura, de civilización y de arte.

Quería partir a todo trance. Nadie podría disuadirle. Varias veces insistió ante su tutor para que le enviase a Europa, siempre recibió evasivas: "estás aún muy joven", "más tarde".

Pero ante el adolescente impetuoso y resuelto acabó por ceder exclamando:

"Tal vez esta hubiese sido la resolución de tu difunto padre".

III

Partió una mañana de Julio, una de esas mañanas nubladas, cuando el sol permanece escondido y la tristeza del ambiente nos oprime.

Después de una noche de desvelo se había levantado muy temprano. Por última vez se aproximó a la ventana para ver despuntar el alba en medio de los campos. Junto a los cristales las ramas de las enredaderas y los pétalos de las flores titilaban bajo el peso de las gotas de rocío, más allá los inmensos llanos se perdían en

el horizonte formando una faja oscura, las siluetas de los montes negros se confundían con las nubes, de vez en cuando se oía el cantar de un gallo o el ladrar desesperado de los perros.

¡Cuánto silencio y cuánta música campestre! Nada le era entonces desconocido, todo aquello formaba parte de su vida.

Ya no galoparía de nuevo por las inmensas sabanas, ya no se despertaría oyendo el mugir de las vacas, el relinchar del caballo, el ronco eco de la bocina; ya no correría tras el ternero, ni tras la blanca mariposa, ni iría a tenderse junto al arroyo

Una lucha cruel se desarrollaba en su interior—el horizonte de su vida nueva y la desesperación de la partida.

Por última vez recorrió su alcoba para contemplar de nuevo esos objetos evocadores de tantos recuerdos. Los encontraría a su regreso?

Frente a su escritorio, un cuadro de terciopelo rojo sostenía las medallas, recompensa del último año escolar; junto a él un

retrato de Napoleón subiendo a los Alpes, parecía con su mirada alentar su camino. Más al fondo yacían sus libros . . . los creadores de su ambición, los que le expatriaban tal vez para siempre. ¿También tendría que dejarlos?

Con paso indeciso se acercó a la librería, uno de ellos cayó en sus manos. ¡Cuántas veces lo había leído! Era "Viajes por Europa". Sus páginas se deslizaron velozmente entre sus dedos, de nuevo se detuvo ante sus láminas, allí estaban la Giralda y la Torre de Oro. Qué ilusiones las de entonces! Iría por el mundo, visitaría todo aquello; sus manos iban a palpar la tumba de Colón y sus ojos iban a deleitarse ante las aguas dormidas del Guadalquivir.

De nuevo su cabeza vibraba febrilmente, las más absurdas fantasías acometían sus sentidos, sólo los rumores del campo le traían a la realidad.

Vivian lloraba al dejar los sitios de su infancia y sonreía pensando en la evolución de su vida.

Unos golpes resonaron en la puerta. Penetraron Carmen y Mercedes en compañía de su madre, quién se colgó de su cuello exclamando entre sollozos:

“Tú eres mi hijo . . . más que mi hijo. Así te hemos querido siempre”.

Todas lloraban a un tiempo; también entraron las sirvientas, las viejas servidoras que le vieron nacer.

Vivian hubiera preferido que se hundiese la tierra, hubiera querido alejarse en silencio, pero no presenciar tal escena. La idea de dejar a Carmen le desesperaba, como visión instantánea vinieron a su mente los momentos pasados a su lado, los paseos en las sombreadas avenidas al caer de la tarde, las conversaciones junto a un árbol o sentados bajo una encina. No quiso recordar más; sin saber lo que hacía se acercó a ella y la besó en los labios por primera y última vez, y salió sin voltear la cabeza.

El automóvil le esperaba en la puerta. El trayecto fue largo y muy triste. En la

estación encontró a varios amigos y parientes que comenzaban a impacientarse por su retardo.

Se notaba una gran animación, los mozos pasaban cargados de maletas, los viajeros buscaban sus asientos, algunos se despedían entre abrazos y lloros.

Vivian se perdió en el tumulto, todo le daba las vueltas, sentía un gran peso en la cabeza, se sentía deprimido; maquinalmente se dejó llevar a un vagón vecino.

Pocos momentos después, se oyó un pstrer silbido y la enorme masa partió rugiendo y echando bocanadas de humo negro, mientras desde la ventanilla de su compartimento él daba los últimos "adioses".

Los blancos pañuelos se perdieron a distancia y Vivian, solo, sin más compañía que su nostalgia, se dejó caer en el asiento.

En el puerto le esperaba un amigo de su tutor, quien debía acompañarle a un Colegio de Inglaterra.

El tren avanzaba vertiginosamente dejando atrás; sea llanuras inmensas obstruidas por fangales, sea extensos campos de cocotales o de dorados naranjos, sea anchas extensiones de terreno donde languidecían las cañas de cuyos tallos chorreaba el almibar y amarillentos bananos, árboles cargados de maduras frutas, que parecían evocar los tiempos del Quijote, cuando bastaba alargar la mano para alcanzar un puñado de bellotas.

¡Oh, parajes incomparables de la naturaleza americana!

Tierra fértil. Tierra virgen, donde las manos de los hombres aún no han explotado sus riquezas.

Vivian veía pasar todo aquello con una emoción sin igual, hubiera querido volver atrás, pero era ya demasiado tarde.

No había podido llorar hasta entonces, pero cuando una vez solo, reflexionó sobre la realización de sus ideales, se puso a llorar como un niño a la sola idea de dejar su patria. Lloró los suyos.....Carmen.

Lloró los valles sonrientes, las extensas llanuras, los nevados picos, los dorados naranjos que pasaban junto a él. Lloró por fin . . . su propia nostalgia.

* * *

Pocos días más tarde se mecía en el río Guayas llamado "La perla del Pacífico" por la belleza de sus aguas, un inmenso barco español veterano del océano, el cual había atravesado al menos un centenar de veces, sin aún haber sido jubilado.

El vapor se alejaba lentamente de tierras americanas. Sobre cubierta un grupo de ecuatorianos veían desaparecer los fragmentos que quedaban de su patria. Poco a poco se perdieron las siluetas de las costas, una faja gris cubría el horizonte.

Comenzaba la tarde a caer, los rayos de luz jugueteaban en el firmamento y el sol, cual una bola de fuego de tinte escarlata, se hundía en el abismo de las aguas azules.

Algunas aves acuáticas seguían el mismo rumbo como formando un fúnebre cortejo de despedida.

No tardaron las aguas en tornarse pálidas, el sol se había escondido por completo y ningún rastro de tierra se veía a lo lejos. ¡Agua y Cielo! ¡Sublime Paisaje!

Luego vinieron los tranquilos días a bordo, cuando el tiempo se transcurría rápidamente jugando una partida de ajedrez o leyendo un libro sobre cubierta o escuchando una amena discusión entre sus compañeros de viaje.

Vivian era afectuosamente acogido en los diversos grupos; aquel muchacho joven, demasiado amante de la aventura, que les hablaba de sus proyectos y de sus fantasías, les divertía.

A veces solitario, apoyados los codos sobre la barandilla, contemplaba aquel mar que se perdía en lo infinito y sin saber por qué, lo comparaba con el futuro de su vida ahora tan velado.

El Océano, bañado por los tintes argentinos de la luna, la melancolía de las olas espumosas, el secreto lenguaje de las aguas trajeron a su alma una vez más, las sensaciones que había experimentado en medio de los bosques o escondido en los campos de la sierra.

Comenzaba a sentir incertidumbre, no sabía donde iba. Ningún obstáculo había obstruido hasta entonces su camino. Era feliz . . . feliz! Pero demasiado poseído de su felicidad, ansiaba una nueva suerte.

Esos días de travesía no fueron largos. Con el fuego de sus diez y ocho años consideró esas horas demasiado venturosas.

Era el comienzo de sus ideales, el despertar hacia la vida!

En los puertos en que tocara, en los sitios donde se detuviera, encontró un perfume especial de exótico y de bello.

Por fin una mañana, cuando después de tomar el desayuno, subió sobre cubierta,

encontró que la mayor parte de los viajeros se hallaban congregados allí; todos miraban hacia el horizonte, algunos con anteojos de larga vista, se oían comentarios y frases de alegría. Corrían voces de que habían llegado. En efecto, a lo lejos se veía una faja gris velada por las nubes.

¡Eran las costas de España!

IV

¡Sevilla! ¡Giralda! ¡Guadalquivir!

¡Alcahazar! ¡Torre de Oro! Bella tierra de España.

Se habían realizado la primera parte de sus ensueños. Se sentía feliz, emocionado, satisfecho de sí mismo, creyó tener un pasado; pero sintió al mismo tiempo un pequeño vacío en el fondo de su alma, el cual no podría reemplazarse nunca más.

¿Qué es una juventud sin ilusiones? Una selva, una cadena arrastrada. El las tenía todas florecientes y bellas con los ardores

de su imaginación y las fantasías de su pasado; las tenía en los viajes, en sus sentimientos, en la manera de comprender los hombres, en la vida misma; pero quería poseerlas y palparlas y comenzando a hacerlo se creyó por un momento más vivido y más viejo.

La ilusión es el sostén más bello de nuestra existencia, es la palabra efímera que sólo es una palabra y sin embargo compendia un mundo. Ilusión significa juventud! Significa ideal, ansias de vivir, deseo de todo amar.

Felices los que murieron sin nunca haberlas conseguido, pues supieron vivir esperando en el mañana, en ese mañana que nunca llega. El las tenía todas, pues, cada mañana al despertar, el primer rayo de luz que penetraba por su ventana le traía una ilusión y por la noche, después de recitar las oraciones de la noche que había aprendido en el Colegio, se dormía saturado de quimeras pensando en que el día venidero le traería nuevos encantos y nuevas alegrías.

Con cuanta emoción desembarcó en tierras españolas en una de esas tardes resplandecientes de Andalucía; llegó a Cádiz, la mente ofuscada, el corazón oprimido; rodó por las calles, por las plazas, por las avenidas, se detuvo ante cada edificio, contempló cada ventana, como queriendo absorberlo todo para él.

De allí pasó a Sevilla, a la ciudad de los mosaicos; cuántas veces paseó febrilmente por las orillas del Guadalquivir, como buscando el secreto de esas aguas dormidas. Cuántas veces subió a la Giralda y junto a la inmensa campana contempló a sus pies la ciudad con sus estrechas calles, sus toldos y sus míseros suburbios.

Más de una vez perdido en el tumulto se detuvo ante una reja y respiró con deleite las flores que allí nacieron, pues conocían los amores de aquellas sevillanas de ondulada cabellera y fogosa mirada que pasaban diariamente junto a él, dejando tras sí la música de sus cristalinas carcajadas.

En todo había novedad: En las tartanas con cascabeles que se alejaban al ga-

lope de sus caballos hacia la plaza de toros, en los chulos con patillas, sombrero de ancho borde y faja en la cintura; en fin, en cada piedra, en cada monumento.

Asistió a una corrida de toros y formando un número entre las cuarenta mil almas oyó gritar el acompasado "Ole", presencié el desbordante entusiasmo por el pase bien hecho o el grito de terror en la violencia del choque del picador; tomó parte en todo aquello como lo hubiese hecho en su patria, pues la misma sangre corría por sus venas.

Visitó muchos museos, iglesias, monumentos, fué a la casa donde nació Murillo y se descubrió ante la tumba de Colón.

De Sevilla pasó a Granada, de Granada a Madrid y de allí a París.

Así pasaron varios días que le parecieron instantes, acosado como estaba de sensaciones y recuerdos que aturdían el hilo de sus cavilaciones, sin dejarle tiempo para reflexionar, ni poder darse cuenta del verdadero rumbo de su vida.

Como en un cuadro viviente, voluptuoso, conoció París en la intensidad de su vida, con sus inmensas avenidas saturadas de gente y las alegres terrazas de los "café cantantes".

Vió pasar a la obrera enlazada con el estudiante y a las elegantes parejas pasearse por el bosque o en los Campos Elíseos, encontrando en esas gentes y en ese ambiente un encanto hasta entonces desconocido para él.

Pero esa serie de impresiones diversas pronto debían tocar a su fin; un día se presentó su tutor con un paquete de cartas que venían de los colegios de Inglaterra, allí habían sobres de todos los tamaños.

Sentados en el gran hall del hotel fueron abriendo una a una. Todas parecían semejantes, sin embargo una les llamó la atención, pues correspondía más a sus deseos.

Aquella carta venía del Convento de San Gregorio

V

En uno de los rincones de Inglaterra, donde apenas llega el tumulto de la vida mundana; en medio de los campos a la vez bellos y tristes de la naturaleza peculiar, donde los frondosos árboles se cubren de ramaje y el terreno ondulado se tapiza de hierba verdosa, donde son escasos los rayos solares y una tenue neblina satura el ambiente; se levantan las viejas paredes del Convento de San Gregorio a las que el tiempo ha ennegrecido y los temporales han carcomido sus cimientos.

Lo llaman el Colegio del Monte, por hallarse casi en la cumbre de una colina y no hay aldeano en aquella región que en las noches oscuras no busque el camino en el farol del Convento o que no se quite el sombrero al toque del "Angelus", cesando su trabajo cotidiano.

Fuera del repicar de las campanas, del ruido de los trenes que se alejan silvando, y del rumor de un torrente que atraviesa la aldea, nada turba el silencio de aquellos campos.

Dejando atrás la estación más próxima llamada King's hill hay que atravesar un largo callejón pavimentado, el cual se halla rodeado al comienzo por un caserío pobre y más al fondo por chimeneas que expiden nubarrones de humo negro y por campos de trigo que se pierden en el horizonte velado por la niebla; cruzan el camino dos sólidos puentes y al cabo de una caminata no más larga de diez minutos, se llega a las puertas de San Gregorio.

Allí, a dos pasos, se vé la vieja iglesia donde los feligreses de la aldea dedican

unos instantes diarios en prácticas piadosas. De descolorido tinte, amarillento opaco; en partes negro, o plumizo, roído su techado, aquel edificio presenta el aspecto de una antiquísima mansión de la época de Isabel, conservada hasta nuestros tiempos. Pero aunque aquellas paredes no son tan ancianas como parecen, han subsistido al menos un centenar de años sirviendo de consolador refugio a los humildes paisanos y viendo pasar generaciones de padres a hijos y a nietos, que aprendieron a mirar con infinito respeto la iglesia de San Gregorio.

A su lado hay un pequeño cementerio donde algunas cruces caídas y flores marchitas atestiguan que allí yácen los restos de los santos varones que terminaron sus días en el viejo recinto.

Luego un cuadro incomparable se presenta a la vista: al fondo de una ancha avenida escondida entre los árboles, los muros adornados de sedosa enredadera, se vé el Colegio donde son educados más de dos-

cientos muchachos guiados por sacerdotes Benedictinos.

Envuelto en la penumbra el Colegio es triste y silencioso.

Los senderos son largos y oscuros, los árboles gigantescos semejan fantasmas escondidos, los altos matorrales se agitan con el viento produciendo un crujido lento y sordo, las ramas rozan entre ellas, luego la brisa cesa y todo vuelve a quedar en silencio . . . ni una luciérnaga brilla en los contornos, ni una rana chilla, ni un perro ladra a lo lejos.

El aspecto del cementerio es a veces muy lúgubre, cuando se distinguen bañadas por la noche las siluetas de las cruces caídas y en el reloj de la torre suenan largas y acompasadas las tristes campanas.

Además de la luz del farol siempre hay una luz encendida en una de las ventanas. Los pasantes nocturnos se admiran de que alguien estuviese en vela hasta tan entradas horas de la noche. Tal vez algún enfermo, un moribundo, un sacerdote que hace penitencia; nadie lo sabe de cierto, sólo

las gentes del Colegio están al tanto de que esa es la alcoba de la Enfermera.

Aunque numeroso el personal del Convento, no deja de ser monótono; allí no ven más que rostros de curas o franciscanos, de legos o viejos servidores; las caras pálidas y demacradas de las sirvientas y de vez en cuando la de algún visitante, un padre o un hermano de un alumno del Colegio.

Las fiestas públicas o en verano los encuentros de cricket son esperados con impaciencia no sólo por la diversión que proporcionan, sino por las visitas de las gentes de afuera que alegran los salones con su presencia.

Entre las figuras descollantes en el Convento la más notable era sin duda alguna, la de la famosa Enfermera.

¡Extraña mujer era aquella Enfermera!

Las gentes del pueblo la reconocían desde lejos y le saludaban siempre; los muchachos la temían y la respetaban; su voz era una orden, su mirada un dominio; de-

cían que después de la del Padre Rector, su voluntad era siempre ejecutada.

Tendría de treinta a treinticinco años.

Era alta.

Bien formada.

De cabellos rubios rubios y brillantes escondidos en su toca de enfermera.

La mirada penetrante y sagaz, los ojos húmedos como si una eterna lágrima brillase en ellos.

La tez mate, suave.

Los labios carnosos dejaban ver cuando reía, una dentadura muy blanca.

Su talle era esbelto, sus maneras bruscas, altaneros sus gestos, orgullosa la mirada, despectiva la sonrisa.

Caminaba a pasos menudos y ruidosos dejando tras ella el murmullo de sus faldas y un olor a cuerpo y a perfume.

Hablaba sonriente, pues sus labios siempre sonreían cuando ella quería.

Vestía siempre de blanco, un vestuario impecable de Enfermera, donde no se veía una mancha ni una arruga y sin embargo era el mismo. Llevaba mangas largas, forradas las muñecas por puños almidonados y relucientes, no tenía escote pues el cuello se cerraba cubriendo su garganta.

Se levantaba temprano y después de desayunar sola, en su alcoba, bajaba a la enfermería donde le esperaba un grupo de muchachos.

Allí la veían agitarse nerviosa de un lado para otro. Aquí administraba un remedio; allá vaciaba una botella para preparar algún medicamento, daba una palmada en el rostro a los más pequeños o decía una palabra ingeniosa a los mayores, cuando se hallaba de buen humor.

Cuando tenía que curar una herida se alzaba las mangas dejando al descubierto un brazo graciosamente torneado, liso, que el sol y los vendabales del campo lo habían vuelto de color bronce muy claro.

Para ejecutar una curación difícil se habría el cuello y entonces cuando reía echando atrás su cabeza rubia, dejaba ver su garganta que iba a perderse en los pliegues de su vestido que cubrían su pecho palpitante.

Su carácter no era siempre el mismo. Algunos días amanecía lozana, más contenta, reía sin causa, admitía razones.

Otras veces se levantaba pálida, el gesto fruncido, las cejas contractadas, gritaba sin motivo, se movía nerviosa, al más enfermo le convencía que no tenía nada.

Los alumnos conocían estas crisis y se alejaban de ella con terror.

Las mañanas solía internarse por los campos en compañía de un perrito blanco; siempre iba sola, muy raras veces indicaba su rumbo, pues le gustaba vagar por los angostos senderos sin saber donde iba.

Nadie sabía de dónde venía. Llegó una tarde otoñal poco tiempo después de terminada la guerra. En San Gregorio acababa de morir brother Borth, el viejo enfermero

y hacía falta un reemplazante, ella tomó su puesto después de haber presentado sus papeles y los certificados que atestiguaban sus servicios prestados en Cruz Roja.

Decían que un cura se enamoró locamente de ella y que dejó la sotana; pero decían también que ella odiaba a los hombres.

Era todo lo que se sabía sobre la Enfermera, siendo éstas conjeturas infundadas, que no podían considerarse como verdaderas; a veces intrigados los muchachos hacían preguntas sobre su nombre o sobre su origen. Nadie sabía responderlas, la llamaban "Hermana".

Otros de los personajes importantes en el Convento de San Gregorio, eran los llamados "Mosqueteros del Convento". El trío se hallaba formado por tres alumnos de raza latina, estudiantes en la división superior. Solían llamar la atención por su manera de ser, por sus extravagantes proceder, por ciertos rasgos de gallardía y de coraje que más de una vez les colocaron por encima de sus compañeros. Eran de carácter retraído y voluntarioso, aman-

tes de ser siempre los primeros, incansables en la lucha, pertinaces en sus empresas.

El más sobresaliente entre ellos era Eugenio del Erbo, Duque de la Tornada.

Era bello, belleza femenina demasiado marcada en el rostro de un hombre; facciones finas y delicadas, piel muy pálida, los labios sensuales ligeramente pendientes, dos grandes ojos azules adornados con largas y sedosas pestañas, la frente ancha, los cabellos de un rubio claro tirados hacia atrás.

Alto sin ser fornido, vestía con exquisita elegancia lo cual acentuaba más ese aire distinguido que lo caracterizaba.

Descendiente de nobilísima familia española, quedó huérfano muy joven.

Unos parientes lejanos se hicieron cargo de él y para evitar responsabilidades le enviaron a un Colegio de Jesuitas de Madrid. Más tarde como recibiesen malos informes y además porque un hombre de su raza y de su abolengo necesitaba viajar y aprender lenguas, decidieron internarlo en San Gregorio.

Hacia un año que se encontraba en el Convento.

Era callado y taciturno, en el salón de juego siempre se le veía sentado en un sillón, los pies apoyado en un banco, la mirada en lo infinito, como que siempre estuviese pensando; en el estudio no trabajaba, en las clases dormía, en la mesa comía poco y raras veces se mezclaba en las conversaciones de sus compañeros.

Ignorante del amor de madre, ignorante también del calor de un hogar, habiendo solamente vivido entre curas, misas y sermones—como él decía—no podía disimular su odio contra todo aquello. Otro que no hubiese poseído la sangre orgullosa de un Del Erbo tal vez se hubiese conformado, pero él se había rebelado con violencia contra lo que llamaba tiranía y falta de libertad. Su único deseo era cumplir sus veintiún años para tomar posesión de su fortuna e ir en busca de aventura y de placer.

Las fuertes pruebas a las que tuvo que sujetarse este espíritu orgulloso, tornaron

su carácter tan taciturno y su sed de goce tan marcada, que según sus dichos, a veces parecía que poseyese el corazón de un tigre.

El segundo era Eduardo Llona.

Bajo, los cabellos muy negros, las cejas tupidas, el tinte de la piel muy mate, presentaba un agudo contraste con sus compañeros.

Cinco años que se hallaba en San Gregorio, por tanto conocía su historia más que ningún otro, sabía las viejas tradiciones, el nombre de los ex-alumnos y sobre todo la manera de comportarse con profesores y camaradas.

Se acercaba diariamente a la Sagrada Mesa, en las fiestas religiosas se distinguía por su celo; en las clases trabajaba con ahinco, aunque nunca pudo colocarse más arriba de la medianía.

En su conversación era divertido y hasta espiritual, hablaba febrilmente, los ojos ardientes saturados de encono cuando discutía

Pasaba por exagerado y meticuloso, por beato y a veces por ridículo.

El tercero era Juan Garaicoa.

Alto y muy fornido, le temían por sus puños, le respetaban por la violencia de su carácter. Bien plantado, sonreía despóticamente y hablaba con cinismo y con sarcasmo. Atribuía poca importancia a los estudios, pero en cambio era siempre el primero en el campo deportivo y campeón del Colegio en salto largo.

Los tres tendrían más o menos la misma edad de diez y ocho a diez y nueve años, aunque a primera vista aparentasen ser mayores.

Siempre estaban juntos; se les veía en el salón de juego, en la mesa, en la galería, en los paseos de los domingos. Cuando tenía lugar una velada o una fiesta religiosa, el que llegaba primero reservaba puesto para los otros dos.

Si alguno no tenía dinero, la cartera del otro estaba siempre abierta, pues eran hombres de honor.

Los llamaban "the three Musketeers".

Los unía su raza, los unía su lengua, tal vez su sangre, su amor por la libertad y por la mujer, quien sabe si su propia rivalidad.

A pesar del estrecho lazo que les ligaba no existía entre ellos comprensión, ni siquiera amistad..... Era una especie de rivalidad que se había forjado entre esos seres que comenzaban la vida, los tres nobles, los tres ricos, los tres orgullosos.... Orgullosos, sobre todo.

Los Tres Mosqueteros sufrían en silencio.

Hombres nacidos para el triunfo y la gloria por cuyas venas corría sangre hirviente y heroica, tenían que contentarse con la monotonía de una vida la cual no fue hecha para ellos y ni siquiera podían llorar juntos sus tristezas y sus nostalgias.

Los Mosqueteros eran temidos en el Colegio, no porque los tres formasen un grupo compacto en caso de batalla, ni porque los otros dos debían salir en defensa del

ofendido; todo lo contrario, sino porque eran valientes y arriesgados.

Nunca ninguno de ellos dejó su nombre mal puesto.

"Honor ante todo" era su lema. Honor y amor propio, fuera de eso nada!

Una palabra, un gesto, podía ofenderles y entonces se transformaba cada cual a su manera. Debían ser siempre los primeros y aquella rivalidad consolaba y también destruía sus vidas.

Se distinguían del resto del Colegio por la manera elegante de vestir, por el desapego al dinero, por su coraje en el campo deportivo, por el cinismo con que decían un piropo a una mujer o hacían desaparecer unas cuantas copas de licor de un solo golpe en los días de fiesta o de paseo; y por tantos otros detalles personales por los cuales podían sobresalir en ese ambiente estudiantil.

Por lo demás, la vida en San Gregorio era rutinaria y siempre igual. Reinaba allí la disciplina de la Escuela Militar y la tristeza del sitio abandonado, donde no lle-

gan contactos con el mundo. Desde las siete de la mañana, hora de levantarse, hasta las nueve de la noche cada hora y cada minuto se hallaba determinado para algún estudio o algún sport.

Las diversiones eran sencillas: en invierno los juegos de foot-ball en la abierta campiña, los paseos del domingo y el permiso de fumar, la carrera del "cross country", una velada cada seis meses, un banquete el día del Padre Rector o en la fiesta de la Asunción o el Día de todos los Santos.

En verano el "long sleep", los juegos de cricket, las partidas de tennis, los concursos atléticos y las largas horas dormitando en una silla, en los días de vacación, con una botella de refresco y un paquete de galletas.

Como paisaje siempre el mismo horizonte: los extensos campos de trigo, las onduladas lomas y la torre de la Iglesia; dentro del edificio los verdes jardines y las angostas galerías.

Como rumores: el gemir de los árboles, el silbar de los trenes, el grito metálico de las grandes campanas.

Como amistades Las mismas. Allí se educaron los padres y se educan los hijos y la tradición ante todo.

Noventa años atrás no existía en los terrenos actuales del convento más que la pequeña Iglesia, pobre y desmantelada, pues apenas habían colonos en el pueblo, ni sacerdotes en el distrito. Con el tiempo y los progresos de la Religión Católica, los sacerdotes pensaron construir un Convento. Así lo hicieron; años más tarde como la población aumentase notablemente y los demás colegios se hallasen llenos decidieron construir uno más y eligieron el Monte de San Gregorio.

Poco a poco la fama cundió por los alrededores, aún más, por Escocia y por Irlanda. Los padres de familia comenzaron a enviar a sus hijos de todos los puntos de Inglaterra y el conseguir un puesto se hizo cada vez más difícil.

Noventa años de existencia es ya una garantía! Cuántas cabezas encanecieron allí, cuántas vidas se consumieron lentamente dentro de aquellas paredes, cuántos

niños hoy padres de familia aprendieron allí sus primeras lecciones, jugaron en los jardines o treparon a los árboles que hoy son añejos y carcomidos arbustos.

El viejo Convento es ahora un museo de vidas y de recuerdos. Cada año siguiendo la antigua tradición se reúnen los ex-alumnos con motivo de un banquete, para evocar los tiempos de su infancia; para levantar la copa brindando por los tiempos pasados, para recordar sus años de Colegio, cuando compartían la frugal comida y regresaban los domingos de paseo cantando las canciones del Colegio.

También ahora al terminar la comida todos se ponen en pie, entonces los ancianos reluciente la mirada por el peso de los recuerdos, los jóvenes sonriente el rostro, los niños entusiasmados y agobiados de emoción

Todos en coro cantan de nuevo el Himno de San Gregorio.

VI

El salón de juegos era una estancia cuadrada y espaciosa. Tres inmensas ventanas con cristales de una sola pieza permitían ver los campos. El paisaje era muy pintoresco sobre todo en invierno cuando la nieve ornamentaba de blanco los árboles y las empalizadas, y la ancha avenida se perdía a lo lejos formando un hilo de plata.

Estaba equipada con sencillez y sin embargo nada faltaba.

Al medio una mesa de billar y otra de ping-pong, junto a la pared un piano

eléctrico y un gramófono. Alrededor unas cuantas sillas, poltronas y mesas de un mismo tamaño, sobre las cuales yacían desparramados algunos libros sin forro.

En el lugar reinaba un ambiente de alegría: se oía el chocar de las bolas del billar, la música del fonógrafo, voces, gritos, carcajadas.

Los muchachos se hallaban repartidos en diferentes grupos; unos conversaban, otros hojeaban un libro o leían un periódico.

El sonido de la campana anunciando la hora del té hizo cesar por un momento el bullicio. Los muchachos dejaron su sitio para dirigirse también en grupos hacia la angosta y larga galería que daba acceso al comedor.

Los que habían salido primero se detuvieron ante una de las ventanas y poco a poco la marcha general se interrumpió formando un grupo que impedía la circulación.

Del Erbo, Llona y Garaicoa que venían atrasados también se acercaron a ver lo que pasaba.

—Llona, Llona. Ven acá, dijo una voz.

El interpelado sorprendido logró abrirse campo hasta llegar junto a los cristales.

—¿Qué sucede?

—Ven acá. ¿Conoces a ese nuevo alumno? Dicen que es de tu tierra.

—Qué sé yo. Cómo quieres que te dé razón de todos los habitantes de mi tierra?

—Me imaginé que era tu conocido, repitió el otro tristemente y fué a perderse en el tumulto.

En efecto, el automóvil del convento se había detenido ante la puerta principal y habían bajado dos hombres. El uno debía tener unos cuarenta años más o menos, el otro, un muchacho de unos diez y siete.

Aquel incidente fué causa de los más extraños comentarios; decían que había llegado un "new fellow", lo que constituía un gran evento en el Colegio de San Gregorio.

Unos opinaban que era extranjero, pues así lo demostraba su cabellera demasiado

negra y su manera de vestir, muchos sostenían que era italiano, mientras otros aseguraban que venía de las tierras de Sud América, "Del Dorado", como llamaban al sitio donde Sir Walter Raleigh combatió contra los españoles.

La voz del Prefecto dió la orden de seguir adelante y todos continuaron su rumbo. La galería volvió a quedar como antes desierta y silenciosa.

Mientras tanto Vivian Christie y su acompañante esperaban en el salón la venida del Padre Rector.

Vivian observaba atentamente cada uno de los muebles antiguos que llenaban la gran sala. Se sentía emocionado y triste, y para matar el tiempo necesitaba distraerse. El mismo había deseado internarse en el Colegio, fué por su voluntad que dejó su Patria y vino en busca de sensaciones y de nueva vida; pero desde el día en que el tren se alejaba vertiginosamente arrancándole de sus seres y tierras tan queridos sintió arrepentimiento y nostalgia.

Ya era tarde, lo sabía.

La entrada del Padre Rector interrumpió el hilo de sus cavilaciones.

Era un hombre entrado en años, de hombros encogidos, de tez amarillenta, a través de sus antiparras se veían dos ojos pequeños y vidriosos.

Había en su rostro una expresión afable y un aire de franqueza que inspiraban confianza desde el primer momento.

Les recibió amablemente y acercándose a Vivian le dió una palmadita en la espalda murmurando:

“Ah! Little Christie, I was waiting for you to day”.

La conversación recayó sobre cosas indiferentes, hablaron de América, del Colegio, de las condiciones reglamentarias. Vivian apenas ponía atención en lo que decían.

Así transcurrieron algunos minutos.

Luego el Rector se puso de pié y les invitó a visitar el Colegio; cuando se hallaban cerca de la puerta, mirando a Vivian fijamente, le dijo:

—Lo que deseo es que el muchacho se encuentre contento en el Colegio, que ésto sea su segundo "Home".

—Espero que así sea—contestó su encargado—no tiene a nadie que cuide por él en Europa.

Juntos recorrieron primero los extensos parques esmeradamente cuidados. Comenzaban a caer las hojas, pues era Otoño y ese contraste de los troncos semi-pelados, de las ramas secas que cubrían el suelo con el ambiente nublado y melancólico, presentaba un aspecto de abandono y de misterio.

Vivian caminaba meditabundo contemplando el paisaje y deleitándose en observar toda esa tristeza y toda esa melancolía; su tutor escuchaba las palabras del anciano, mientras éste relataba alguna anécdota curiosa, o admiraba una flor que encontraba al paso, o se detenía para indicar un camino o señalar un campo.

Cerca de las cinco de la tarde, el sacerdote se detuvo bruscamente y sacando su reloj dijo:

—Había olvidado, hoy día es sábado y la Bendición del Santísimo se llevará a cabo dentro de media hora, lo siento infinito, pero me veo obligado a dejarles.—Luego dirigiéndose a Vivian le preguntó si le gustaría asistir.

A su respuesta afirmativa le condujo por la angosta galería a la puerta de la Capilla y diciéndole que por el momento se sentase en el último banco, le dejó solo.

La Capilla era un lugar inmenso y riquísimamente adornado con lujo sencillo, el cual hacía resaltar más su belleza; una profusión de luces saturaba el ambiente, en las paredes cubiertas de madera finísima se destacaban los cuadros del "Vía Crucis".

El altar era de una simplicidad exquisita, sobre la superficie de mármol se levantaban unos gruesos candelabros dorados, en la bóveda se veían ventanas con vidrios de colores, los que representaban pasajes de la Biblia.

Era día de Congregación y los alumnos se hallaban vestidos de negro, una ancha

cinta celeste cruzaba sus pechos, haciendo resaltar aún más el color de sus trajes.

Sonaron los acordes de una campana y aparecieron siguiendo a un acólito que llevaba una cruz; una serie de monaguillos, todos alumnos del Colegio, iban vestidos de blanco.

Caminaban lentamente con la cabeza baja y las manos juntas, al llegar al altar se separaron con sendos e iguales movimientos.

La ceremonia no tardó en comenzar. Vivian había observado absorto tanta precisión y tanto orden; el sonido del órgano acompañado por las voces infantiles que cantaban el "Tantum Ergo", el olor de las velas, el perfume del incienso, despertaron en su mente las sensaciones místicas de antes, toda su tristeza se tornó en alegría y por última vez se sintió feliz

Colocando su cabeza entre sus manos vió pasar cual un velado torbellino los incidentes de su vida pasada, muy corta, pero bella y tuvo miedo que el futuro no fuese igual.

El sonido de una campana le hizo volver en sí y al levantar la cabeza, vió que el Sacerdote tenía en sus manos la Hostia Santa. Entonces como solía hacer en San Bartolomé oró . . . oró largo tiempo recitando en voz baja esas oraciones que había aprendido cuando niño, las cuales purifican el alma y la dejan tranquila cuando se tiene fé.

Pocos momentos antes de terminada la Bendición, un hombre vestido de paisano entró a la Capilla y después de buscar a alguien con la mirada se acercó a Vivian.

—Le necesitan afuera—dijo y volvió a salir.

Era su encargado que se alejaba. Junto a la puerta principal el birlocho del Colegio se hallaba listo, las maletas yacían en el pescante, el caballo se agitaba nerviosamente.

Instintivamente los ojos de Vivian se llenaron de lágrimas, era su único amigo, su único apoyo moral, el último resto que le quedaba de su patria y de su familia que también se iba.

Ambos se hallaban sumamente conmovidos; al estrecharle en los brazos su tutor que se hallaba muy pálido, le murmuró al oído "Buena suerte y hasta dentro de unos años".

Poco a poco se alejó el birlocho al trote pausado del caballo y se perdió a distancia el sombrero negro de aquel hombre que había sido como su segundo padre.

El ruido de las ruedas y de los cascos del caballo fue desapareciendo en el silencio del ambiente; el viento silbaba con fuerza haciendo tambalear a las pequeñas plantas del jardín.

El mismo hombre que fué a buscarle a la Capilla le condujo al comedor; al verle entrar el Prefecto, vino hacia él y tomándole del brazo comenzó a buscar con la mirada un sitio desocupado.

El bullicio general cesó por un momento, las miradas de todos los muchachos se dirigieron hacia el recién llegado; eso no duró más que un instante, luego las cosas volvieron a quedar como antes.

Le colocaron en una de las mesas del medio, junto a cuatro muchachos que al verle se miraron con disgusto.

Una mujer pequeña, vestida de negro y con delantal blanco, trajo una enorme fuente de carne y de patatas. Una animación especial se notó entonces en la mesa, los muchachos batían las manos con inquietud, profiriendo palabras incoherentes; el de la cabecera de la mesa tomó los cubiertos y comenzó a servir. Pronto se entabló una violenta discusión.

—Para mí esa—gritó un tipejo de quince años más o menos, los cabellos rojos y la frente pálida.

—I won't I won't—gritaba otro—yo he pedido antes.

—¡Maldición! Tú siempre quieres la mejor parte.

—¡Calla condenado!

—Me has dado la peor, me vas a pagar esta misma noche.

Cuando ofrecieron a Vivian el último y peor pedazo, éste rehusó con indiferencia

y llenando su taza de un líquido humeante que parecía ser café y al cual los ingleses llamaban "agua sucia", comió un pedazo de pan con mantequilla.

¡Esa fue su primera comida!

A la salida los tres mosqueteros se unieron a él y comenzaron a hablarle, como si lo hubiesen conocido toda la vida; los ingleses le acosaban con preguntas, que apenas comprendía, se oían carcajadas, voces, y los gritos de Llona que decía:

—Dejen en paz, que primero nos toca a nosotros.

Como era sábado y se había verificado la Exposición del Santísimo, no fueron a la Capilla para rezar las oraciones de la noche, como era costumbre, sino que siguieron directamente al dormitorio.

Pronto los ingleses se cansaron y fueron quedándose atrás, sólo de vez en cuando venía alguno para alejarse después de haber lanzado una carcajada o haber pronunciado una frase sin sentido.

Al llegar a la esquina de la galería, Vivian sintió de improviso un gran golpe en la espalda; rojo de cólera volvió la cabeza, no había nadie; un grupo de muchachos que venían atrás fingieron la mayor indiferencia. Herido en su amor propio, en vano demostró serenidad, los nervios le traicionaban; con todo, tratando de no dar mayor importancia al incidente, continuó su camino. Aún no había andado una docena de pasos, cuando otro golpe más fuerte que el anterior vino a caer sobre sus hombros. Fuera de sí se volteó bruscamente, pero como la vez anterior, no vió a nadie.

—Es ese—gritó Garaicoa, señalando a uno del grupo. Sin titubear se abalanzó sobre él y lo aturdió a puñetazos.

—Es un buen mosquetero—se oyó la voz de Del Erbo.

—Pégale duro, apoyó Llona.

La marcha general se detuvo, como un relámpago corrió la voz de que el nuevo alumno estaba peleando; su adversario se defendía a gritos diciendo que era inocente;

se oía un alboroto desconcertador y una serie de insultos e imprecaciones.

—Español salvaje, aquí no se pega a la gente.

—Vuélvete a tu tierra.

El Prefecto apareció al otro lado de la galería y abriéndose paso llegó hasta el sitio donde se hallaba el tumulto.

—¿Qué sucede?, dijo con voz imperiosa y luego sin esperar respuesta ordenó que siguiese la marcha.

Mas, de aquel pequeño incidente debía depender gran parte de su vida en el Colegio.

Cuando se apagaron las luces, Vivian respiró con libertad, hasta creyó estar solo, pero el movimiento de las camas y el ruido de las sillas y de las sábanas, le hicieron recordar que desde ese día no era libre.

Largo tiempo permaneció en vela, aquella noche se sentía triste, muy triste.... Le habían insultado injustamente y todo

porque había tratado de defenderse.—Si son siempre así—murmuró—mañana parto.

Por la abierta ventana penetraba un frío glacial que helaba los huesos; las campanas dieron las doce y cuando el Prefecto con la lámpara en la mano, recorrió por última vez el dormitorio, lo encontró dormido con el rostro aún humedecido por las lágrimas....

VII

Pasaron varios meses y Vivian no había partido.....

La vida de Colegio había tomado un rumbo diferente a lo imaginado.

Nostalgia es lo que comenzó a sentir al verse solo, desconocido; profunda tristeza hallando en todo y en cada cosa una faz diferente. Le bastaba salir al campo y contemplar esa eterna neblina opaca que cubría las praderas y los árboles, y bañaba de tristeza el horizonte infinito, para llorar los resplandecientes días de su patria, de la cual ahora se encontraba tan lejos.

El vacío de su nueva vida era demasiado grande para él, que todo había tenido.

Había venido en busca de sensaciones, en busca de otro horizonte y se encontraba encerrado entre las paredes de un Convento, donde la rutina diaria nunca cambiaba.

Le parecía estar prisionero, se sentía un extraño, más, un intruso, pues todo le era extranjero, desde ese aire de niebla que respiraba, hasta el menor de los detalles personales de sus compañeros, que le hacían comprender el abismo enorme que existía entre dos razas.

Apoyado contra la barandilla que separaba la parte del jardín con el "play ground", Vivian solitario, tenía la mirada en lo infinito, su frente se hallaba arrugada, el gesto contrariado, se adivinaba que pensaba intensamente pero pensaba en qué?

Pensaría, tal vez, en las alegres mañanas de su patria, en los paseos al torrente, en Carmen, en su corto pasado.

Añoraría, tal vez, la carrera desenfrenada del caballo sobre la pampa abierta y

polvorienta; el canto fúnebre del indio en medio de la música del bosque; los amaneceres cincelados de plata sobre las montañas ligeramente blancas; el ladrar de los perros a las sombras, el calor de ese sol y el olor de esa campiña!

Sólo unos meses habían pasado y sin embargo el tiempo le pareció enorme, cadencioso y lento.

El imaginó una vida llena de sensación y de novedades sin fin; pero en el pequeño mundo en que vivía sólo había encontrado la rutina, la incertidumbre y el tedio.

¡Qué desilusión y qué desencanto!

Se despertaba la mente ofuscada bajo la sugestión de un día sin alegrías, las duras palmadas anunciándole la hora de levantarse eran los acordes que escuchaban sus oídos, como en otros tiempos escuchó el silbar del viento o el gemir de los árboles. Ya no penetraban por su ventana los tenues rayos de un sol naciente, sino una profusión de luces artificiales.

En la mesa las mismas discusiones violentas por un pedazo de carne; en las clases la voz chillona del sacerdote que recitaba un pasaje de Shakespeare o relataba una anécdota de su juventud; en los salones la soledad y el tedio; querer estudiar y no tener ánimo, buscar libros y no encontrarlos!

No tenía un amigo, ¡ni siquiera un amigo!

Demasiado sensible para vivir solo al no ser lejos del mundo soñando, se sentía desgraciado al ver esos grupos de muchachos que jugaban y que reían, mientras él permanecía solitario en un rincón; entonces recordaba los antiguos días de Colegio, cuando él fué el predilecto.

Los ingleses no podían comprenderle. Raza poco hospitalaria que no necesitaba la amistad de un mosquetero.

¿Los mosqueteros?

Del Erbo siempre silencioso no desplegaba los labios o si lo hacía era para decir

una palabra agria o renegar contra un sacerdote.

Llona hablaba siempre de él, de sus parientes, de sus grandezas; Vivian no podía soportarle.

Garaicoa ocupado en los exámenes semestrales y dedicado a los deportes apenas se reunía con sus compañeros.

Con todo, desde el trágico incidente en la galería el primer día de su llegada, los mosqueteros le dieron pruebas de amistad y de compañerismo. Al día siguiente le llamaron a un rincón de la sala de juegos y después de hablarle de sus escapatorias al "Black Cat", para tomar unas copas de licor, de la sirvientita de ojos almendrados y carnes macizas, que se ruborizaba con sus bromas y de las levantadas a media noche para fumar un cigarrillo; le contaron entre los suyos.

—Ves—le dijo Garaicoa, señalando el grupo de muchachos que tenían a su alrededor.

—Todos nos respetan, tal vez muchos no nos quieren porque no pueden hacer lo que hacemos nosotros.

Pero los días pasaron y las escapatorias al pueblo resultaron infructuosas, ni conoció a la mujercita de ojos almendrados de quien tanto le hablaron, ni nada cambió hasta entonces la monotonía del tiempo siempre igual.

¡Ni ambiciones, ni amores!

Qué entonces podía ayudar su vida si ya no contaba con ese cariño maternal, en medio del cual había vivido; si se hallaba lejos de Carmen; si vino en busca de viajes y aventuras y se hallaba prisionero en el viejo San Gregorio!

Aquella tarde vagaba solitario más triste que de costumbre, sentía una gran opresión en el pecho, le dolía la cabeza y más que nunca sentía el peso de su nostalgia; deseando desahogar su alma, decidió ir a confesarse.

Con paso lento atravesó la galería y comenzó a subir peldaño tras peldaño, sumi-

do en las más vagas cavilaciones, al llegar junto a la pequeña Capilla se detuvo un momento y oró unos instantes, para luego ir a golpear en una de las puertas vecinas.

—Come in—se oyó una voz.

Penetró en el aposento donde se hallaba un anciano de unos sesenta años: blancos los cabellos, arrugado el rostro, el cual aún guardaba huellas de pasada juventud. Entre sus manos tenía un breviario y oraba moviendo los labios.

Al ver que alguien entraba levantó los ojos y mirando al muchacho fijamente, le dijo:

—Buenas noches. ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

—Quería confesarme, murmuró tímidamente Vivian.

—Confesarse confesarse a estas horas, es un poco tarde.

—Padre , y se detuvo unos instantes sin atreverse a declararle que más que con-

fesión necesitaba desahogo; que necesitaba verter toda la tristeza de su alma que por momentos se desbordaba sin encontrar salida.

Mientras tanto el sacerdote se había puesto en pié y tomando una silla la colocó en medio de la habitación e hizo una pequeña seña al muchacho para que se pusiera de rodillas. Vivian comenzó a confesarse casi sin saber lo que decía, el dolor anudaba sus palabras; así transcurrieron algunos instantes.

—Bueno, amigo. Vaya con Dios.

—Padre . . .—volvió a murmurar—quisiera hablar con Ud. un momento, quisiera pedirle un consejo.

El sacerdote frunció el ceño—perdone, estoy muy ocupado, venga otro día,—y diciendo esto le empujó hacia la puerta.

Una vez en el corredor todo el dolor se convirtió en despecho, ni siquiera un sacerdote quería oírle. ¿Dónde estaban su antiguo padre espiritual, su consejero y amigo a quien bastaba ver la más pequeña

nube en su frente para comprender lo que le pasaba?

Por los labios de Vivian pasó un juramento, un juramento inconsciente, que brotaba de la impetuosidad de su carácter; juró no volver a confesarse.

La comida transcurrió monótona y silenciosa. Sirvieron patatas fritas que tanto le agradaban, y como de costumbre, le dieron la peor parte; Vivian reclamó, se entabló una discusión y como no le hacían caso lanzó, en un momento de cólera, el plato de patatas en la cara de su adversario; el Prefecto, atraído por el alboroto, vino a enterarse de lo que pasaba.

En vano se defendió y expuso razones; le ordenaron un castigo severo.

¿Dónde podía pedir justicia? ¿Cómo probar su inocencia si nadie le prestaría oídos? Era un forastero... un simple forastero.

Al salir del comedor la cabeza le daba vueltas, a duras penas podía tenerse en

pió, se sentía enfermo, en el corredor encontró a Del Erbo y le refirió lo sucedido.

—Te aconsejo ir donde la Enfermera—
le contestó el otro.

—¿Donde qué Enfermera?

—Hombre, ¿no la conoces? ¿Cómo es posible?

—Es la primera vez que me encuentro enfermo.

—Con todo, ¿quieres llevarme?

El rostro del muchacho inmutóse algún tanto, una nube pasó por su frente.

—Ven conmigo, ojalá esté de buen humor.

Juntos subieron las escaleras y se detuvieron ante una de las puertas.

Del Erbo permaneció un momento silencioso, como dudando qué partido tomar, estaba muy pálido.

—¡Golpea!—dijo luego con gesto imperativo.

Vivian golpeó.

Nadie respondió, sólo se oía la respiración jadeante de los dos muchachos.

Transcurrieron algunos segundos, luego un ruido de sillas y la voz de una mujer.

Vivian empujó la puerta. Le encontraron sentada junto a la chimenea con un libro sobre la falda y el perro blanco a sus pies. Se hallaba vestida como de costumbre con aquel hábito de enfermera, con aquella toca que caía sobre sus espaldas formando pliegues, con aquellos puños blancos y brillantes que reflejaban como espejos la luz de la lámpara.

En la alcoba se respiraba un ambiente cálido, algún tanto perfumado.

Al verles entrar levantó la mirada altanera, entre airada y sorprendida.

— ¡Ah! Del Erbo, ¿qué sucede?

— Nada, Hermana, he venido acompañando a este muchacho que se encuentra enfermo.

—¿No podía venir solo?

—Es nuevo y habla poco inglés.

La Enfermera no contestó, se puso de pié majestuosamente, sacudió sus vestiduras, dió un puntapié al perro que le salió al encuentro y se acercó a Vivian, lo examinó atentamente con la mirada, con esa mirada escudriñadora y penetrante que hacía temblar a los muchachos, examinó su rostro, sus vestiduras y luego permaneció silenciosa, turbada, como anonadada bajo el peso de un recuerdo.

Todo esto no duró más que unos instantes.

Luego retirando los ojos exclamó:

—En efecto no le conocía; ¿y qué es lo que tiene?

—Dolor de cabeza, malestar general—se aventuró a contestar Vivian.

—¿Eso es todo?—Una sonrisa de incredulidad pasó por los labios de ella.—No tenga cuidado, venga conmigo que ahora mismo

le daré un medicamento y después se irá a acostar, mañana se encontrará perfectamente.

Sin esperar respuesta salió de la alcoba, haciendo un signo para que la siguieran.

La sala de la Enfermería era una estancia más bien pequeña; a los lados se veía armarios de diversos tamaños, llenos de frascos y botellas, bandejas, paquetes. Todo estaba colocado en el orden más perfecto, relucían las cucharas, los vasos, los metales, con el mismo brillo de limpieza y de coquetería que se notaba en su delantal blanco o en sus puños almidonados.

Allí había mucho de ella.... No podía ser otra que la Enfermera del Convento la que tocaba esos objetos.

Se acercó a una de las mesas y tomó de un pequeño tubo dos pastillas, luego llenando un vaso de agua fresca, se lo presentó diciendo:

— Ensaye esto.

Vivian la admiraba sin poder pronunciar palabra, extasiado de la esbeltez de su cuerpo, de la soltura de sus movimientos, de la ironía de su sonrisa, de la jugosidad de sus labios, de la blancura de sus dientes.

Sentía hervir su sangre de párvulo ante la majestuosidad tan marcada de esa mujer. Había algo en ella que le atraía y también que le alejaba al mismo tiempo, sería temor, respeto no lo sabía.

Se fué a acostar más temprano que de costumbre, pero no pudo conciliar el sueño hasta muy entradas horas de la noche. La imagen de la Enfermera revoloteaba en torno suyo, ya la veía como una visión o un fantasma o como una realidad casi patente, o le quedaba el vivo recuerdo de un detalle.

Varias veces cerró los ojos fuertemente, como para no volver a abrirlos, varias veces oyó las campanadas que daban las horas; pero sus párpados parecían resistirse al sueño, pues los acontecimientos del día habían exaltado demasiado su imaginación.

VI

¡Tristes . . . muy tristes Navidades!

Noche del 24 de Diciembre, toda llena de hastío. . . .

Encerrado en su alcoba, una bella estancia silenciosa y tranquila, donde se veía: una cama, un sillón de cuero, una mesa y unas cuantas sillas de madera que brillaban con los reflejos de la chimenea, Vivian dejaba pasar el tiempo. Le parecía una quimera y sin embargo era el 24 de Diciembre.

A cada instante venían a su mente los recuerdos de la infancia, los árboles de

Navidad y los juguetes en la cama. Ahora se encontraba tan lejos de todo aquello que no podía convencerse que la víspera de Navidad fuese tan triste!

Con paso lento se acercó a la ventana. Un cuadro magnífico se presentó a su vista: los copos de nieve caían como espumas y en medio de la semioscuridad de la noche opacada, se veía hasta donde la vista podía alcanzar, una inmensa planicie inmaculada.

No había árboles, ni campos, ni ramajes, ni empalizadas y cual un blanco sudario, todo formaba con la nieve una masa compacta.

Y esa lucha de los elementos; el frío glacial que penetraba por la ventana y el tic-tic lastimero de los leños que ardían alimentando una llama roja viva. Un profundo silencio en el ambiente, la soledad del Convento o el de los paseos solitarios en los campos de América.

Se encontraba en una pequeña casa de campo situada en los alrededores de Oxford,

lugar escogido para pasar sus vacaciones de Navidad.

Un viejo capitán retirado del servicio consagraba su vida a recoger muchachos extranjeros para que aprendiesen inglés; era un hombre de aspecto vulgar, gestos bruscos, pues aún conservaba, como restos de haber vivido en el Cuartel, sus maneras despóticas y su voz de comando.

Algunos compañeros de San Gregorio, cuyas familias se hallaban en el extranjero, habían venido con él.

Su vida, ahora, era tal vez distinta. Su mayor placer era encerrarse en su dormitorio y sentado frente al fuego devorar esos libros que había comprado por unos cuantos peniques. Las mañanas solía salir a recorrer la ciudad, se deleitaba observando esos antiguos edificios, carcomidos por el tiempo y por los años; permanecía minutos, a veces largo tiempo, contemplando la portada de alguna iglesia antigua, cuyos barrotes de fierro o labrados en piedra, parecían poseer un secreto

¡Pobre vieja ciudad, tan sagrada, evocadora de tantos episodios históricos!

Allí había encontrado Vivian un lugar para alimentar sus fantasías.

Por las tardes: el juego de billar después del almuerzo; los paseos con el "teacher" por la angosta e interminable carretera; una hora de estudio o de lectura y después la clásica taza de té en un salón vecino entre las caras rígidas de los hombres de negocios y las vibrantes carcajadas de los despreocupados estudiantes de "Magdalene College".

Por la noche: la etiqueta rigurosa; la comida vestidos de "smoking", la conversación superficial y mundana, unas cuantas mesas de bridge y un baile de estudiantes con alumnas deliciosamente cándidas, dos veces por semana.

Así habían transcurrido vertiginosamente esos días en los cuales él sintió renacer otra vida, añorando menos los sitios de su Patria y olvidando por momentos la cruel rutina del Convento San Gregorio.

Esa noche era víspera de Navidad, el 24 de Diciembre, y sin saber por qué volvió a sentir el peso de su soledad y el hastío del recuerdo

En días anteriores había presenciado los preparativos de Navidad. ¡Qué ambiente de alegría!

Los escaparates de los almacenes lucían mil objetos adornados con bombas de cristal y ramajes de colores, que resplandecían a la luz de las lámparas.

Las gentes salían cargadas de paquetes, de regalos de Navidad, más allá el tío Sam vestido de estrambótica manera, hacía reír a los niños.

El se detenía ante cada vitrina, gozaba contemplando esos preparativos, seguía maquinalmente el tumulto, sin saber dónde iba pero no podía compartir su alegría.

Hay días que conservan, en el curso de los años, un sitio único; hay fiestas saturadas de un perfume especial que traen consigo

un torrente de felicidad y de alegría. Para él la fiesta de Navidad compendia todo aquello Y la primera, tan diferente, tan triste, tan lejana de las otras, separado de su Patria y de su familia, le parecía una profanación.

¿No tenían todos derecho de estar alegres, de reír, de cantar los himnos de Nochebuena?

¿Por qué estaba él sumido en tan vaga tristeza?

Así reflexionaba Vivian, cuando unos golpes resonaron en la puerta, era la sirvienta que venía a anunciarle que la comida estaba servida. ¡La comida de Navidad, tan alegre en otros tiempos!

El comedor se hallaba adornado con esmero, se veía flores por doquier; los cubiertos más finos recién desempacados, yacían brillantes sobre la mesa al lado de pasteles, cakes y sorpresas de toda clase.

Sí, para ellos también parecía existir esa fiesta. Era un festín de Navidad . . . ¡pero un festín triste!

Cuando entró todos estaban reunidos alrededor de la mesa, se notaba singular alegría en cada uno de aquellos rostros.

—“Turkey”, ¡hay pavo!, exclamaron dando muestras de un placer tan grande, que el manjar más exquisito no hubiese sido más codiciado.

Cuando han transcurrido varios meses entre las paredes de un Convento repitiendo cada día el mismo alimento, cuando el sabor del pan y el perfume del té no han cambiado, se puede comprender que un plato de pavo y una comida de Navidad, significan mucho.

—¡Happy Christmas day—Happy Christmas day!

Muchas veces repetían esta frase entre brindis y carcajadas. Llenaron las copas, desbordó la champagne, surgieron los brindis, saltaron las sorpresas; pero toda aquella agitación repercutía como martillazos en sus sienes febriles.

Terminada la comida Vivian salió al jardín, un oleaje de viento helado que acari-

ció su rostro serenó algún tanto su ánimo, se echó a andar sin rumbo fijo. Hacía mucho frío, los pies se hundían sobre la nieve virgen dejando huellas profundas y negras. Ningún ser humano cruzó su camino, ningún ruido artificial interrumpió sus divagaciones, ni siquiera los automóviles rodaban, como de ordinario, sobre la carretera.

Sin darse cuenta llegó a Oxford, en la puerta de un café encontró un grupo de personas ebrias, que seguían bebiendo entre risas y juramentos. Al pasar junto a ellas oyó sus voces que decían: ¡Happy Christmas! ¡Merry Christmas!

Fingió no oír, pues aquellas palabras le llegaban al alma y se internó por las más angostas y desiertas callejuelas. De vez en cuando pasaba un transeunte con el rostro iluminado o con un paquete bajo el brazo. El sonido de un órgano llegó a sus oídos, la música era suave y melancólica, Vivian se puso a caminar hacia el lugar de donde venía la música.

En una de las ventanas de piso bajo había luz y a través de las persianas se veía un árbol de Navidad iluminado.

¡Merry Christmas! se repitió él mismo y apoyándose contra el marco de la ventana, sintió que los sollozos ahogaban su garganta.

¡Eran sus primeras tristes . . . muy tristes Navidades!

VII

¡La fiebre le devoraba!

Convulsiones violentas agitaban su cuerpo enfermo; a tardías horas de la noche se despertaba sobresaltado, acometida su mente de las más espantosas visiones. Veía sombras o fantasmas que daban vueltas en torno suyo.

Varios días de fiebre habían transcurrido y Vivian no daba señales de vida.

Ese abandono de todo lo que le era tan querido; ese balance entre la vida y la muerte, sin saber lo que tenía, ni lo que

le pasaba; ese dolor de vivir con la cobardía de morir que atormentaban su mente, le producían crisis tan violentas que hasta la misma Enfermera fruncía el ceño sin poder disimular su disgusto.

Para la Enfermera aquellos días fueron penosos y largos. Horas interminables pasadas junto a él sosteniendo su mano calenturienta entre las suyas, mirándole con ansiedad en los ojos o leyendo un periódico sentada frente a su lecho.

Nunca desplegó tantos cuidados ni pareció más resignada que en esas largas veladas en las que él dormitaba inconsciente o caía bruscamente en la fiebre del delirio.

Entre sus alucinaciones él veía aquella cabeza rubia de mujer, escondida entre los pliegues blancos de la toca de Enfermera; esos ojos magnéticos y brillantes que le miraban fijamente. Entonces gritaba con desesperación: "¡es ella!, ¡es ella!, ¡Del Erbo, llévame donde la Enfermera!"

Nadie le comprendía pues hablaba en su lengua maternal.

Hace pocos días había regresado de Oxford una vez terminadas las vacaciones de Noel. Como de costumbre el Padre Rector le había recibido con demostraciones de afecto, le entregó un paquete de cartas y unos cuantos periódicos que llegaron durante su ausencia.

Cuando no se ha recibido por algún tiempo noticias de la Patria y de la familia; cuando se espera con ansia la carta de un pariente o de un amigo, la correspondencia tiene un valor incalculable. Vivian no hubiera cambiado la suya por una gran suma de dinero.

Cuando llegó al dormitorio procuró desvestirse más rápidamente que de costumbre y solitario en su camarín comenzó a abrir con mano temblorosa esos mensajes que venían de su tierra.

Leía la segunda, cuando su rostro palideció bruscamente, el papel cayó de sus manos . . . ¡Carmen había muerto!

Le daban detalles de una enfermedad corta e inesperada, de horas de inmensa

angustia y por fin de sus últimos momentos.

Ironías de la vida, le parecía mentira que ese cuerpo joven y bello que había dejado hace poco, hubiese abandonado el mundo de los vivos....

Aquella noche pasó en vela.

Una cruel desesperación le consumía, hubiera querido gritar, pedir socorro; no lo creía, no podía creerlo. Cómo imaginar ese rostro pálido y sedoso, esos cabellos negros, esos ojos febriles, allí sin vida, sin calor.... Fríos, sí, fríos, ¡para siempre!

Rompió el alba y aún no había cerrado los ojos. Llamaron las campanas a la primera misa, la luz matinal penetró por la ventana, los nubarrones que cubrían el cielo comenzaron a aclararse poco a poco, sonaron las siete y las duras palmadas anunciaron la hora de levantarse.

A su paso el Prefecto corrió la cortina y le ordenó levantarse. Vivian hizo un esfuerzo y se puso de pié, se encontraba enfermo, agobiado de pesar.

Nunca le pareció tan larga la ceremonia en la Capilla, repitió maquinalmente las oraciones de la mañana y vió pasar al sacerdote seguido de dos acólitos hacia el Santo Sacrificio, abriendo su libro de misa oró unos momentos por el alma de Carmen.

Después del desayuno entró en la Enfermería. La Enfermera se hallaba rodeada de un grupo de muchachos con los cuales conversaba alegremente. En nada había cambiado desde la última vez que la vió; el mismo vestuario simple y cerrado, ciñendo levemente las líneas de su cuerpo, los mismos bucles de sus cabellos rubios apenas visibles y los labios rojos entreabiertos.

Parecía haber rejuvenecido, iluminado su rostro por el tenue sol de la mañana, la época de descanso había avivado el tinte de sus mejillas y el ardor de sus ojos brillantes.

Hablaba nerviosamente, yendo de un lado para otro, abriendo frascos, administrando algún medicamento.

Siempre los mismos modales bruscos y altaneros, a veces demasiado impetuosos.

Al ver a Vivian pareció inmutarse; sin embargo siguió su trabajo, sin aparentar haber notado su presencia.

Pasaron algunos momentos que para él fueron eternos; afuera se oían los gritos de los muchachos que habían salido al recreo, el retumbar del balón, las órdenes del Prefecto.

Al cabo de un momento ella se acercó con paso lento y decisivo, pasó su brazo alrededor de su hombro y le murmuró muy quedo al oído: "¿What is the matter Christie?"

Le miró de reojo entre seria y fruncida esperando la respuesta con un aire tan duro que turbó al muchacho.

—Hermana, me siento enfermo

Una risa inesperada, mezcla de ironía y de despecho salió de su garganta.

—Hace seis días que comenzaron los cursos y Ud. ya se encuentra enfermo.

—Qué, ¿no han sido suficientemente largas las vacaciones?

Sin esperar respuesta giró sobre sus talones y fué a unirse a un grupo de muchachos; un ligero temblor agitaba sus miembros, de repente se detuvo bruscamente en medio de la estancia y batiendo las manos gritó:

—Es la hora de salir, todos afuera.

Vivian había permanecido en un rincón desconcertado, sin saber qué rumbo tomar; aquella risa fría penetró como un puñal en el fondo de sus venas. ¿Qué hacer, dónde ir? Fuera de sí se disponía a salir, cuando al llegar a la puerta, la Enfermera le detuvo haciéndole una seña para que se quedase.

Poco a poco los muchachos fueron retirándose y la Enfermería quedó casi desierta, mientras en el fondo de la galería el golpe seco de la campana anunciaba la hora de estudio.

Una vez a solas, frente a frente, ella le miró de nuevo de hito en hito.

—Y bien, ¿qué es lo que siente?

—Siento fiebre—contestó él.

Ella volvió a reír.

—Es una lástima—dijo, en tono burlón,
—no hay sitio en la Enfermería.

Luego acercándose a un armario abrió un cajón y sacando una botella le dió de beber y empujándole suavemente hacia la puerta, le dijo:

—Mañana venga a verme.

El resto del día fué una penosa lucha para él, queriendo ocultar su pena demasiado visible en su semblante; la noche pasó en vela; una a una se sucedían las horas interminables del tiempo.

A la mañana siguiente en la Capilla sintió que la cabeza le daba vueltas, que se trasladaba a un mundo desconocido. No recordaba más

Se despertó en una alcoba de la Enfermería, tendido sobre un lecho, del cual aún

no habían levantado la colcha. La Enfermera estaba a su lado y le sostenía una mano, más allá el Padre Espiritual conversaba en voz baja con dos muchachos; luego se produjo una crisis de delirio y volvió a sumirse en el mismo letargo de antes

VIII

Poco a poco las crisis del delirio fueron pasando, la fiebre disminuyó y por fin una mañana, una de esas mañanas bellas en Inglaterra, pues un tenue rayo de sol cubría los campos y doraba los pajonales desnudos; Vivian volvió a sentir toda la intensidad de la vida, toda la alegría del despertar, después de haber estado al borde de la muerte.

¡Qué bello le pareció ese paisaje ligeramente claro, apenas sombreado de alegría, que vió desde los cristales de su pequeña alcoba blanca!

Le parecía que había algo nuevo en todo y en cada cosa; colores más vivos en los marcos que adornaban la estancia, más frescura en las flores, más color en el ambiente.

Le pareció que hubiese sido muy cruel el morir teniendo tanto tiempo para vivir y para amar.

Ahora quedaban los largos días de convalecencia.

Todas las mañanas la Enfermera solía venir a cerciorarse de su estado, entraba bruscamente y venía a detenerse junto a su lecho; él conocía desde lejos el sonido de sus pasos menudos y el frufrú de sus faldas blancas. Le examinaba con insistencia, tomaba su mano, contaba las pulsaciones, le dirigía unas cuantas palabras según su humor o volvía a salir como había entrado, sin pronunciar una sola palabra.

A veces, los sábados de noche o los domingos por la tarde, venía a sentarse a su lado trayendo un libro o un tejido y allí

permanecía largo tiempo fingiendo apenas notar su presencia.

Muy rara vez sostuvieron una conversación o llegaron a hablar de otra cosa que de un juego de cricket o de una partida de fútbol.

Cuando ella le dirigía la palabra, se sentía tímido, aturdido, hubiese preferido que le tragase la tierra a afrontar esos grandes ojos hirvientes que le miraban fijamente.

Nunca oyó salir de sus labios una palabra afectuosa o una voz de cariño; contrariaba a veces sus deseos y vigilaba con ahinco sus actos. Sin embargo era una necesidad para él, formaba parte de su vida esa visita diaria, tan esperada y tan corta.

Le gustaba verla sentada frente a la chimenea acariciando a su perro blanco; amaba la esbeltez de su cuerpo, la brusquedad de sus modales, el cinismo de su sonrisa Cuántas veces en sus noches de insomnio, en sus horas de delirio necesitó la presencia de esa mujer.

Cuando se sintió mejor comenzó a devorar con la vista los libros de la biblioteca; su vida era entonces monótona, pero tranquila; pasaba solo la mayor parte del día junto al fuego viendo el saltar de las chispas y las tardes contemplando el crepúsculo de los días invernales.

La vieja mansión estaba siempre en silencio, exceptuando los sábados cuando las voces infantiles entonaban los cánticos a la Virgen, que llegaban hasta él.

A veces Alicia, la Ayudanta de la Enfermera, venía a acompañarle y solía permanecer largo tiempo a su lado relatándole las costumbres de su tierra; le hablaba de Irlanda, de su pueblo, de su familia. Vivian, a su vez, le describía los extensos llanos, las pulidas montañas, el sol abrasador de su Patria.

Alicia era una muchacha de unos veintidos años, de cabellos rubios y rostro afable, simpatizó con Vivian desde la primera vez que le vió y ensayó siempre la manera de hacer menos penosa su vida de enfermo.

Así comenzó el Otoño. Poco a poco su salud fué mejorando del todo. Le permitieron las mañanas salir al campo y hasta fumar un cigarrillo las tardes de los domingos cuando no tenía qué hacer.

Una tarde, Del Erbo penetró en la Enfermería, venía muy nervioso. Al ver a Vivian no pudo reprimir con gesto de sorpresa. Cuánto había envejecido; tenía el rostro demasiado pálido y dos profundas ojeras sombreaban su semblante.

—¡Hola!, hombre—le dijo con alegría—creíamos que habías muerto.

Allí estuvieron unos instantes conversando de “la vida de abajo”, luego se oyeron los pasos de la Enfermera que venía.

Al ver a Del Erbo pareció irritarse:

—¿No sabe Ud. Del Erbo que es prohibido entrar a la Enfermería?

—Sí, hermana,—murmuró—quería solamente cerciorarme por el estado de salud de Christie.

—Ud. no es el encargado de hacerlo; además, ya está perfectamente, mañana o pasado bajará a continuar sus estudios.

Vivian se sintió palidecer al oír estas palabras, ya se imaginaba que estaba próximo el día de su partida; pero nunca lo creyó tan cerca, nunca sintió tanto como en ese instante el inmenso vacío que ella dejaría en su vida; sintió que ella le era necesaria, como le eran necesarias sus palabras y sus gestos, y el calor de su presencia, y la humedad de sus labios rojos, y el ruido de sus pasos las mañanas al venir a verle.

IX

De esa larga enfermedad que había durado más de dos meses, de esas noches de desvelo en que oyó una a una las campanadas cadenciosas de la torre, de esos días interminables en que vió morir las tardes invernales; no había sacado otra cosa . . . que un gran amor hacia ella.

La amaba . . . no podía negarlo, la amaba y tal vez la odiaba al mismo tiempo.

¿Qué había hecho ella para ser digna de un amor como el suyo? . . . ¡Nada! . . . Había dejado entreabrir sus labios jugosos,

rojos de sangre y de pasión, había rozado sus cabellos sedosos sobre sus mejillas hirvientes, había reído con sarcasmo echando atrás su garganta.... tersa, tan pura como el marfil.

Había venido todas las tardes cuando la penumbra comenzaba a ensombrecer el ambiente y desde el marco de su ventana se veía borrarse bajo el manto de la noche las siluetas de los grandes árboles y las líneas ondulantes de los montes.

.... ¡Había venido a sentarse junto a él, para no decirle nada!

Cuántas veces junto a ella vió cómo se deshojaban las flores marchitas del florero y cómo el espejo de la consola se cubría de matices sombríos, mientras parecía que el tiempo se hubiese detenido bajo una sensación de sopor y de placer infinito.

Había algo extremadamente atrayente y deliciosamente cruel en su mirada vaga.

De repente, cuando le quedaba mirando fijamente, él retiraba la suya aterrizado,

pues un fluido de voluptuosidad y de dominio parecía manar de esos ojos de loca.

¡La amaba y la odiaba también!

No podía comprender como dos pasiones tan distintas pudieran unirse con tanta violencia.

Nunca pudo ella comprender sus infortunios, ni acoger sus palabras, ni murmurarle al oído una frase benévola. Carecía de comprensión y de bondad y aquello no podía perdonarle.

En vano pretendía engañarse, forjar en su mente nuevas alegrías o nuevos ideales. Bien sabía que fuera de ella no existía nada; que la amó desde el primer día que la vió; que en las vacaciones de Navidad vivió de su recuerdo y que ahora, infeliz de él, temblaba a su contacto; vibraba todo entero al sentir el roce de su cuerpo o se estremecía aspirando ese perfume que parecía nacer de su carne.

Era su primer amor: violento y terrible, como lo había sido su vida, por corta que fuese!

Nadie conocía su secreto; nadie podría adivinarlo y él solo lo guardaba en su pecho como una reliquia que era su dolor y era su goce.

A veces solía preguntarse qué sería de su vida lejos de ella y otras por qué amaba a una mujer que para él era religiosa y de la cual nunca podía obtener una palabra suave.

¡Aquella mujer debía determinar su vida! Era la imagen forjada en los paseos solitarios de su infancia, al borde de las fuentes, bajo las verdes enramadas.

Ahora al despertar sentía un rumbo inesperado en su camino, un no sé qué de grandioso y triste que turbaba los instantes de su vida abandonada. Se sentía más fuerte, más preparado para seguir el curso de su existencia estéril.

¡Era tal vez el primer rayo de sol que aparecía en el rincón sombrío de su nueva vida!

X

Habían pasado tres años desde su llegada a San Gregorio. Pasaron los días, los meses y los años....

Vino de nuevo el otoño; comenzaron las ramas a quedar desnudas, el horizonte a ponerse más triste, los pájaros se escondieron en sus nidos....

Pasó el otoño. Pasó el invierno.

Doraron las hojas de los árboles, se cubrieron de verde las praderas, creció el tomillo a lo largo del camino, las tibias

mañanas primaverales fueron menos melancólicas....llegó el verano alegre y sonriente; ¡pero la vida en el Convento en nada había cambiado!

Con el frío invernal, cuando la nieve cubría los campos y los tejados de las pobres casuchas; cuando el torrente dejó de correr porque sus aguas estaban heladas, cuando cada uno buscaba refugio al abrigo de la ardiente chimenea; comenzaron una vez más los cursos escolares.

¡Era el tiempo, largo, cadente, silencioso que volvía y volvía.... bajo la faz de nuevas estaciones; pero trayendo consigo el curso rutinario de una misma vida!

Llona, a su regreso, pudo relatar la suntuosidad de las fiestas a las cuales había asistido durante las últimas vacaciones. Del Erbo habló de sus aventuras amorosas, de rostros pálidos y de cabellos rubios de mujer. Cada cual traía de su hogar, de su familia algún recuerdo grato, algún incidente que evocase un instante agradable y que le ayudase a sobrellevar la mo-

notonía del tiempo durante su estadía en el Colegio.

También vino ella . . . más alegre, más joven.

El, con nada de eso contaba; escuchaba a sus compañeros con una mueca de dolor o se alejaba bruscamente.

Mientras los otros habían ido a visitar sus hogares, a abrazar a sus padres, a buscar a sus amigos; él había permanecido encerrado entre los muros del Convento, vagando por las desiertas colinas, oyendo a cada hora, a cada instante ese rumor lejano de campanas que tanto había oído.

¡Ya no era un niño. Era un hombre física y moralmente!

Una palidez marmórea cubría su rostro, sus cabellos se habían vuelto más finos y su rostro había perdido esa viveza de expresión que antes iluminaba su semblante dándole vida y alegría.

El escepticismo más grande y el más agudo pesimismo habían reemplazado sus

teorías de triunfo y de felicidad; ahora no creía en nada, ni siquiera en él mismo.

Los largos años que había vivido espiritualmente parecían haberle envejecido.

Las huellas del dolor habían pasado por su rostro llevándose tras sí la expresión de su alegría, el color de sus ensueños, el perfume de su vida....

Su amor, su gran amor hacia ella le iba perdiendo. Era como una inmensa llama que ardía sin cesar y que iba carcomiendo su pecho lentamente.

El solo tenía que guardar ese amor y ese secreto; nadie lo dudaba en el Convento ni siquiera la misma Enfermera.

El solo se consumía poco a poco....

¡Nunca un amor y un odio tan fuertes lucharon en una alma tan juvenil!

La muerte sacude las tristezas, las enfermedades desesperan o purifican; pero el amor.... el primer amor deja a veces huellas tan profundas que son como una mezcla de desesperación, de dolor y de penitencia.

Los primeros viejos amores quedan a través de los años como alimentados por un fuego invisible que nunca cesará de arder y esa parte del pasado permanecerá intacta en nuestra imaginación, como quedarán nuestras primeras fantasías.

Nada existía para él, fuera de aquella mujer fría y altanera.

Demasiado joven para detener esos impulsos de su pasión, como un niño que juega daba rienda suelta a sus secretos amores.

En otros tiempos había amado a la Virgen, había ido a postrarse ante su altar para ofrecerle flores en los días de mayo, había orado con fervor, había buscado refugio en la capilla desierta y misteriosa, tantas veces se acercó a la Sagrada Mesa con el pecho henchido de esperanza y de emoción; pero ahora nada de eso tenía pues había perdido lo único que le quedaba: su fe.

Mil veces en medio de su desesperación se arrodilló en el cojín rojo colocado junto

al altar de mármol e imploró a la Madre de Dios para que escuchara sus súplicas y cambiase el rumbo de su vida.

—¡Basta! ¡Basta! Virgen Santa—exclamaba en medio de su desesperación.—Seré bueno, seré otro, pero aleja de mí esta tormenta, esta pasión, esta locura. Haz que me aleje de este sitio, que la olvide para siempre.

—“Acordaos, oh Piadosísima Virgen . . .”

Pero esa blanca estatua de la Virgen, iluminado su rostro por la luz amarillenta de los cirios, permanecía impassible mirando al niño que sostenía en sus brazos. Vivian esperaba con ansiedad un milagro, solía quedarse horas enteras postrado junto al altar esperando que la Virgen se apiadase de él . . . pero pasaron muchos días y la estatua no se movió.

—No me oye—gimió un día—no quiere orirme, sólo es una obra de arte.—Y desde aquel día perdió su esperanza y su fe, y no oró más.

Como no creía en Dios, un extraño remordimiento minaba su conciencia, pues luchaba con las ideas que le habían inculcado en su niñez y las forjadas por él mismo.

Su carácter y sus maneras eran otras, se había vuelto esquivo perdiendo la límpida pureza que cincelaba su alma cuando vino.

Soñaba a menudo en placeres fantásticos, en lugares exóticos, en mujeres idealizadas por su mente y todo esto en un mundo que conocía por relato, y que deseaba vivirlo realmente.

Algo debía quedar de bueno en el fondo de su conciencia; pero para halagar su propio orgullo había decidido tomar una máscara que disfrazase lo poco de noble que quedaba en su carácter.

Tenía un grupo de amigos por quienes nunca sintió el menor afecto y aunque no necesitase de ellos dado el rumbo de su vida de entonces, le gustaba atravesar acom-

pañado la inmensa galería que conducía al salón de estudio.

En la capilla leía novelas, las horas de clase solía pasarlas grabando signos en el banco de su escritorio o con la mirada en lo infinito, en el azul del cielo que descubría el marco de la ventana. Cuando el profesor le imponía silencio o le interrogaba una lección, le respondía bruscamente.

Tenía gustos extravagantes. Amaba las horas de estudio por el silencio que reinaba en el ambiente; allí solía devorar con la vista los volúmenes de Historia y Geografía. Le gustaba sacar los mapas de colores y tenderlos sobre el escritorio, sentía un placer especial en contemplar los Océanos que había cruzado, los países que había conocido y cuando sus dedos temblorosos llegaban a América y luego a su patria, las lágrimas brillaban en sus ojos.

Otras veces subía al dormitorio y cuando se hallaba seguro de que nadie le observaba, solía bajar su vieja maleta de mano, la cual yacía empolvada en un rin-

cón de su armario, y la abría con sigilo deleitándose en sacar alguno de esos objetos que le eran tan caros: sea un retrato de Carmen, un obsequio de su tutor o un recuerdo de alguno de sus viajes.

Era de un valor incalculable, pues el despego a la vida que había sentido durante esos últimos años le hacían mantenerse impasible aún ante la misma muerte. Reía con sarcástica carcajada al contemplar una arma de fuego, tomaba con desdén un cuchillo o desgarraba sus carnes, sintiendo un extraño placer en ver correr sangre.

¡Nada temía! ¿Qué podía temer llevando una vida como la suya?

¡La muerte! Ella podía cortar sus miserias, hacer desaparecer sus ilusiones frustradas, mil veces la había invocado; pero la muerte cuando la llaman nunca viene y es necesario ir a buscarla. También pensó en eso en un día de supremo hastío. La vió frente a frente, cuando apoyado en la barandilla del último escalón su mirada vaga no encontraba más que el vacío; un

salto le hubiese bastado, pero cerró los ojos con horror.... tal vez sus creencias de antes no se habían extinguido del todo.

¡Su amor, su inmenso amor hacia ella le iba perdiendo!

Cada día que pasaba, la aurora de cada mañana que en otros tiempos le despertaba saturado de quimeras, sólo le traía la esperanza de verla aquella noche y hablarla de su amor.... pero se alejaban los monótonos días y con el crepúsculo de la tarde se desvanecían sus últimas ilusiones.

Después de su enfermedad la vió muchas veces, la habló muy pocas. Como un asesino, como un ladrón solía vagar en torno de ella. La buscaba en el bullicio de la Enfermería pues vibraba todo entero al contemplar sus brazos desnudos y sus labios rojos, la seguía en el angosto sendero cuando ella salía de paseo deleitándose en ver desaparecer su silueta blanca, su talla esbelta; más de una vez en una mañana invernal se ocultó detrás de un árbol añejo para verla pasar, o mientras jugaba

en el campo buscó con su mirada el cristal de su ventana con la esperanza de que se corriera una persiana y sus ojos le mirasen una sola vez.

Fingía todos los dolores, buscaba todos los medios de caer enfermo; ella parecía comprenderle, mostrándose cada día más fría y más inexorable.

Cuando la hablaba nunca lo hacía a solas, siempre se hallaba rodeada de un grupo de muchachos. ¡Amaba lo imposible! El lo sabía . . . pero era lo único que podía amar. Fuera de ella todo le era indiferente; su vida era una rutina, la de una cárcel, desde el alba veía las horas venideras siempre iguales, nada disminuía la monotonía del tiempo. Las mismas palmadas al levantarse, la misa, el desayuno, el estudio, la voz chillona del profesor relatando las mismas historias y las carcajadas de sus compañeros que aumentaban su tristeza.

Los campos y los árboles tomaban otros tintes, la enredadera se volvía más tupida,

la nieve cubría una vez más los tejados. ¡Todo aquello sí cambiaba!

Pero no dejaron de pasar los trenes a las mismas horas arrastrando consigo el eco de sus pitos, ni callaron las campanas hora tras hora ese sonido misterioso y cadente, ni el arroyo cesó de correr, ni el viento de gemir, ni nada turbó la lenta evolución de ese tiempo que parecía siempre igual, que parecía eterno....

Pronto aprendió las astucias de sus compañeros que pasaban por disipados. Cuando alguno de sus compañeros por algún raro evento iba al pueblo vecino le encargaba cigarrillos, revistas de colores, libros frívolos o estampas galantes, cuya entrada era prohibida por los reglamentos del Colegio. Al llegar al dormitorio se desvestía rápidamente y comenzaba a devorar con la vista esos papeles. Su lectura predilecta eran esas historias de amor, de pasión y de muerte; sentía un placer inaudito en mirar esos cuadros que representaban mujeres de rara belleza en los brazos de un amante. Le gustaba leer esas intrigas, esos

dramas de amor, preguntándose mil veces cuando encontraría él una mujer de aquellas que le amase con pasión.

Cuando apagaban las luces se revolcaba en su lecho sin poder dormir pensando que había en el mundo gente que amaba, que se divertía, que triunfaba mientras él, infeliz de él, encerrado entre cuatro paredes iba muriendo de melancolía.

Las horas nocturnas eran generalmente las más tranquilas, aunque a veces se desarrollaban en su alma espantosas tormentas.

Las noches de luna permanecía largo tiempo con los ojos abiertos observando el centellear de los rayos de luz plateada sobre un cielo muy negro; pero hasta esos instantes de felicidad eran cortos para él, pues las cadenciosas campanadas volvían a tocar las horas anunciándole que si el sueño no cerraba sus párpados, el alba y la hora de levantarse le sorprenderían en vela.

Todos los lugares en aquel Convento le eran ingratos. Las horas que transcurrían en la Capilla fueron para él cada vez más

sombrías y lentas, el sonido del órgano y el canto del "Salutaris Ostium" que en otros tiempos colmaron sus místicos ideales, le llenaban ahora de rencor y de despecho.

El tiempo le parecía un enorme fardo que tenía que llevarlo lentamente por el mismo sendero . . . sin otro horizonte que su amor de niño y el futuro incierto de su vida.

A veces vagaba como un loco, los cabellos en punta, el gesto del dolor en la boca cada vez más acentuado, la mirada en lo infinito o solía retirarse a algún rincón del campo bajo un árbol destruido por los inviernos, o se sentaba en una esquina de la sala de juegos solitario y meditabundo. Sus compañeros le admiraban o se reían de él; pero si alguno venía a dirigirle la palabra, le contestaba bruscamente:—Déjame en paz—, entonces se alejaban de él exclamando:

—Está loco.

XI

Con los fríos del invierno apaciguáronse algún tanto los delirios de su alma. Sus compañeros le vieron reír y hasta cantó con ellos los Domingos cuando regresaban de paseo.

El sentía que algo nuevo había surgido en su camino; era tal vez su obsesión, su deseo vehemente de definir su vida.

¡Había llegado el momento en que decidirse era lo único que le quedaba!

Sí.... iría donde ella, le hablaría de su amor y huiría para siempre.

Su vida debía tomar un rumbo cualquiera.... ¡de muerte o de dolor!

El sabía que el fuego de sus ilusiones, el ardor de su fantasía se habían marchitado lentamente ante los labios rojos y los cabellos rubios de esa mujer.

El sabía que en el mundo había ciudades grandes donde se juega la vida y se compra el amor; que había grandes salas con columnas de mármol y mesas con tapetes verdes donde se ahoga el pasado y se vuelve a vivir.

El sabía que el mundo era una rueda enorme y turbulenta.... donde se podía olvidar.

¡Esa fué su obsesión desde entonces!

Quería huir, huir para siempre en busca de una nueva vida; pero ante todo iría donde ella y como un loco, como un desesperado le hablaría de su amor....

XII

Ninguna fiesta era esperada en San Gregorio con tanta impaciencia y con tanta febril alegría como el día del santo del Padre Rector. Era sin duda aquél uno de los mejores días del año escolar.

Además del "long sleep", del permiso de fumar, y del paseo al "village"; se efectuaba por la tarde un desafío de cricket con algún colegio vecino y por la noche un gran banquete con abundancia de vinos y licores, para los alumnos de la sección superior.

Desde días anteriores se notaba una rara animación en el Colegio.

Solían venir algunos ex-alumnos, uno que otro padre de familia y las gentes de los alrededores a presenciar una comedia de Shakespeare o algún diálogo en francés preparado por los alumnos.

Aquél fue un miércoles 27 de junio, para él fecha inolvidable en el curso de su vida.

Un aire cálido, un perfume de retamas y hojas frescas embriagaba el ambiente; un torrente de luz muy diáfana penetraba por los cristales de las grandes ventanas del comedor, donde se hallaban reunidos los alumnos del Colegio.

Un rumor extraordinario llenaba la sala, se oían voces sin sentido, carcajadas, aplausos, y todos demostraban aquella mañana una alegría especial.

En uno de los rincones del comedor, en una mesa esquinada, Del Erbo conversaba animadamente con Vivian, éste parecía escucharle con atención aunque a veces se sumía en un vago letargo.

—¿Qué te sucede?—le dijo por fin Del Erbo.

—No tienes razón para estar tan pensativo.

Luego dando un puñetazo en la mesa gritó para que todos le oyesen:

—Os invito a tomar una copa en el "Black Cat".

—Bravo—gritaron todos en coro batiendo las manos.

—Viva España—gritó uno por ahí.

—Me siento feliz—volvió a hablar Del Erbo.

Vivian no contestó, tomando la jarra de café con leche llenó su taza y comenzó a beber a pequeños sorbos.

En aquel momento un muchacho alto, con anteojos, se detuvo frente a la mesa:

—¿Quiéñ quiere cigarrillos?—dijo.

—Yo, yo, yo—se oyó una algazara.

—Para mí "Navy Cut", para mí "Gold Flake", para mí "Abdullas" de los buenos—

gritó Del Erbo echando una pieza de media corona sobre la mesa.

Las palmadas del Prefecto hicieron cesar el bullicio, todos se pusieron de pie y después de contestar "amén" a la Oración, comenzaron a salir en desorden.

Era una costumbre en San Gregorio el ir, sea en agrupaciones de clases o particularmente, a felicitar al Padre Rector en el día de su Santo.

Un buen número de estudiantes tomaron ese rumbo, Vivian y Del Erbo siguieron el tumulto.

—Sabes—le dijo éste mientras subían las escaleras—esta noche me voy al pueblo.

—¿Otra vez?

—Sí, tengo que ver a Donna, quince días que no la he visto.

—¿La quieres?—preguntó Vivian.

Los ojos de Del Erbo se iluminaron.

—Más que nunca—contestó—y ella a mí. Está dispuesta a huirse, a hacer lo que yo quiera.

Por los labios de Vivian pasó una sonrisa amarga.

—Qué suerte tienes—murmuró.

Hacia algunas semanas que Del Erbo efectuaba estas escapadas al pueblo para ver a la muchacha del "Black Cat", Vivian era el único que lo sabía en el Colegio, por eso su amistad se había acentuado durante los últimos tiempos.

Los dos permanecieron un instante en silencio.

—Oye—le dijo, por fin Vivian, mirándole fijamente—¿y si te descubren?

Del Erbo rió alegremente.

—Tanto mejor—contestó—me sacarán de aquí y de seguro que me hacen un bien.

Luego continuó:

—Esta noche en medio de la fiesta no podrán darse cuenta.

—Sí, tal vez te harían un bien—dijo Vivian en voz baja como hablando para sí mismo.

Un sacerdote pasó en aquel momento por la galería, un grupo de muchachos que esperaban su turno frente a la puerta del Padre Rector abandonaron sus sitios para unirse con él.

Era Father Blake, el más alegre de los estudiantes de Teología.

Los muchachos se fueron alejando entre bromas y carcajadas. La galería quedó casi desierta.

Del Erbo que continuaba hablando de Donna, se detuvo de repente y mirando el reloj dijo:

—Me voy. ¿Vienes?

—No puedo—contestó Vivian—debo hablar con el Padre Rector.

—Nos veremos más tarde.

Una vez solo, Vivian se puso a pasear a grandes pasos. Un cúmulo de ideas se

agolpaban en su cerebro sin llegar a definirse, lo único que sabía, de lo único que se hallaba persuadido era de que a costa de cualquier audacia debía verla aquella noche y hablarle de su amor.

Una ola de sudor frío empapó su frente, dió unos pasos hacia adelante y se arrimó junto a la ventana. Un gato blanco juguetaba sobre el tejado, las ramas verdes de los árboles tambaleaban con fuerza agitados por el viento. Allí permaneció unos minutos, luego sintió que le llamaban por su nombre:

—¡Eh, eh! A tí te toca. No te quedés largo.

Avanzó hasta la puerta y después de dar unos golpes penetró en el aposento.

Encontró al anciano sentado en su escritorio del cual no solía moverse, rodeado de papeles y de libros; el rostro sonriente y los cabellos castaños cubiertos de canas.

Al ver a Vivian dejó la pluma con aire de sorpresa.

—Vamos, querido Christie—exclamó—
Ud. también por aquí.

—Padre, venía a felicitarle.

Una expresión de contento cubrió el
rostro del anciano.

—Gracias—contestó—Hace tanto tiempo
que no te veía, he averiguado por tu com-
portamiento y me han dicho que es bueno.
El otro día Father Culby me dijo que has
obtenido un premio en Historia. Todo eso
está muy bien. Lo que deseo es que te
encuentres contento en el Colegio.

Luego continuó, mirándole de reojo:

—Pero cuanto has cambiado.

El sintió renacer en aquel momento to-
do el pasado de su vida estudiantil; le
pareció volver tres años antes a esa tarde
de Otoño en que llegara por vez primera
al Convento de San Gregorio. Le pareció
ver la estancia desmantelada que servía de
salón de espera, los muebles casi viejos,
los cuadros, el rostro de su tutor y la figura

sonriente del Rector que le dirigía la palabra.

¡Qué lejos le pareció entonces todo aquello!

En efecto. Cuanto había evolucionado su vida. Cuanto había cambiado. Le pareció que los años habían transcurrido largos y lentos entre la lucha de su amor y de su dolor infinito.

Como a un confesor, como a un amigo hubiera querido hablarle.... hablarle de ella, de su amor, de esas interminables horas de incertidumbre; relatarle día a día, hora a hora, el gran pecado de su vida: su pasión de niño.

Había venido a decirle que se iba, que ya nada tenía que hacer en el Colegio; pero sintió que si hubiese comenzado a hablar, las frases se habrían ahogado en su garganta y las palabras no hubiesen salido de sus labios. Además él tampoco podría comprenderle.

Allí permaneció un momento hablando de cosas indiferentes.

Sin saber por qué dió varias vueltas alrededor de la estancia, se detuvo ante un cuadro, buscó algún objeto que conocía yá y luego se fué alejando poco a poco con el vago presentimiento de que no volvería a ver el rostro de aquel hombre.

Cuando llegó a la puerta sus ojos trataban de sofocar una lágrima.

—Volverás por aquí—murmuró el anciano.

—Sí—contestó Vivian, y salió.

A su paso por la galería encontró la Capilla y sintiendo más que nunca la soledad de su vida presente, tuvo deseos de volver hacia una nueva vida, de orar y de ser bueno.

¡Qué alegres fueron esos días en San Bartolomé cuando llevaba flores al altar de la Virgen!

Ahora se encontraba tan cambiado, tan distinto que tuvo la impresión de que toda una vida había pasado por esos cortos años de su adolescencia.

Comenzó a caminar sin rumbo por la galería desierta a esa hora. Al ver la torre de la iglesia, las paredes del Convento envejecidas por la nieve y por las lluvias; al ver las verdes praderas donde empezaba a brotar el tomillo y los árboles añejos cargados de ramaje junto a los cuales paseó tantas veces su tristeza; sintió que una gran opresión saturaba su pecho. Sin saber por qué, sin poder explicarse, una inmensa amargura le invadía al alejarse de aquel sitio donde saboreó el fruto de la pasión y el dolor de la vida; al alejarse de ella que significaba todo para él.... pero no podía volver atrás, su última resolución estaba tomada, aquella noche a las once, a cualquier hora, cuando todos durmiesen iría donde ella y le hablaría de su amor.

El resto del día sucedióse rápidamente.

Sentado en un rincón del Salón de Actos vió como entraban los padres de familia acompañados de sus hijos, los vecinos del pueblo, el profesor de música, la Enfermera.... sonriente, altiva, tal como la

había visto tantas veces, desaparecer sin rumbo fijo por los senderos desconocidos del camino.

Una vez que cerraron las puertas el Prefecto tomó la palabra y después de exhortar a los muchachos felicitó al Rector, luego se leyeron los puestos de clase, los premios trimestrales de conducta y de composición; también oyó su nombre:

—Segundo Premio de Historia, Vivian Christie.

Se levantó y ligeramente aturcido se dirigió al escenario, al pasar junto a ella sintió el roce de su brazo; le entregaron un volumen pequeño lujosamente encuadrado. Era "Christmas Carol" de Charles Dickens.

Terminaron el acto representando "Macbeth".

Cómo le impresionaron esas escenas de emoción y de sangre, sobre todo aquella en que en un rincón del Palacio Lady Macbeth toda vestida de blanco, alta, caden-

ciosa, loca se lavaba las manos de su crimen exclamando:

—¡Lejos de mí esta horrible mancha!
Ya es la una las dos Ya es hora Qué triste está el infierno
¿Pero cómo tenía aquel viejo tanta sangre?

Luego:

—Todos los aromas de Oriente no bastarían a quitar de esta pequeña mano mía el olor de la sangre.

.....

Terminada la representación se oyeron estrepitosos aplausos en la sala, luego el Rector tomó la palabra y agradeció a alumnos y profesores.

El ruido continuó en los corredores y en la galería,—al Banquete, al banquete—gritaban los muchachos.

Nunca hubo más profusión de luces ni más abundancia de flores y confites sobre las pequeñas mesas, de ordinario desmanteladas, del comedor del Convento.

Las sirvientas vestidas de gala se movían de un lado para otro llevando bandejas y botellas, los muchachos buscaban su sitio en medio del mayor alboroto, de repente todo quedó en silencio, penetró el Rector seguido de los invitados; pero a la voz de "Break silence" del Prefecto, volvió a principiar el bullicio.

Comenzó la comida. Sirvieron platos especiales, pavo y patatas fritas, vinos de dos clases, licores, café, cigarrillos; la cristalería azulesca yacía reluciente sobre el mantel blanco con bordes labrados.

Del Erbo sentado junto a Vivian le hablaba de Donna, de sus escapatorias, de su primera noche de amor. Vivian no le escuchaba, no podía oírle, sentía solamente que sus miembros palpitaban con violencia y que la sangre se había agolpado en su rostro, cada minuto, cada segundo que pasaba le parecía un abismo que en vez de acercarle le iba alejando más de ella.

—¿Estás enfermo?—le dijo de pronto Del Erbo.

—No tengo nada—contestó él—Bebamos—y una a una bebieron juntos esas copas de licor que tenían ante sí.

Se hallaban todos en el colmo de la animación cuando uno de los invitados, ex-alumno del Colegio se puso de pie y haciendo retórica de maestro de orquesta se puso a cantar:

—The most we are together....

—....together.... together—repitieron en coro.

—My friends are your friends and your friends are my friends....

Luego gritó:

—Un momento de silencio. Brindemos por el Rev. Padre Clark.

Todos se pusieron de pie. A un discurso siguió otro y otro....

Terminada la comida Del Erbo salió.

Las once sonaron en el campanario del Convento.

Vivian quiso levantarse, pero temió que le faltasen las fuerzas, tomando una copa de licor la bebió de un solo golpe.

El ruido en el comedor se acentuaba por momentos, repercutían las estrepitosas carcajadas y se oían las voces que entonaban las canciones del Colegio.

Se escurrió disimuladamente hacia la puerta y notando que nadie le veía, salió afuera.

Una ola de viento tibio, casi frío pasó silbando por su rostro. Sus pisadas resonaron una a una en la galería desierta; dió varias vueltas sin rumbo fijo y luego se encontró aturdido, solitario junto a las gradas de la Enfermería.

* * *

¡Iba a jugar la última carta que determinaría su vida!

Iba en pos de lo imposible.... Iba como un loco, como un mendigo a implorarle un poco de amor.

.....

Comenzó a subir las escaleras lentamente, contando peldaño tras peldaño y como preguntando a esos bloques de piedra y de madera si no era él un demente.

Una vez en la superficie se detuvo junto a su puerta, miró a todos lados para cerciorarse de que nadie le veía, se arrimó luego al marco de madera y permaneció un instante escuchando si se oía algún rumor. La mansión parecía deshabitada, ningún ruido turbaba el silencio sepulcral de la pequeña galería, sólo se oían las voces de los cantos de abajo que como un eco llegaban hasta él y de vez en cuando el chocar del viento contra los cristales contiguos.

Sintió que un escalofrío, un sudor enorme penetraba hasta sus huesos.

Tocó la puerta. Nadie contestó, entonces dando vuelta a la manilla penetró en el aposento.

Ella estaba sola, sentada frente a una mesa con un libro en la mano; no leía, parecía dormitar con los ojos ligeramente

cerrados; en el suelo había varios periódicos desparramados, más allá su perro blanco jugaba con el borde de la colcha.

La profusión de luz artificial embellecía más que nunca su rostro apenas ajado por los años y el tinte brillante de sus cabellos rubios.

Nunca la había visto antes así tan bella y tan soberbia. Tenía los párpados semi-abiertos y la garganta desnuda echada hacia atrás.

Al oír ruido levantó la cabeza y no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Qué sucede Christie?—le dijo ligeramente turbada—Ud. a estas horas.

El temió que no le dejase hablar, que con una palabra seca, con una orden dibujada en sus ojos le hiciese salir antes de haber pronunciado una sola palabra.

Un momento permaneció aturdido en medio de la estancia sin saber qué decir, luego serenándose algún tanto murmuró muy quedo:

—Hermana, déjeme permanecer unos instantes, me voy y quería despedirme.

Esperó la respuesta con los puños cerrados, pálido como un muerto, sin atreverse a mirarla. Era la primera vez que se encontraba frente a frente a ella.

—Pero Ud. está muy pálido—dijo ella—¿Qué tiene?

Le habló con una voz suave, silenciosa, como nunca le hablase antes así y esa fué una especie de caricia, de música que se repetía y se repetía en sus oídos sin cesar.

Transcurrieron unos instantes en silencio.

La luz de una lámpara de mesa bañaba un rincón de la pequeña alcoba sencillamente amoblada. No había allí nada que estuviese demás; algunos cuadros en las paredes, pocas sillas; el lecho blanco, immaculado, un ramo de flores sobre la mesa; la chimenea se hallaba cerrada y las persianas de la ventana aún no habían sido corridas.

¿Quién era aquella mujer? se volvió a preguntar Vivian; mil veces lo había pre-

guntado en sus horas de desesperación y de locura. Nadie lo sabía. Era la Enfermera... la Enfermera del Convento.

Con paso indeciso fué acercándose a ella. Vió que su tez se hallaba muy bronceada, que los bucles visibles de sus cabellos rubios parecían de oro y que sus labios entreabiertos, voluptuosos, estaban rojos como si una gota de sangre fuese a manar de ellos.

—¿Qué Ud. se va? ¿Y a dónde?—dijo ella de pronto mientras se erguía ligeramente y apoyando los codos sobre la mesa se ponía a pasar las páginas del libro.

Vivian no contestó y siguió avanzando hacia ella.

En aquel momento la perra dió un brinco y comenzó a arrastrar con el hocico uno de los periódicos.

—Dolly—gritó la Enfermera—quédate tranquila.

Luego poniéndose de pié de un salto se fué a arrebatar el papel de los diéntes de la perra.

—Los guardo con cuidado, pues aquí hablan del Colegio—dijo después.

—¿No ha leído Ud. la última reseña sobre el desafío de cricket?

—No—contestó Vivian.

—Aquí la tiene.

Se acercó maquinalmente y detrás de la espalda de la Enfermera, por encima de sus hombros, fingió leer el periódico; se acercó tanto que su cuerpo rozó todo entero con el de ella. Un perfume suave, casi imperceptible, el perfume de su carne, el aliento de su boca llegó hasta él.

Permaneció un instante embriagado, conteniendo el aliento mientras un escalofrío de placer sacudía su cuerpo....

Pasaron unos segundos, y ella no se movió.

El sentía que la sangre corría a borbotones por sus sienas y que sus brazos in-

móviles temblaban convulsivamente; le pareció que todo le daba vueltas, que los cuadros se salían de sus marcos, y que las luces danzaban macabramente a su alrededor; luego sin saber lo que hacía, sin saber lo que le pasaba fué acercándose más y más... hasta que en un momento dado fuera de sí, sintiendo martillazos en el cerebro; la cubrió a ella con su cuerpo, le sujetó los brazos bruscamente y con un gesto brutal, casi salvaje le besó en el cuello, en esa parte de la garganta que el escote del vestido había dejado desnuda.

Fué un momento desesperado y terrible, una lucha desigual en la que él, con fuerzas sobrehumanas, quiso beber en ese beso todo su amor contenido y su pasión desatada.

Ella se volvió pálida, pálida como un fantasma, los labios contraídos, los ojos centellantes y desprendiéndose bruscamente de sus brazos gritó:

—Christie, Ud. está ébrio. Salga afuera.

Su voz repercutió contra las paredes de la estancia. Con una desesperación inau-

dita, fruto de su dolor, él soltó una carcajada.

—¡Ebrio! ¡Ebrio!—gritó, más fuerte—
¡Ebrio de amor y de pasión!

Y antes de que tuviese tiempo de moverse cayó de hinojos ante ella y besó cien veces sus manos, sus brazos, se agarró febrilmente de sus vestiduras mientras murmuraba:

—¡Hermana! ¡Hermana! ¿no ha comprendido?

Esa expresión atroz, esos ojos de loca, esos labios contraídos, candentes como la pasión, hechiceros hasta el delirio, que había visto tantas veces en las tardes invernales en la Enfermería, apareció en el rostro de ella.

Estaba tan pálida que parecía una estatua, dió unos pasos hacia atrás como inconsciente, como si fuera a desmayarse; luego cubriéndose el rostro con las manos se dejó caer en el diván.

Entonces él en puntillas, los cabellos desordenados, los ojos inyectados de sangre;

sintiendo un estremecimiento comparable a la agonía y a la muerte, sintiéndose por un momento en un mundo irreal, sin saber si soñaba o si vivía.... se fué hacia la puerta, miró por la cerradura, dió varias vueltas en torno de sí y cogiendo la llave la volteó dos veces.

A su paso encontró la llave de la luz. La cerró con vehemencia.

La estancia quedó a oscuras, una luz plateada, diáfana penetró por los cristales de la ventana. Los rayos argentinos del espejo cubrieron un rincón de la alcoba. Un aire tibio, ligeramente perfumado embargaba el ambiente. Ningún ruido; las ramas y los árboles apenas se movían; a lo lejos el murmullo del torrente....

Se acercó a ella y comenzó a cubrir su cuerpo con sus besos.... Ella había escondido su cabeza entre sus brazos y profería, a veces, frases incoherentes que él no entendía:

—“Años de penitencia.... no debía ser así.”

De pronto se incorporó de un salto y con un gesto incomparable arrebatóse la toca que cubría su cabeza y rasgó los botones que cerraban su pecho palpitante. Una cabellera ondulante, espesa, de color de oro cayó sobre sus hombros.

No habló más. Apoyó su rostro sobre el pecho de él.... y se abandonó.

.....

La una sonó en el reloj de la iglesia.

Fué una larga campanada cuyo eco se perdió lentamente en el silencio sepulcral de la campiña.

La noche había oscurecido y apenas se distinguían los objetos como sombras vagas. Cantó un gallo en el corral del Convento y los cristales chocaron entre ellos agitados por el viento.

Ella se había incorporado y él sintió que sollozaba por momentos.

—¡Dios mío!—repetía sin cesar—¿Qué he hecho?

De repente irguiéndose altiva, déspota como él le viera tantas veces, le murmuró al oído:

—Oye, escucha.

Vivian no contestó, tomando una de sus manos la besó apasionadamente.

—Hace muchos años—continuó ella—cuando yo era una niña amé a un hombre que tenía tus mismos ojos y tus mismos cabellos . . . y él me engañó.

Una risa lúgubre mezcla de sollozo y de despecho brotó de su garganta.

—Vete—dijo luego—Vete. No quiero verte más.

.....

Cuando él se encontró de nuevo bajo el dintel de la puerta, le pareció que habían transcurrido diez años de su vida.

XIII

De nuevo, como antes, la nieve cubrió los tejados y las altas paredes del Convento, y las hojas de los árboles desaparecieron poco a poco con los vientos del Otoño, y la niebla empañó los cristales de las grandes ventanas, y el tiempo siguió evolucionando como antes. . . . ¡como si nada hubiese pasado!

¿Qué era pues la vida?

Un torrente vertiginoso que corre y corre siempre, y aunque se detiene a veces

sigue corriendo con más fuerza sin acordarse que se ha detenido un instante.

¿Qué era el placer?

El ansia, la obsesión de detener la vida para alejarnos más de ella y sentirnos luego, por un momento, más cerca de la muerte.

¿Qué era el dolor?

¡La carrera desenfrenada de la vida que no quiere detenerse!

El hubiera querido que todo cambiase desde aquella noche.... pero el tiempo y la vida parecían inmutables.

Habían pasado tantos días, tantas horas de tedio, tantas noches largas desde que ella había partido.... que todo su pasado le parecía ahora un sueño, una quimera, uno de esos cuentos azules, una de esas novelas de amor que leyerá antes en medio del silencio de su camarín abandonado.

¿Dónde estaba ella?

Ella que había sido su alegría, su dolor,
su placer de vivir.

¿Dónde estaba ella?

Ella que en esa noche clara de verano,
en la estancia oscura, bañada solamente
por los rayos plateados del espejo y por
las sombras calladas de otras sombras; le
abrió los ojos a la vida, le enseñó la locu-
ra de amar y la pasión intensa de vivir.

No lo sabía. . . .

Lo había preguntado a los grandes ár-
boles cargados de follaje, a las viejas pare-
des que conocían sus nostalgias y junto a
las cuales lloró tantas veces el dolor de
sus amores, a la tupida enredadera que
cubría su ventana; lo había preguntado al
viento, a la luna, en sus noches de desvelo,
a las sombras del camino y al crepúsculo
de Invierno que vió desaparecer lentamen-
te. . . . allá lejos detrás de la campiña blanca.

No lo sabían. Pero cada piedra, cada
enramada, cada recodo del camino parecía
decirle a gritos. . . . que ella no volvería.

Desde aquella terrible noche en que ella fué suya, su recuerdo le perseguía en todo instante.

Le parecía ver sus manos temblorosas, sus labios balbucientes, su cabellera de oro que caía sobre sus hombros; sentía por momentos el roce de su cuerpo, el ardor de su boca, el perfume de su carne; escuchaba frases incoherentes, palabras sin sentido que ella le dijo, mientras sentía en sus brazos el despertar de la vida.

Muchas veces en medio de su desesperación comenzó a subir de nuevo los peldaños que conducían a la Enfermería y golpeó con violencia la puerta de su alcoba para sólo oír su voz; pero pasaron los días y los meses, y su puerta permaneció cerrada, y nadie contestó al grito desesperado de su última esperanza.

Una vez más asistió a las clases cotidianas y escuchó la voz del profesor, oyó las francas carcajadas de sus compañeros de estudio; los vió jugar y reír, atravesó con ellos la inmensa galería; aprendió de me-

moria los poemas de Milton y plegó las rodillas ante el altar de la Virgen, él que en nada creía, que no podía creer que la felicidad viniese para no volver más.

Corrían los primeros días de Diciembre. . .

Sentado en su escritorio del salón de estudios, Vivian abrió la carpeta y sacó un calendario. Con su dedo tembloroso comenzó a señalar los días 27 de Junio-10 de Diciembre. Habían pasado seis meses. . . sí, ella no volvería.

¡En vano había esperado tanto tiempo!

Aún recordaba esa noche como si fuese ayer, aún recordaba la mañana siguiente cuando después del desayuno entró en la Enfermería; ella no estaba allí, brother Hague, alto, fruncido, con su gran delantal blanco en la cintura atendía a los muchachos. ¿Dónde está la hermana? ¿Dónde está la hermana? oyó que preguntaban varias veces; el viejo frunció el ceño y no contestó.

El esperó que todos se fuesen, que la estancia quedase vacía y notando que no le viese nadie, subió a la Enfermería.

Una vez allí, pálido, desconcertado como lo había estado la noche anterior, golpeó una vez la puerta. Nadie contestó. Golpeó de nuevo una, dos, tres veces; pero no se oyó ningún rumor; dió vuelta la manilla, la puerta se hallaba cerrada.

Desde aquella noche no había vuelto a saber nada de ella, cansado estaba de unirse a los corrillos de sus compañeros para sólo oírles su nombre, tantas veces con sarcástica sonrisa desvió la conversación hacia el recuerdo de esa mujer. Nunca pudo saber nada. Al comienzo comentaron su ausencia, oyó decir que se hallaba enferma, que había salido a vacaciones, luego que no volvería, y no se habló más de ella.

La marcha del Convento siguió como antes, las clases a las mismas horas, el estudio y el deporte; un banquete, un permiso de fumar y las cadenciosas campanadas de la torre que sonaban el tiempo.

Vivian miró a su alrededor. Nada había cambiado desde el primer día en que llegara al Convento.

Algunos alumnos nuevos habían tomado los asientos de aquellos que se fueron, también los mosqueteros se habían ido. Del Erbo huyó con Donna dos meses antes, Llona había perdido su fortuna y regresado a su patria, sólo quedaba él, era el único mosquetero del Convento.

¿Para qué aguardar más tiempo? ¿Para qué esperar allí de nuevo las tristes Navidades?

Esa debía ser su última noche de silencio y de oración en el Monasterio. Debía huír en busca de una nueva vida, de ciudades desconocidas, de barrios turbulentos donde pudiese olvidar....

Durante las oraciones de la noche sus ojos permanecieron fijos en ese Cristo de bronce en el cual ya no creía; recorrió con la mirada las vidrieras anaranjadas de las pequeñas ventanas y las luces amarillentas que bañaban las flores y las columnas soberbias del altar de mármol.

En medio del silencio se elevó fuerte y melodiosa la voz del Padre Espiritual. "Pray for us" repitieron los muchachos tres veces y ese conjunto de voces, ese eco imponente, cadencioso y lúgubre fué a perderse detrás de las bóvedas de la iglesia en la noche oscura y silenciosa.

Después de la Capilla pasaron al dormitorio. Una vez solo en su camarín Vivian corrió la cortina y por fin se sintió solo; a su alrededor no habían más que tres paredes blancas, luego se echó en la cama vestido.

Poco a poco el ruido fué cesando, las luces se apagaron, las campanas de la torre sonaron las diez, a través de los cristales de la ventana el soplar furioso del viento y el crujir de los árboles anunciaban una noche tormentosa.

La estancia había quedado silenciosa, de vez en cuando un ronquido sordo o un movimiento brusco interrumpía aquella calma nocturna.

Se levantó sigilosamente, quitóse los zapatos para no hacer ruido y encaramándose en una silla bajó la vieja maleta; empolvada, endurecida por el tiempo, ésta crujió al abrirse. Con mano febril, el corazón palpitante comenzó a guardar sus útiles más queridos sin los cuales no hubiera podido partir.

Esta maniobra duró unos instantes; tanto como le permitía la oscuridad de la noche buscó cuanto creyó indispensable. Nada había olvidado. Allí estaban sus papeles, sus álbumes, sus libros predilectos, los recuerdos de su Patria. Después bajó su sobretodo y su sombrero, y los colocó en una silla contigua, recostándose de nuevo para esperar la media noche. No cabía duda, era su última noche en el Convento.

Ahora solitario, envuelto en la penumbra, la calma serenó algún tanto su espíritu y se puso a pensar... a pensar en tantas cosas que como un remolino vinieron a su mente. En esos últimos momentos que le quedaban surgieron uno a uno los episodios de los primeros tiempos; recordó que

había venido un niño lleno de ilusiones, respirando el encanto de vivir y esclavo de su fantasía, y que ahora sentía un letargo, una aguda incertidumbre, un miedo de si mismo y del mundo que le presentaba la vida como un campo de batalla desigual y terrible.

Recordó sus amores: ella. Esa tarde de invierno en que la viese por primera vez junto a los leños chispeantes de la chimenea, luego su enfermedad, su pasión desesperada, y después el infierno de su vida...

El mismo no sabía donde iba, ni qué rumbo iba a tomar su existencia; pero más que nunca sintió unos deseos locos de lanzarse en busca de lo desconocido y de sacrificarlo todo para obtener su libertad.

De nuevo las campanas dieron la hora. Una.... dos.... tres.... once campanadas que dejaron tras si un sonido cadente y misterioso. Sólo una hora le quedaba.

Afuera se había desencadenado la tormenta y el agua chorreaba abundante sobre los cristales. La noche cada vez más ne-

gra dejaba percibir apenas las masas oscuras de los árboles y las formas compactas e indefinidas de los objetos más próximos.

Luego se oyeron a lo lejos las pisadas del Prefecto que daba la última vuelta con una linterna en la mano. Se cubrió el cuerpo y cerró los ojos fingiendo estar dormido. Se acercó ese rumor de pasos que luego fué alejándose poco a poco, se oyó el crujido de la puerta al cerrarse y el dormitorio quedó como antes, sumido en el silencio.

Transcurrieron algunos largos momentos que a él le parecieron horas; el azote de la lluvia había cesado cuando el reloj sonó las doce.

No había que perder un sólo instante, con el último eco de la campanada se levantó sin hacer ruido, calzó sus pies helados, se cubrió el cuerpo con su sobretodo, tomó su maleta y demás objetos, y comenzó a deslizarse como un ladrón.

Cuando llegó a la puerta su corazón latía con tanta violencia que temió ser

descubierto. Allí se jugaba gran parte de su suerte, pues el ruido podía provocar sospechas en el vigilante siempre en vela.

La puerta fué franqueada sin mayor obstáculo, ahora venían las escaleras. Las encontró sumidas en la oscuridad más perfecta; comenzó a bajarlas una a una; tanteando, arrojándose a la barandilla, deteniéndose por momentos, llegó con dificultad a la galería. Un silencio sepulcral reinaba en aquel sitio de ordinario tan alegre; apenas se distinguían las ventanas a pocos pasos de él, chocando contra las paredes logró ganar la primera puerta, quiso abrirla; pero estaba cerrada. Fuera de si vaciló un instante. ¿Dónde dirigirse?

Con mano decidida empujó una de las ventanas, las hojas cedieron y los cristales chocaron con violencia, en la desesperación de su huida creyóse perdido; pero no había tiempo que perder y de un salto se encontró en el jardín. Un oleaje de viento helado le hizo retroceder, sus zapatos se hundieron en el fango y ante el peso de su cuerpo vibró un árbol contiguo echando

una lluvia de agua sobre sus vestiduras. La noche era demasiado oscura para ser visto, con todo se detuvo unos momentos temiendo que el ruido de la ventana hubiese despertado a algún Benedictino.

De árbol en árbol, como un asesino que viene de cometer un delito llegó hasta las murallas del pequeño cementerio. Un sudor frío cubrió su frente, las ramas de los troncos pelados le parecieron fantasmas, y él que hasta entonces nada había temido llegó a tener miedo de sus propias pisadas. Un perro ladró a lo lejos, como un sordo gemido oyese el ruido del torrente que había crecido con la lluvia, crujieron algunas ramas y él se estremeció todo entero. Había llegado a la puerta y creyéndose salvo contempló el horizonte de su nueva vida y quiso vivir... vivir, pues, temió que hasta los muertos se levantasen para detener su camino.

Saltó la muralla y una vez en medio del camino sus pulmones respiraron con alivio "Estoy salvo"—gritó—"Estoy salvo".

En aquella senda, la cual había atravesado tantas veces cuando salían de paseo, se detuvo un momento, y volteó la cabeza para contemplar por última vez esas viejas paredes, masas más negras que la noche, que habían sido testigos de su inmenso dolor.

Por los cantos fangosos del camino echó a andar sin saber lo que hacía. . . sintió un peso enorme en la cabeza, se sintió extraño, se sintió otro hombre, le pareció que detrás de la pequeña iglesia, detrás de las cruces caídas del desierto Cementerio. . . iba dejando un pasado.

Cuando por última vez buscó con la vista, casi de lejos, los muros del Convento, sus ojos se inundaron de lágrimas. ¡Lloró al dejar ese sitio, esos jardines, esos muros y esos árboles que conocían sus amores! Con paso lento fue alejándose poco a poco. . . .

En la próxima estación tomaba el tren para Londres.

SEGUNDA PARTE

I

Más o menos a las ocho y media de la noche llegaba un tren de pasajeros, procedente de Calais.

En el andén de la estación se notaba el bullicio cotidiano; los porteros corrían con sus carros hacia los vagones vecinos; los pasajeros sacaban presurosos sus equipajes por las ventanillas, los muchachos de los hoteles rodeaban a los viajeros de primera clase, ofreciéndoles alojamiento; se oía el ruido de la máquina, el pitar de los automóviles, y más lejos, detrás de los muros

ovalados, los alegres rumores de la gran ciudad.

Poco a poco fué desapareciendo esa fiebre de los primeros instantes en los que se observaba toda la intensidad de la vida y los fríos corredores de la estación quedaron casi vacíos. Vivían que desde un rincón había contemplado ese tumulto, permaneció un momento indeciso sin saber qué rumbo tomar, luego se puso a caminar hacia la salida principal; una neblina gris cubría el ambiente, un frío de invierno riguroso helaba el cuerpo, los viajeros envueltos en sus gruesos abrigos, las mujeres cubiertas con los altos cuellos de sus paletós de pieles se dirigían presurosos hacia los vehículos más próximos.

Había llovido aquella tarde y el pavimento aún se hallaba húmedo, la luz de los focos reflejaba sobre las calles y sobre los edificios cubriéndoles de un color amarillento opaco. Se veía los grandes "Cafés" repletos de gente y los letreros luminosos que anunciaban en grandes caracteres los espectáculos de la noche; a lo

largo de la avenida se destacaban enormes los toldos blancos de las tabernas.

Pasaban las gentes sin cesar.... Las parejas de enamorados iban a perderse lentamente entre la muchedumbre, y en una mesa cercana, ante una copa transparente de café con leche, alguna mujer solitaria, con aire indiferente fumaba un cigarrillo.

Vivian salió a la acera y sacando de su cartera una tarjeta se aproximó al primer taxi que encontrara.—47, Rue de Passy—dijo al conductor, mientras tomaba asiento y bajaba a medias el vidrio de la ventanilla. El automóvil se puso en marcha lentamente, deteniéndose a cada momento, siguió aquella calle ancha rodeada de “Cafés” y de alegre turbulencia. Por todas partes se oía voces, música, carcajadas; el frufú de los vestidos y el chocar de las copas de cristal.

Aturdido, perplejo, él contemplaba todo aquello.... esos edificios suntuosos, esas grandes terrazas saturadas de luces, esas

vidrieras lujosas de los escaparates, esas mujeres pintadas de rostros enfermos, que pasaban junto a él. Sintió que una especie de vértigo, que un goce interior le consumía. Había llegado a París. ¡Aquella era la ciudad de la miseria y del placer!

¡Qué bella le pareció la gran ciudad envuelta en la penumbra, con sus enormes edificios, sus luces de colores y el alegre bullicio de su vida nocturna!

Tuvo la impresión, por un momento, de que todas aquellas gentes corrían en pos de goce, de triunfo y de placer; que dentro de esos grandes caserones con portadas de hierro que iban dejando atrás, se agitaban pasiones violentas, escenas intensas de amor y tragedias desesperadas de mujer. Le pareció hallarse en un mundo nuevo, en aquel París que en otros tiempos compendió sus fantasías, en el sitio legendario y misterioso cuyos ecos le hicieron estremecerse tantas veces.

Era un Sábado, en el Colegio tal vez a esas horas se hubiese hallado en la Capilla o camino al dormitorio en el gran corredor.

Como un cuadro vivo, de formas palpables, vino a su mente el escenario de su vida pasada; recordó los austeros muros del Convento, las sombras ennegrecidas de las torres, el pausado compás de las campanas, sus noches de desvelo, el reflejo de la luna sobre los cristales blancos. . . . y ante ese contraste, sintió una venganza, un placer inaudito y salvaje al sentirse libre para siempre. Apoyado la cabeza en el cojín de su asiento contemplaba absorto el vaivén de las gentes que pasaban; habían llegado a la Estrella y allí se alzaba soberbio e imponente el Arco del Triunfo; una luz tenue, rojiza parecía brotar de sus columnas iluminando sus relieves, la plazoleta y las cadenas de las pilastras contiguas. El taxi se detuvo un momento. Una florista que pasaba le ofreció sus flores, él las tomó maquinalmente y echando mano al bolsillo le arrojó unos francos, una sonrisa de satisfacción pasó por los labios de la mujer quien le dijo unas palabras que no comprendió.

Al cabo de algunos minutos se detenían en una callejuela estrecha situado en el

barrio de Passy, frente a una casa de dos pisos en una de cuyas ventanas se destacaba una placa donde se leía en grandes caracteres: "Pension de Famille". Al tocar el timbre presentóse una mujer vestida de negro y con delantal blanco quien le invitó a entrar.

Le hizo pasar a una sala espaciosa adornada con cuadros antiguos cuyos marcos, una vez dorados habían perdido su color; allí se veía unos cuantos muebles usados y desteñidos por el sol, un piano cerrado, un ancho sofá y una Biblioteca.

Una señora de mediana estatura, de cabellera casi blanca, el rostro respetable apareció en el umbral de la puerta. Era Madame Courteline, la dueña de la Pensión. Vivian la saludó con una inclinación de cabeza y abriendo su maleta de mano le entregó un sobre.

La señora se colocó pausadamente los anteojos, rompió el sobre con cuidado y comenzó a leer el papel.

—¡Ah, Monsieur Del Erbo!—dijo de pronto, revelando honda satisfacción en el rostro—¿El le recomendó mi casa? Cuán contenta estoy de que haya llegado Ud. aquí.

—¿Va a permanecer mucho tiempo?

—Pienso vivir en París—contestó Vivian.

—Muy bien. Muy bien—volvió a decir la señora—Viene Ud. a estudiar seguramente.

—Sí—dijo él.

—Pues aquí no le faltará nada. Somos una gran familia. Aquí hay varios estudiantes de su edad. Haremos lo posible para que se encuentre confortable. Por lo pronto voy a enseñarle su habitación. Debe de llegar cansado y tal vez desee reposo.

Aún permanecieron conversando unos momentos, ella recordó a Del Erbo, las felices vacaciones que había pasado allí, puso condiciones, señaló el precio de la pensión y pronto estuvieron de acuerdo.

Luego pidió que la siguiese para conducirlo a la que sería su alcoba. Juntos subieron las escaleras, al llegar al segundo piso se detuvo y empujando una puerta dijo:

—Aquí tiene su dormitorio. El resto de la casa lo conocerá cuando se encuentre menos fatigado. Bajé a comer cuando Ud. quiera.

Cuando se hubo retirado, él se acercó a la puerta y la cerró con llave, luego se puso a observar detenidamente el mobiliario de su habitación. La alcoba era pequeña, pero muy limpia, resaltaba la blancura de la colcha y del lavatorio al contraste del color oscuro del tapiz; sobre una mesa que servía de escritorio yacía un tintero empolvado y unas cuantas hojas de papel, más arriba un estante de libros vacío; al frente una ancha ventana desde donde se veía las siluetas de los tejados contiguos y las torres sobresalientes de la ciudad.

Se aproximó a la ventana y con el puño de su camisa comenzó a limpiar la escarcha de los cristales, un horizonte indefinido

de luces y sombras negras presentóse a su vista; llegaron hasta él los rumores de la ciudad, el ruido apagado de los automóviles, el zumbido de los tranvías, el silbar de los trenes. La torre Eiffel cual un fantasma nocturno se erguía no muy lejos derramando un torrente de luz, más allá el jardín del Trocadero, luego el Arco del Triunfo con sus enormes avenidas.... ¿y dónde se encontraría la Iglesia de Notre Dame?

Agobiado por el cansancio de dos días de horrible incertidumbre quitóse la chaqueta y se echó en el diván, luego se puso a pensar en su viaje. No cabía duda, la suerte le había favorecido en todo sentido. Del Colegio a Londres no tuvo ningún contratiempo, ofreció una fuerte propina al chauffeur si le hacía alcanzar el primer tren para París, llegó tarde a "Victoria Station" y allí tuvo que esperar más de dos horas. Más de una vez palideció o las palabras se anudaron en su garganta al responder una pregunta o presentar un pasaporte. Por fin la enorme máquina le fué llevando poco a poco

de esas tierras de Inglaterra. . . . la travesía por el estrecho de Dover fué lenta y monótona; sentado en un sillón sobre cubierta vió como avanzaba el barco sobre esas aguas grises que le llevaban a Francia; luego las enormes campiñas, los poblachos alegres, los caminos serpenteados. . . . hasta que aparecieron a lo lejos las sombras y las luces de París.

¡Por fin se hallaba salvo! Aún el recuerdo le agitaba, para calmarse comenzó a pasear a grandes pasos alrededor de la estancia. Unos golpes resonaron en la puerta, oyó una voz que le decía:

—¿El señor no baja a comer?

—Voy en seguida—contestó.

Enjuagó su cara y sus manos en agua fría, arregló su cabellera y dejó su alcoba.

Al llegar a la puerta del comedor oyó un fuerte ruido de voces. Alrededor de una mesa cuadrada donde relucía la vajilla, al medio un jarrón de flores y a los lados compoteras de frutas; encontró a un grupo

de muchachos que conversaban alegremente con la dueña de la Pensión. A su entrada todos se pusieron de pié y mientras Madame Courteline los presentaba de uno en uno, pudo admirar de cerca esos rostros joviales donde creyó distinguir un pequeño rastro de cansancio.

—El Conde de Montpelier—comenzó la señora señalando a un joven de tez pálida y rostro enjuto.—Monsieur Jack Bourdon, Mr. De Lupelle, Mr. Méndez, que es argentino—añadió.

Cuando se hubo terminado la presentación, después de haber cruzado algunas palabras de cortesía todos se fueron retirando, algunos abandonaron el comedor mientras otros fueron a sentarse en los cómodos sillones de cuero a fumar un cigarrillo o leer un periódico.

Para él la comida fué breve, tan pronto como le fué posible subió de nuevo a su alcoba. Una vez solo se dejó caer en un sillón y ocultó el rostro entre sus manos, así permaneció largo tiempo, luego se acer-

có al escritorio y tomando la pluma escribió una carta para su tío en la cual justificaba su conducta y le pedía dinero.

Sería las diez. Con el rostro apoyado en el cristal de la ventana se puso a contemplar de nuevo las luces del París nocturno. . . . pensó en la turbulencia de su vida, en cuantos placeres, alegrías o dolores encerrarían esos techos humeantes y esas ventanillas rojas que desde allí veía, y estuvo a punto de lanzarse afuera a vivir cuanto antes esas horas intensas de placer.

II

Pronto la Pensión de la Rue de Passy se convirtió en un hogar para Vivian. Madame Courteline le distinguía con sus cuidados, sus compañeros le demostraban un afecto especial.

Le gustaba permanecer después de las comidas sentado en los viejos sillones del salón, en medio de aquel grupo de muchachos que como él perseguían el placer; hallaba una alegría salvaje al encontrarles tan diferentes a los que había conocido hasta entonces.

Méndez venía a menudo a sentarse junto a él y le hablaba de sus estudios, de sus viajes, de los monumentos que había conocido, de los libros que había leído. Era un mozo alto, fornido, de rostro moreno, grandes ojos negros, y con honda experiencia en los hombres y en las cosas.

—Ves—le decía—yo vine con grandes entusiasmos a estudiar medicina; pero algunos de mis libros aún no están abiertos, he preferido estudiar el mundo.

Vivian le escuchaba silencioso y rara vez movía sus labios.

Desde su huida del Colegio ningún incidente de mayor importancia vino a turbar la relativa calma de su vida presente, desorientado dejaba pasar los días bajo un itinerario fácil forjado por la suerte, pues no sentía fuerzas para seguir luchando contra lo que llamaba destino.

Como le gustaba la lectura había comprado un gran número de libros que yacían desparramados sobre su mesa, allí se veía de todas las edades y de todos los

autores, desde Platón hasta D'Annunzio... la Biblia y el Corán; sin embargo muy raros eran los momentos de lectura, pues, otras ocupaciones llenaban su vida.

Amaba su alcoba, a veces tan silenciosa y tranquila, donde solía permanecer horas enteras desenterrando su corto pasado; los lejanos rumores de la gran ciudad, en la cual había soñado en el Colegio, producían en su alma vagas e indefinibles sensaciones; la falta de choques violentos, el descanso de su continuo y encarnizado sufrimiento, habían serenado algún tanto su espíritu, devolviéndole por momentos una calma desconocida e incierta.

Y ya que ni un Dios, ni su Religión, ni su misma conciencia eran un obstáculo en la carrera desenfrenada que debía ser su vida, sólo buscaba una cosa... el placer.

Quería olvidar... olvidar su pasado por corto que fuese, aunque para eso tuviese que pisotear la religión de sus abuelos o reírse de sus teorías de antaño. Quería recuperar los años perdidos en el Convento, alejar a todo trance aquella espantosa vi-

sión de la Enfermera, volver a comenzar una nueva era, donde el camino fuese más florido y el dolor menos duro. Buscaría el placer y el olvido. . . . despejado veía el horizonte de su vida y nada detendría su descenso hacia el abismo al no ser la voz de su conciencia, que él creía ahogar.

Comenzó a frecuentar el café donde encontraba mujeres fáciles que vendían sus encantos por unos cuantos dineros; le gustaba esa media luz amarillenta que brotaba de las bombas de cristal, el retintín de las copas, el humo del cigarrillo, el perfume de mujer.

Aprendió a jugar a los dados y a permanecer hasta la madrugada ante un paquete de cartas y un vaso de licor. Amaba el alegre bullicio del barrio de Montparnasse. Sus amigos eran bohemios, artistas olvidados y las decadentes cortesanas del mundo parisién. Sentía un extraño placer al oírles hablar de los triunfos que obtuvieron, de los cuadros que pintaron, de los libros que escribieron, de las mujeres que amaron. . . . de todo aquello que encierra

el enigma de un hombre o el secreto de una mujer.

Las noches salía temprano y regresaba tarde, cuando el canto del gallo anunciaba la madrugada y las calles se hallaban desiertas. Regresaba paso a paso, la mayor parte de las veces solitario en medio de una gran avenida que durante el día hubiese sido infranqueable. Deleitábase con el frío húmedo de la mañana, con esa luz tenue y pura que daba sombras a los negros edificios y embellecía los árboles; al meter la llave en la cerradura de la puerta le parecía que había vivido mucho y que una gran parte de su vida había transcurrido ya, y temía que el futuro no fuese suficiente para abarcar sus fantásticos proyectos o sus inverosímiles ideales.

Una vez solo en su alcoba solía tenderse en el diván para ver perderse en el vacío las espirales de humo de su cigarrillo oriental; allí permanecía largo tiempo pensando y su voluptuosidad, era su dolor.

Otras veces sintiendo repulsión hacia el presente, quiso comenzar una vida más

completa, más honrada. Para matar esos escrúpulos, matriculóse en la Sorbonne y empezó a asistir diariamente a los cursos que podían servirle para su cultura general; pero aunque le gustasen los estudios y tuviese ansia de aprender, los bancos del salón y la voz del profesor le evocaron los tiempos del Colegio y un día hastiado de todo eso, no volvió más.

Entonces con más ansia que nunca se propuso aturdirse y ahogar su incertidumbre en el placer. Visitó diariamente las tabernas de "Montmartre" y los cabarets de "Montparnasse", convirtiéndose en asiduo admirador de las alegres cancionistas del "Quartier"; acompañado de Méndez se hizo presentar en los principales círculos de París, juntos asistieron, alguna vez, a una suntuosa fiesta en el Bulevar St. Germain y juntos recorrieron también las calles del barrio latino cuando atormentados del mismo mal, la falta de dinero, supieron encontrar unas modelos y en algún quinto piso o en alguna bohardilla, con un fonógrafo y unas botellas de licor, permanecieron hasta la madrugada.

Tantas veces le vieron ebrio, el rostro demacrado, los cabellos negros en desorden, entrar tambaleándose cuando la Señora de la casa se había levantado ya, entonces ésta se lamentaba a los otros muchachos diciendo que era una lástima que un joven tan favorecido por la suerte llevase esa vida de desorden.

Las bellas mañanas de Primavera le fueron desconocidas, nunca sintió en su rostro el sol, al despertar, ni la brisa matinal, ni vió verdear las hojas que adornaban su ventana.

Aunque poseía más dinero que sus compañeros, pues su tutor le había señalado una renta bastante elevada para un estudiante, a mediados del mes no tenía un centavo, entonces volvía a buscar refugio en los retiros de antaño. Con dinero obtenido en casa de los usureros compró un caballo en el que solía salir a paseo en el Bosque de Bolonia, buscando los más escondidos senderos.

Otras veces iba al Père Lachaisse y se ponía a vagar como un loco por esa ciudad

de muertos. El aspecto lúgubre del Cementerio, el gemir de los árboles secos, los centenares de tumbas que se veía allí, la presencia de algún ser humano vestido de luto que se alejaba con los ojos preñados de lágrimas, despertaban en su alma las más indefinibles sensaciones. Durante horas enteras permanecía sentado en la piedra de un sepulcro recordando los años de su infancia, cuando también buscó la soledad junto al murmullo de un torrente.

¡Cuán lejos le parecía todo aquello!

También se le ocurría que habiendo pasado por todo, la vida no podía reservarle nuevas sensaciones y pensaba en la muerte discerniendo de qué sería más glorioso, si caer en un campo de batalla o en un duelo defendiendo el honor.

Hastiado de su vida vulgar, comenzó a frecuentar los más antiguos y bajos suburbios de París donde logró encontrar otro ambiente y pudo observar tantas cosas nuevas para él.

Le gustaban las calles angostas y sucias apenas alumbradas por un farol rojo. Deleitábase contemplando esas mujeres podridas, de rostros enfermos, de gesto fruncido y cabeza desgreñada que llamaban a gritos a los míseros pasantes quienes rechazaban con desdén la ofrenda de sus amores.

Por un capricho absurdo solía detenerse ante las carcomidas paredes de las casas contiguas o ante los lugares de aspecto dudoso que llevaban como marca grandes números eléctricos en el dintel lujoso.

También le vieron penetrar en ellos donde, según decía, iba a observar la vida...

Poseía gustos macabros que hubiesen despertado la curiosidad de sus amigos o les hubiese hecho sonreír. Vestido con dejo, después de haber escogido sus más viejas vestiduras, penetraba en los cabarets más bajos de la Porte St. Denis o en cualquier otro lugar cuya fama incierta hubiese llegado a sus oídos.

Quería observar todas las costumbres y haber vivido en todos los círculos sociales;

pero solo ante esa miseria y esa degradación creyó encontrar un consuelo, una especie de venganza que era como un bálsamo en su alma que tanto había sufrido. Entonces creía comprender el mundo y los perdónaba a todos, pues... seguramente tendrían un pasado!

Para matar el tiempo puso un minucioso esmero en llevar un traje bien cortado y en escoger sus prendas de vestir; él mejor que ninguno sabía elegir una corbata o manejar un bastón o colocar un clavel en el borde de su ojal.

En los salones que frecuentara adquirió mucho éxito aunque todavía le faltaba un cierto tacto mundano que los años de Colegio había hecho desaparecer. Aprendió a mirar con desprecio las sonrisas femeninas y a besar con ironía los labios de una mujer. Aprendió a jugar con sus cuerpos y a recitar con audacia la comedia del amor. Tuvo una corta aventura con una mujer de mundo; pero como en la primera cita no encontrase palabras que decirle, ni supo hablarle de amor, fué ella quien enlazó

su cabeza entre sus brazos y con sus dedos pálidos acarició sus cabellos. Todo ésto que en otros tiempos le hubiese parecido bello y venturoso, le pareció ahora demasiado vulgar.

Sus últimas experiencias le dictaron que si el hombre ha nacido bueno por instinto o por el esmero de una educación, más valía ocultarlo, pues reinaba en el mundo el odio y la maldad.

Para ahogar sus tristezas refugióse en la lectura de novelas fantásticas en países extravagantes; de libros inverosímiles con personajes extraordinarios, de leyendas temerarias, hazañas gigantescas, de todo aquello que podía hacer surgir en su cerebro la imagen de un mundo misterioso e irreal.

Le gustaba vagar por las tardes junto al Sena o en las calles cercanas al Bulevar St. Michel recorriendo esas barracas de libros usados donde podía encontrar algún viejo manuscrito o una edición original.

También solía visitar a los avaros mercaderes de cosas antiguas para adquirir,

alguna vez, un cuadro casi borrado, algún marco de oro viejo o un objeto cualquiera que pareciese conservar el sello de una tradición o el recuerdo de una época.

Cada día su tedio fué acrecentándose más, pues sabía que se engañaba a sí mismo, que engañaba a su familia y a su Patria. En el Convento había saboreado su dolor como una penitencia, aquí sufría, pero su dolor era un remordimiento.

Casi nunca reía, en medio de sus orgías, de la música y del champaña una carcajada brotaba de su garganta, una de esas carcajadas fingidas que le hacían forjarse la ilusión de que reía....

Cada día echado en el diván de su alcoba pensó en la Enfermera.

¡Si no hubiese conocido a esa mujer cuán diferente habría sido su vida!

La había amado demasiado y aquella visión le perseguía a todo instante. La veía en sueños, con su delantal blanco y su sonrisa irónica; la veía junto a él con su cabellera espesa y ondulante caída en

sus hombros descubiertos; la veía, al despertarse, las mañanas; la veía en la calle en medio del tumulto, en el salón, en la soledad de su alcoba.... A veces ante aquella alucinación y el recuerdo de sus amores perdía el control de sí mismo y pálido, desencajado, tomaba el primer objeto que encontraba y lo lanzaba hacia esa figura transparente que veía. Sus compañeros varias veces presenciaron este gesto, entonces repetían lo que había oído en el Colegio:—está loco.

III

La vió una tarde de Marzo entre el alegre tumulto del Bulevar St. Michel.

Era delgada.

De tez muy pálida.

Los cabellos negros, la frente ancha, los ojos grandes y rasgados tenían un dejo de indiferencia y de pasión.

Detrás de sus vestiduras ligeras se dibujaban perfectas las líneas de su cuerpo.

Tendría veinte años.

La vió caminar apresurada por las estrechas callejuelas del barrio latino; iba sola, con un libro bajo el brazo y tan absorta en sus pensamientos que apenas cayó en cuenta que él la seguía durante algunos minutos.

Había pasado el Invierno. Los rayos apagados de un sol de primavera parecían haber devuelto la vida a los árboles sin hojas de las avenidas y a las flores nacientes de los pequeños jardines. Más que de costumbre, pululaban las gentes por las calles y un enorme bullicio llenaba las terrazas de los "Cafés cantantes"; pasaban los automóviles sin cesar, dejando tras sí un denso torbellino de humo gris....

Aquella mañana, contra su costumbre, Vivian se había levantado muy temprano. Permaneció leyendo gran parte de la mañana y después de almorzar solo, en su alcoba, proyectó una caminata al barrio estudiantil.

Una extraña alegría le embargaba.... tal vez ese sol de primavera le evocase las mañanas de su Patria, las pampas infinitas, los montes ondulados; sus alegrías

de antes . . . todo aquello que fué y que no podía volver; todo aquello que comprendió su infancia y su placer de niño y que se encontraba ahora tan velado, que era como la visión del cadáver de una felicidad deshecha.

Echó a andar sin rumbo fijo por las orillas del Sena. Apoyado en el borde de piedra de la vía contempló esas aguas verduscas y aceitosas, las viejas y desteñidas barcas que yacían amarradas junto al desembarcadero, jugaban los muchachos frente a ellas; más allá se veía las tiendas de libros y papeles viejos, y en el Bulevar, a lo largo de la calle, los vistosos escaparates de los almacenes.

Largo tiempo estuvo vagando por los alrededores. Sin darse cuenta se había acercado a la iglesia de Nuestra Señora. Allí casi a su frente se levantaban los amarillentos muros del templo; se alcanzaba a divisar los relieves de sus columnas, los labrados de su portada, y el diablo tradicional, que desde su esquina, parecía dominar la ciudad del placer y del dolor.

Vivian fué aproximándose lentamente, sentía vivos deseos de visitarla, hacía tanto tiempo que no había visitado una Iglesia.

Se detuvo algunos minutos frente a la portada del templo, y penetró.

Se encontró en un recinto oscuro y espacioso; una luz escasa y tenue penetraba por las vidrieras de las ventanas laterales; un ligero perfume de incienso envolvía el ambiente. Había poca gente y las bancas empolvadas se hallaban desiertas. Dió varios pasos hacia adelante y sus pisadas resonaron una a una sobre la losa fría.

Se encaminaba hacia el altar mayor cuando un hombre se acercó a él:

—¿Desea el señor conocer el tesoro de Nuestra Señora?

—No—contestó Vivian.

—¿Tal vez, el manto que llevaba Napoleón cuando fué coronado Emperador. El Cristo que perteneció a Madame de la Vallière, obsequio de Luis XIV?

—No—contestó él, y siguió caminando. El hombre se alejó pausadamente mientras refunfuñaba unas palabras en voz baja.

El llegó hasta el altar mayor y allí se detuvo un momento. ¡Qué grandioso y melancólico le parecieron el silencio y la semi-oscuridad del templo, el lúgubre resonar de sus pisadas, el secreto que debían encerrar esos confesonarios cerrados y vacíos!

Buscando un sitio retirado se puso de rodillas ante una banca cercana y quiso orar como solía hacer años atrás en la Capilla de Sn. Gregorio; pero las palabras no salieron de sus labios y las ideas se agolparon en su mente sin sentido. Se puso de pié, dió algunas vueltas a su alrededor, se detuvo ante un cuadro, ante una estatua, una columna o un relieve que le llamase la atención y se dirigió hacia la puerta.

Cuando salió, el sol había desaparecido; un aire fresco llenaba el ambiente. Se veía el cielo azul y despejado cubierto en partes por pequeñas nubes sombreadas de

tintes dorados. En las calles el mismo tumulto de antes: entraban las gentes a las tabernas próximas, pasaban las cortesanas, los estudiantes, los vendedores de periódicos; el tráfico de los vehículos seguía su curso sin detenerse un instante.

Sería las seis de la tarde. Había caminado algunas cuadras por el Bulevar, cuando al voltear una esquina se encontró frente a ella, instintivamente se detuvo un momento a mirarla; había algo atrayente, marcado y exótico en el rostro de esa mujer. Tenía los ojos rasgados, la cabellera muy negra, la tez pálida, casi transparente, los brazos descubiertos bien formados, el cuerpo flexible y modelado....

Sin darse cuenta se puso a seguirla, se sentía intrigado por esa belleza exótica y desconocida. ¿Sería una estudianta? ¿Sería una extranjera; una egipcia o una esclava? Caminó varias cuadras detrás de ella preguntándose a sí mismo de qué le serviría conquistar a esa mujer.... Vió que desviaba su camino y penetraba por una de las puertas laterales del jardín de

Luxemburgo; la vió sentarse en un banco situado en una de las pequeñas avenidas, bajo un inmenso arbusto que se destacaba por sus ramas. Los estudiantes que venían de la Universidad pasaron cantando y se oyó la gritería de los muchachos que jugaban junto a la pila, no lejos de él.

Penetró en el parque y fué a buscar un banco frente a ella.

Qué bello y tranquilo parecía aquel sitio Comenzaba a brotar el tomillo a lo largo del camino, y los árboles, las ramas, las flores sombreadas por el crepúsculo de la tarde parecían renacer de los rigores de la última invernada; se oía el leve zumbido del viento, el ruido de las voces y por momentos un silencio místico y campestre. Era hermoso el contraste de los árboles, de las pequeñas praderas que empezaban a verdear, con el fondo oscuro y grisáceo de los edificios de afuera.

Allí permaneció no sé cuanto tiempo gozando de aquel cuadro nuevo para él y gozando de la presencia de esa mujer.

Ella había abierto su libro y fingía leer, él la miraba fijamente; de repente alzó la cabeza y sus ojos se encontraron, ella retiró los suyos....

Comenzaba a anochecer y el jardín a cubrirse de sombras, las bombillas de cristal se hallaban iluminadas y reflejaban sus luces amarillentas y casi opacas. Ella se levantó, cogió su libro, arregló sus vestiduras y sacando un espejo de su saco de mano, se acercó a la luz más próxima. No había nadie, el parque se hallaba envuelto en la penumbra y en el silencio; afuera, detrás de las verjas de hierro, por encima de los árboles y de las plantas cercanas, se oía el bullicio de la ciudad. Vivian se puso de pie, caminó unos pasos lentamente y al encontrarse frente a ella le dijo unas palabras.

Ella no contestó. Oscilaban las hojas de las ramas, y por momentos los murmullos lejanos interrumpían el silencio.

Vivian siguió hablando, pasaron unos segundos, un gendarme que apareció brus-

camente por un recodo del camino, se acercó a ellos:

—Excusen. Es hora de retirarse.

—Salimos—dijo él.

Ella no había apresurado el paso y juntos echaron a andar por la avenida, a su paso encontraron unas flores, él arrancó una.

—¡Cuidado!—exclamó ella sonriendo—
Es prohibido—luego:

—¡Cómo me gustan las flores, sobre todo las violetas!

Crujían a su paso las ramas y las hierbas del camino, conforme caminaban iban acrecentando los ruidos de la ciudad. Llegaron a la puerta y comenzaron a andar por la calle alegre y turbulenta. Iban juntos tocándose en el brazo, sin decirse nada. Al llegar a una esquina el tráfico les detuvo, entonces a la luz resplandeciente de una bomba de cristal él pudo verla de frente y apreciar sus finas facciones, su cutis pálido que parecía de seda, sus lar-

gas pestañas que cubrían de pequeñas sombras sus ojeras negras; con una mirada rápida recorrió las líneas de su cuerpo y vió sus dedos cuidadosamente arreglados.

En un momento dado pasó su brazo por debajo del de ella y apretándole suavemente le preguntó su nombre.

—Loorna—murmuró ella.

—Loorna. ¿Vamos a un Café?

—Es tarde. Debo regresar a casa.

El sacó su reloj.

—Son, apenas, las siete.

Caminaron algunos pasos.

—¿Es Ud. francesa?—dijo él.

Ella sonrió:

—No. Soy yugoeslava.

—¿Mucho tiempo en París?

—Dos años.

—Dos años—repitió él.

Entraron a un Café. Una profusión de luces iluminaba la pequeña terraza. Se

veía las mesas y las sillas de paja desteñida; las tazas humeantes de café, los platos de porcelana y las copas de licor; se oía los acordes de una orquesta y la voz de los músicos que entonaban canciones populares.

Tomaron asiento en un sitio retirado.

Un momento permanecieron en silencio.

Ella parecía observar el bullicio de la calle, tenía los ojos entornados y los labios entreabiertos.

—¡Qué bello es París!—dijo de pronto.

—Es una ciudad hermosa y a veces triste—contestó él.

—¿Por qué?

—Porque nos persigue el vértigo de su vida.

—Y bien ¿qué hace Ud. en París? ¿Es estudiante?

El sonrió amargamente.—Sí, soy estudiante de la vida.

Ella rió.

gas pestañas que cubrían de pequeñas sombras sus ojeras negras; con una mirada rápida recorrió las líneas de su cuerpo y vió sus dedos cuidadosamente arreglados.

En un momento dado pasó su brazo por debajo del de ella y apretándole suavemente le preguntó su nombre.

—Loorna—murmuró ella.

—Loorna. ¿Vamos a un Café?

—Es tarde. Debo regresar a casa.

El sacó su reloj.

—Son, apenas, las siete.

Caminaron algunos pasos.

—¿Es Ud. francesa?—dijo él.

Ella sonrió:

—No. Soy yugoeslava.

—¿Mucho tiempo en París?

—Dos años.

—Dos años—repitió él.

Entraron a un Café. Una profusión de luces iluminaba la pequeña terraza. Se

veía las mesas y las sillas de paja desteñida; las tazas humeantes de café, los platos de porcelana y las copas de licor; se oía los acordes de una orquesta y la voz de los músicos que entonaban canciones populares.

Tomaron asiento en un sitio retirado.

Un momento permanecieron en silencio.

Ella parecía observar el bullicio de la calle, tenía los ojos entornados y los labios entreabiertos.

—¡Qué bello es París!—dijo de pronto.

—Es una ciudad hermosa y a veces triste—contestó él.

—¿Por qué?

—Porque nos persigue el vértigo de su vida.

—Y bien ¿qué hace Ud. en París? ¿Es estudiante?

El sonrió amargamente.—Sí, soy estudiante de la vida.

Ella rió.

—¿Y Ud.?

—Yo soy estudianta de verdad—dijo ella.—Estudio la más ingrata de las artes... la pintura.

—¿Es Ud. artista?

—Si estoy aquí, si abandoné mi patria y mi familia... es porque quisiera llegar a serlo algún día—dijo en voz baja.

—Yo también abandoné todo por venir en busca de otra vida.

—¿Y la encontró?

—A medias—dijo él—Pero nó la que yo buscaba. Todo hombre y toda mujer tienen un ideal; pero el no realizarlo nunca es la mejor de las felicidades y el más bello de los ideales.

—Es Ud. un pesimista.

—A veces.

Ambos rieron.

Así permanecieron algún tiempo hablando de cosas indiferentes; hablaron de viajes, de pintura, de sus propias vidas....

La orquesta había cesado y las mesas de los contornos iban quedando vacías. Ella se puso de pie:

—Vamos —dijo— Es tarde.

Salieron. Tomaron la avenida principal y luego se desviaron por una de las calles contiguas. Había poca gente. El bullicio de hace una hora había desaparecido; una oscuridad tenebrosa, mezclada de abandono, cubría los alrededores. De vez en cuando pasaba un automóvil o un ómnibus con pocos pasajeros.

—¿Por qué no comemos juntos?—dijo él de pronto.

Ella reflexionó un instante.

—Me he hecho tarde. . . .—dijo luego— Avisaré. . . .

—¿Ud. no vive sola?

—No. Vivo con una tía.

Se acercaron al primer automóvil que pasara.

Sentados el uno junto al otro, rozándose los brazos, vieron desfilar las luces y las calles de la ciudad.

De repente, ella volteó la cabeza.

—Qué hombre extraño es Ud.—dijo—
Parece que siempre estuviese pensando en lo infinito.

Vivian rió.—¿De esos hombres que fastidian?—dijo con ironía.

—Al contrario. Es la primera vez que me encuentro con un hombre que a los cinco minutos no me hable de amor y no quiera besarme.

Luego en voz baja:

—Por eso no tengo amigos.

Fueron a detenerse en una calle espaciosa, frente a una casa cuyas puertas y ventanas cubiertas con barrotés de hierro le daban el aspecto de un sitio original y misterioso. Entraron. Era una sala cuadrada y pequeña, la luz de los faroles colocados en las esquinas la bañaban de un color rojo claro; se destacaban las mesas con sus manteles blancos, los claveles encarnados de los floreros, los cubiertos y

las jarras de cristal. Se acercó el maître d'hotel:

—Desean los señores una mesa para dos.
Un reservado.

—Sí—dijo él.—Allí estaremos mejor.

.....
Aquella fué para él una noche de aturdimiento, de alegría y de placer.

Sentados frente a frente, sus pies tocando los de ella, sus ojos buscando los suyos; comieron bajo ese ambiente velado de luces de colores, entre la melodía de violines y el lento compás de los tangos, entre el ruido de las copas al chocar, el humo de cigarrillo y el olor a licores y a champaña.

Allí ante una taza humeante de café... hablaron de tantas cosas; ella le relató rasgos de su vida, le habló de su país, de su familia, de cómo habiendo sido educada en un Colegio de Suiza rompió con ella para ir a París a estudiar pintura; le habló de sus primeros éxitos, de sus

deseos de triunfo; de su tía, una señora vieja y malhumorada, quien apenas podía comprenderla, y de la incertidumbre que sentía por momentos ante la soledad y el vacío de su vida.

Y allí ante una taza humeante de café . . . volvieron juntos al pasado. Añoraron los años ya recorridos, sus ilusiones de antaño, las quimeras olvidadas, sus placeres frustrados, todo aquello que empujó sus vidas hacia algo desconocido y lejano . . . y juntos lloraron, tal vez, por lo que les aguardase la suerte y les trajese el futuro.

Al terminar la comida y al brindar una copa de champaña, él la tomó una mano.

—¿Y a cuántos hombres has querido?— le dijo con sarcasmo.

—A ninguno — dijo ella.— En mi país no tuve tiempo. Aquí tantos me han perseguido, me han acosado con flores, me han hecho juramentos y me han ofrecido fantasías; pero pronto me he convencido que sólo buscan una cosa: mi cuerpo.

Permaneció un rato pensativa mientras jugueteaba con los bordes escarlatas de la lámpara de mesa, luego continuó:

—Yo comprendo el amor de otra manera. Algo muy profundo, muy bello y muy triste al mismo tiempo... como tal vez no pueden comprenderlo donde se vive vertiginosamente como aquí, donde se ama mucho y se olvida pronto.

Se puso de pie, se acercó a la ventana e hizo señas a Vivian para que se acercase.

Con la cabeza apoyada en el marco de madera estuvo un momento contemplando el tumulto de la calle. Se veía las puertas iluminadas de los cabarets contiguos, las luces amarillentas de los cafés, las gentes que pasaban, los automóviles que se detenían a cada instante.

—¿Ve?—dijo de pronto mientras corría la cortina.—Esas mujeres que caminan sin rumbo por el Bulevar; estas cortesanas que llevan joyas y abrigos de pieles, y penetran solas a los sitios del frente... todas esas fueron buenas y seguramente comenzaron

amando...y luego se ofuscaron ante una joya, un automóvil o un vestido, o una comedia de amor. Yo no quisiera terminar nunca así....

Qué bella estaba con los ojos rasgados cubiertos de tristeza, con los labios pálidos abiertos y la cabellera negra inclinada en la ventana; una transparencia azulesca parecía envolver su rostro, su rostro puro, límpido, como la imagen de su alma.

—No quisiera terminar nunca así.

Sí, ella tenía razón. La vida era una pendiente enorme donde rodaban todos, hombres y mujeres: unos atraídos por el delirio del placer, por el amor de un instante, o por una felicidad que se creyó alcanzar; otros por una joya, por un collar de perlas o huyendo de la miseria o por un deseo vehemente de triunfar.

Todos pasaban por la vida guardando su secreto...como se guarda una reliquia, el pendón de un abuelo, la mancha de un crimen o una carta de amor.

Sí... ella aún no se hallaba contaminada con la vida porque la había huído.... huído siempre hasta que no pudiese huir-la más.....

Permaneció un momento inmóvil contemplándola detenidamente, sentía una extraña atracción hacia esa mujer. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que encontrase alguien que comprendiese la vida como él la comprendió.

Se puso de pie, tomó la botella y acercándose a ella, llenó dos copas.

— Brindemos por nuestro encuentro — le dijo.

Se acercó tanto que su frente rozó con los bucles de su cabellera negra y como al beber esa copa ella echó sin querer su cabeza hacia atrás, él vio su garganta fina, sus labios delgados y húmedos, sus ojos rasgados cubiertos de indiferencia, y, tomándola del talle la besó apasionadamente.

Ella se deshizo de un salto y se dirigió hacia la puerta:

—Yo le creía a Ud. diferente—dijo en voz baja como hablando para sí misma.

—Vamos. Es tarde.

Los teatros y los cafés aún se hallaban iluminados. Había poca gente en las calles. Un gran número de estrellas cubrían el firmamento y un aire fresco y puro llenaba el ambiente. Echaron a andar por una de las callejuelas laterales, iban paso a paso, en silencio.

—Qué noche tan fresca—dijo ella de pronto.

—Sí—dijo él.

Habían llegado a las orillas del Sena. Allí se veía el río como una faja oscura, las bombillas de cristal reflejaban, en partes, su luz sobre esas aguas turbias. No había nadie. De repente pasaba por la acera del frente un hombre de gorra o una mujer de aspecto dudoso.

Al llegar a una esquina, ella se detuvo.

—Aquí me quedo.—dijo—Hasta mañana.

—Mañana a las 5 en la Plaza de Sn. Michel—dijo Vivian.

—Sí. Hasta mañana—y desapareció casi corriendo por la callejuela abandonada.

IV

La vida de Vivian había tomado otro rumbo....

Pronto comenzó a tejerse la red de sus amores y él comprendió que había otra cosa en la existencia que lucha y que dolor.

Todos los días al caer la tarde, cuando los edificios comenzaban a ennegrecerse a la luz del crepúsculo, cuando los dorados punteros del reloj marcaban las seis, cuando los vehículos llenaban las calles y las alegres obreras salían riendo de los talleres próximos.... iba a esperar que ella viniese,

en la pequeña plazoleta, cita de sus amores, frente a una antigua iglesia cuyas paredes inclinadas parecía iban a derrumbarse.

A veces en el trayecto del camino solía detenerse ante un quiosco de flores para comprar un ramo de violetas que sabía que ella tanto amaba.

Impaciente, con el horizonte de su amor por delante, esperaba su venida. No tardaba en aparecer por un recodo de la calle su silueta de mujer joven y bella, sus labios sonrientes.... su cabellera negra....

Cogidos del brazo como dos amantes solían internarse por las calles abandonadas o iban a buscar refugio en un jardín vecino donde a solas podían hablar de sus vidas, de sus nostalgias y de su amor.

Desde aquella noche en que la hablara por vez primera su interés hacia esa mujer iba acrecentándose cada día más. Era el solaz de su vida tan borrascosa y vacía esas horas apacibles que pasaba junto a

ella. Le gustaban esos momentos de abandono en un sitio desierto donde sólo podía escuchar el metal de su voz y sentir el roce de su cuerpo. Era un placer voluptuoso y extraño para él, verla a su lado con los grandes ojos entornados, las pestañas largas y sedosas, la tez de tintes mármóreos. . . . apoyada contra su pecho, mientras en el rincón del parque los ruidos de la ciudad se perdían a lo lejos, y las ramas crujían, y el viento zumbaba levemente.

Un día que ella se levantó bruscamente y echó a correr por el sendero, al darle alcance, él la tomó en sus brazos y le besó apasionadamente en los labios, ella no dijo nada, pero él sintió que vibraba toda entera y que sus dedos se crispaban con un gesto de placer desconocido.

Juntos caminaron por los suburbios de París, por las orillas del Sena, por las callejuelas recónditas y sucias; más de una vez se detuvieron ante un circo ambulante o ante una orquesta gitana y mezclados al tumulto oyeron la música de tangos y de canciones populares.

Los domingos salían de paseo a algún campo vecino y allí tendidos en el césped rieron juntos, gozando de cosas pueriles o corrieron en la pradera junto al río o fueron a refugiarse en un cafetín abandonado donde al calor de sus caricias ella le murmuraba frases entrecortadas de ensueños y pasión.

—Soy feliz—le decía—¿Será esto siempre así?

El la tomaba de una mano y rozando sus labios en sus cabellos le murmuraba al oído:

—Siempre.

Juntos fueron a los grandes teatros, a los cabarets de moda y a los bailes de máscaras del barrio estudiantil; y juntos recorrieron las calles turbulentas de la gran ciudad en medio de luces, de ruidos y de gentes... sin darse apenas cuenta de que todo aquello era así.

Vino el invierno. Las tardes griseas y oscuras cubrieron de tristeza la ciudad.

La nieve ornamentó de blanco las calles y las casas; las ramas perdieron sus colores, y las hojas cayeron una a una con la brisa helada del amanecer....

En las noches brumosas, las lámparas opacas reflejaban sus luces tenues sobre el pavimento húmedo... y las gentes envueltas en abrigos de pieles caminaban presurosas hasta perderse en el bullicio.

Pasó el tiempo. Fué una de aquellas noches frías y brumosas de Diciembre que entre juramentos y palabras desesperadas de pasión ella se entregó a él....

¡Una nueva existencia comenzaron entonces!

El, que tantas veces despreció la vida sintiendo hasta el extremo el tedio de vivir, creyó encontrar ahora las huellas de su felicidad pasada.

¡Qué cortos le parecieron esos días. Qué cortas las horas junto a ella!

Ya no regresó a su alcoba con el rostro demacrado por el vicio y el hastío, ni cru-

zó ebrio la ancha avenida, al despuntar el alba, ni al meter la llave en la cerradura de la puerta volvió a pensar que la vida no podría reservarle nuevas sensaciones, ni que el amor era el cuerpo de una mujer comprado por unos dineros....

Le pareció que hasta entonces había vivido sin observar las cosas bellas; que sólo ahora saliendo del letargo en que se hallaba sumido podía comprender cuantos encantos y cuantas alegrías podían surgir en el camino de un hombre. Detalles insignificantes como el vuelo de un pájaro o el perfume de una flor, que antes no hubiese apercibido, le hicieron estremecerse de gozo y de placer.

Volvió a despertarse alegre, pues, la luz de la mañana y las nieves del invierno le trajeron el presagio de nuevos días que hicieran borrar el pasado doloroso de su vida!

Ahora más que nunca puso más cuidado en arreglar su persona y en conservar su salud. Dejó esas novelas vulgares que

le tenían enfermo y compró otros libros impulsado por un deseo ardiente de saber.

Después de almorzar le gustaba dar un paseo por el Bosque de Boloña, o en los Campos Elíseos o en el gran Bulevar; pero ya no sintió como antes ese inmenso vacío, esa eterna soledad....

Aprendió a hacer economías y al pasar por un escaparate tuvo un placer especial en comprar una pulsera, un collar o una prenda de vestir... para ella que sin merecerlo se hallaba privada de tantas cosas.

Nunca se imaginó que una mujer, cualquiera que fuese, hubiera podido cambiar el rumbo de su vida. Tal vez volvió a creer en la fuerza del destino que le había unido con ella en aquel París, centro de placeres fugaces, donde sólo pudo encontrar corrupción y dolor.

Al verle tan alegre y a menudo sonriente sus compañeros se admiraron de su cambio tan brusco, y al notar en su alcorca un pañuelo, un regalo o una prenda

de mujer, hicieron mofa de él, diciéndole que se hallaba enamorado y que mejor haría en continuar su vida de antes de libertad y de placer.

Vino el verano. El sol brilló de nuevo sobre las calles bulliciosas de la ciudad. . . . los edificios, las grandes iglesias, los caserones del barrio se cubrieron de alegría y de luz; los frondosos árboles del Bosque se llenaron de hojas verdes y de ramaje tupido. . . .

Fueron a una escondida playa de Bretaña. Escogieron un sitio pequeño y abandonado donde nadie interrumpiese sus caricias. Allí tendidos en la arena junto a las rocas y junto al mar. . . . volvieron a repetirse aquellas cosas que se habían dicho tantas veces.

Les gustaba salir las tardes de paseo cuando el sol iba desapareciendo lentamente en el horizonte sin límites de esas aguas azules y los barquichuelos de los pescadores vagaban sin rumbo por las playas cercanas. Les gustaba el ruido de las

olas al chocar contra las rocas, el zumbido del viento, y la ronca sirena de los barcos mercantes que aparecían a lo lejos para luego perderse en lontananza.

Amaban esos amaneceres cincelados de plata, y ese cielo límpido y claro, y ese paisaje alegre y apacible que contemplaban detrás de los cristales de la ventana de su alcoba. Amaban esas noches silenciosas y tibias cuando cogidos del talle caminaban sin rumbo por la arena plateada por la luna mientras sus sombras se confundían y las huellas de sus pisadas iban quedando atrás, a lo largo del camino....

¡Qué alegre era el pequeño hotelito situado frente al mar! Desmantelada la alcoba; pero limpia, clara y perfumada... pues los rayos del sol la bañaban las mañanas y la brisa de la tarde la embargaba toda entera hasta el anochecer.

Durante el día, ella pasaba frente a un bastidor retocando un cuadro que había terminado ya, y él sentado en un sillón de lona con un libro en la mano, fingía

leer mientras se deleitaba contemplando esa pintura y el fervor que ella en cada pincelada parecía poner.

Así pasó cerca de un mes.

A su regreso a París, Vivian alquiló un pequeño departamento en el barrio de la Estrella, al que arregló a su manera con objetos extravagantes, muebles antiguos y telares de color. ¡Era el nido de su amor! ¡La cita de sus amores!

Cuantas veces allí tendidos en el diván turco a la luz azuleja de una lámpara velada, sintió las manos temblorosas de ella, pasar por sus cabellos o sintió el roce de su boca en las pestañas, en los labios... mientras le murmuraba palabras que nunca había oído:

—Sólo a tí podré querer. Tú eres diferente de los demás.

En esos momentos de delirio él la tomaba entre sus brazos y la estrujaba contra su cuerpo o le quedaba mirando fijamente en esos grandes ojos azules que parecían sin fondo.

Cuantas veces en las tardes otoñales vieron caer del florero los pétalos de las rosas o de las flores marchitas. . . . entonces ella le decía:

—Nuestros amores terminarán así.

Vieron morir tantas tardes en esa alcoba oscura entre caricias, y besos, y voluptuosidades de amor. En las noches de invierno cuando la nieve había empañado los cristales, más de una vez ella se acercó a la ventana y trazó con su dedo una sola frase:

—Te amo.

En ese diván verde que conocía sus amores se juraron tantas cosas. . . .

Cuando cansados, hastiados de caricias levantaron las persianas para observar la ciudad y vieron a las gentes pasar y la evolución de las cosas, el mundo les pareció pequeño al lado de su felicidad inaudita.

—Qué feliz soy yo—decía ella—Creí que el amor no existía, pero lo he visto venir en tí.

Les pareció que el horario del tiempo se había detenido. . . . las tardes de Otoño

y las noches invernales se transcurrieron silenciosas, rápidas, saturadas de quimeras...

.....
Pasaron dos Inviernos y con ellos los delirios de esas horas de pasión se fueron atenuando poco a poco.

Eran una necesidad en su vida incierta y solitaria la presencia, las palabras y las caricias de ella; sin embargo, cuando una vez solo en su alcoba volvía a su pasado y a los dolores de su primer amor, sentía que un vacío iba apoderándose de su vida lentamente..... entonces se preguntaba atónito, si es que ella no bastaba para borrar ese pasado o si era que los delirios y las ilusiones de esas horas sólo compendian una simple pasión.

V

Sucedió lo que debía suceder. . . .

Una mañana al despertarse sintió el supremo hastío, miró a su alrededor como queriendo ahogar esa angustia, esa desesperación que invadían su alma. . . . hubiera querido continuar para siempre sumido en aquel letargo que le alejaba de una vida sin anhelos, ni ilusiones.

¡Qué opaca le pareció la mañana! Una mañana de nieve, de lluvia y de tristeza. ¡Qué triste el amanecer cuando su primer pensamiento fueron las nostalgias de la tarde pasada!

Le pareció tenerla a su lado y sentir las caricias de sus manos pálidas, creyó escuchar el metal de su voz que le decía:

—Nuestros amores terminarán así.

Comprendió que ya no le amaba, que no podía amarla, pues los ímpetus de su pasión se habían terminado.

Conque así era el amor... ese amor que él imaginó eterno, bello, fantástico. ¿Dónde estaba su felicidad de su vida de ayer cuando enlazado en los brazos de ella creyó que nunca podría abandonarla?

¿Conque tan fugaces eran las horas de pasión y tan pronto las alas del hastío venían a destruir el encanto de esas primeras noches de amor?

Nada en su alcoba había cambiado; sin embargo tuvo la impresión de que los claveles marchitos estorbaban, que el espejo de la consola se hallaba más opaco, que la estancia se hubiese oscurecido como sentía oscura y oprimida su alma...

Se vistió lentamente y sin saber por qué se dirigió al calendario. ¡Era un Viernes Santo!

Por un momento estuvo contemplando el torbellino de la ciudad; las tabernas se hallaban abiertas, las gentes pasaban presurosas, los carteles anunciaban los espectáculos de la noche, se oía ecos de voces y de gritos, y los ruidos de los vehículos al pasar.

Desde muy pequeño se había acostumbrado a respetar el silencio religioso de aquel día, pues, un Viernes Santo había muerto su madre.

Más que abatido se dejó caer en un sillón y allí cerrando los ojos vió pasar visiones de su patria y de los años pasados. Vió las calles desiertas, silenciosas, las gentes vestidas de negro. Vió viejas matronas cubiertas con mantones de seda negra y caras juveniles escondidas entre los pliegues de sus mantillas españolas... ir todas, por las calles estrechas y empedradas hacia la Iglesia.

Vió el lúgubre recinto sin luces, ni lámparas, ni velas en los altares, sumido en tenebrosa oscuridad. Al fondo un velo morado lo ha cubierto todo, menos un pe-

queño Cristo de cara lánguida y de mirar angustioso. Le pareció respirar ese perfume del templo, perfume a incienso y a velas apagadas, y creyó oír la voz del sacerdote quien con palabras arrebatadas y terribles recordaba aquel Viernes Santo.

De repente se puso de pié sobresaltado. De nuevo el ruido, de nuevo el bullicio de la gran ciudad. ¡Qué no hubiera dado por encontrarse años atrás ignorando todo aquello que le impedía ser el mismo!

Sonaron unos golpes en la puerta, luego se oyó el ruido de la cerradura y los pasos de una mujer. Era la sirvienta que le traía el desayuno y una bandeja con los periódicos y unas cuantas cartas. Allí habían sellos de varios países; pero le llamó la atención un sobre grande y abultado que venía de su Patria, lo rasgó con mano temblorosa y se puso a leer el contenido; de pronto el papel cayó de sus manos mientras permanecía aturdido y un cúmulo de ideas se agolpaban en su mente. Era una carta de su tío en la que en términos breves le decía que hasta entonces había

sido su tutor por voluntad de su difunto padre, que cuidó de él siempre como de un hijo; pero que había llegado el momento en que salvando su responsabilidad le devolvía su libertad y con ella la cuantiosa fortuna que había heredado de sus padres. Le pedía juicio y sensatez en su nueva vida y le enviaba un cheque por unos cuantos millares de francos y una carta de crédito para uno de los principales Bancos de París.

Largo tiempo permaneció perplejo con la cabeza entre las manos, sin moverse.

¡Sí! Era rico.... enormemente rico. Cuántas veces oyó a su tío ponderar su dinero, cuántas veces le habló de las inmensas tierras, herencia de sus padres, donde los páramos no tenían fin, ni los campos horizonte, ni las cabezas de ganado se podían contar....

Ya no sintió un supremo goce, pero una alegría salvaje al contemplar allá lejos un horizonte sin límites que la fuerza de su fantasía acababa de crear.

Todas las quimeras del pasado se concentraron ante él por un momento; vinieron a su mente los viajes extravagantes que había soñado, las ciudades misteriosas cuyas descripciones había leído, los sitios macabros y escondidos que más de una vez le hicieron estremecerse de contento.

Por un momento se vió viajando por países exóticos, buscando mil sensaciones, observando esa humanidad llena de miserias y de fugaces alegrías. Se vió en el Japón, en la China, en Africa... o en las tierras de Italia bajo el sol de Nápoles o en un fumadero de opio...

Sí. Era necesario decidirse. Ya que su primer amor había frustrado su vida y le perseguía, le atormentaba a todo instante, ya que la vida le sonreía con sarcástica carcajada impulsándole hacia la felicidad sin nunca concederle... iría por el mundo en busca de otros goces y de otras alegrías donde el corazón no contase ni el sentimiento le hiciese sufrir.

Iría a estudiar las razas, las lenguas, las costumbres; iría a vivir en todos los

ambientes, y a surcar todos los mares, y a conocer otros hombres; iría a llorar sus nostalgias en las arenas plateadas de los enormes desiertos y en los sepulcros de Tierra Santa; iría, en fin, a esos templos enormes, perfumados de sangre, y a esos puertos lejanos y olvidados donde al compás de una cítara y el canto de una mujer se jugase con la vida, con la miseria y con el dolor.

Sintió que un sudor frío cubría su rostro y que su cuerpo se estremecía con la fiebre del placer. Sí. Partiría al día siguiente.... pero ¿y ella?

Ella no podía obstruir su camino, ya no la amaba, no podía amarla más.... ¿Tenía acaso él la culpa?

Sin embargo en el fondo de su conciencia, alrededor de su cabeza, sentía como un golpe seco y cadencioso que repetía a gritos: ¡Siempre! ¡siempre!

Encendió un cigarrillo y con mano temblorosa sacó del cajón de su escritorio un pequeño mapa, ese mismo que en las horas

de estudio en el Colegio, le evocase tantas nostalgias y tantas quimeras. Allí vió el mundo entre líneas y colores, vió los países que había conocido, los mares que había cruzado, luego sus ojos se fijaron en esa faja de tierra larga y mal hecha que forma Italia. Pensó en Nápoles, en Roma, pensó en Florencia. Allí debía ir primero, a la ciudad de los Médicis, a la Patria de Dante, de Miguel Angel y de Leonardo da Vinci.

Apretó el botón del timbre y esperó junto a la puerta que viniese la sirvienta.

—¿Qué desea el señor?

—Dígale al portero que compre un billete para Florencia.

—¡Cómo! ¿se va el señor?

—Y mañana.

Luego se puso su gabán de invierno, envolvió su cuello con una bufanda y salió a la calle. Había cesado de nevar, pero la avenida se hallaba aún húmeda y hacía mucho frío....



Largo tiempo estuvo caminando por las calles cercanas.

El enorme torbellino de la ciudad daba vueltas alrededor de su cabeza. Vió que las gentes entraban a las tabernas, a los almacenes, a los hoteles del frente. Vió los automóviles, los tranvías, los vehículos que giraban por las esquinas y las plazas; vió mujeres elegantes que andaban sin rumbo por la acera y cortesanas viejas que le sonreían al pasar. Vió el Arco del Triunfo, el bullicio de los Campos Elíseos, luego el Paseo de Rond Point y la plaza de la Concordia.... y sintió una extraña alegría al dejar todo aquello, al dejar la gran ciudad desbordante de placeres amargos y de ambiciones sin fin. Sintió más que nunca el deseo de una nueva vida, aparte, muy diferente de la suya. Hubiera querido encontrarse ya en Italia, en Grecia o en la India contemplando palacios suntuosos o vestuarios extraños

o coches tirados por un caballo, que dejasen tras sí la música de sus cascabeles.

Llegó hasta la calle de la Paix y allí se detuvo un momento. Los escaparates lucían mil objetos de toda clase; se veía collares, pulseras, joyas, artículos de vestir. El recuerdo de Loorna vino una vez más a su memoria, cuantas veces había recorrido aquella misma calle buscando un objeto para ella. . . . Sintió un agudo remordimiento de dejarla, de separarse de ella sin decirle nada. ¿Por qué no verla una última vez? Le diría que estaba obligado a emprender un viaje, que regresaría pronto.

Miró el reloj, aún tenía tiempo de ir a buscarla a la Escuela de Pintura. Animado por esta resolución se acercó al primer taxi que pasaba:

—Al Bulevar St. Michel—dijo al conductor.

Desde la ventanilla del automóvil siguió observando todo aquello que encontraba a su paso: esos edificios de paredes grisáceas, esas calles angostas y turbulentas,

esos monumentos ante los cuales había pasado tantas veces. Recordó su primera noche en París cuando sintió un goce indecible contemplando los Cafés cantantes, los grandes avisos de luces artificiales y las mujeres mercenarias que sentadas en un rincón bebían una taza de café con leche... una sonrisa amarga pasó por sus labios. ¡Mucho le había cambiado la vida desde entonces!

Fueron a detenerse en una de las calles laterales al Bulevar. Las doce sonó en un reloj vecino. Comenzaron a salir las obreras, los empleados, los estudiantes de la Universidad; pasaron unos momentos, la divisó a lo lejos; venía alegre, sonriente como de costumbre, la palidez de su rostro se había acentuado con el frío de la mañana realzando el tinte oscuro de sus cabellos negros.

Al ver a Vivian no pudo reprimir un gesto de sorpresa, sus ojos revelaron un placer infinito.

—No esperaba que vinieses—le dijo después de besarle en los labios.

—Tenemos que hablar—dijo él.—¿Quieres ir al parque un momento?

—Vamos. Tengo una noticia para tí. Pero nó... no te la diré ahora. ¡Qué feliz soy!—exclamó luego cogiéndole del brazo.

Echaron a andar primero por las calles centrales, luego por los suburbios hasta llegar al mismo jardín donde más de una vez preguntaron a los árboles y a los pétalos de las margaritas la profundidad de su amor.

Sentados en una banca ella pasó su brazo por los hombros de él:

—Tres días que no has venido—le dijo—el tiempo se me ha hecho largo.

Sin saber por qué él sintió revivir en ese instante todos los momentos de goce que pasaron juntos; recordó sus paseos con ella, las tardes invernales junto al fuego, sus caricias ardientes y sus frases de amor... y por un culto al pasado superior a sus fuerzas sintió la cobardía de decirle que se iba o de llevarla con él por los caminos del mundo.

Ya que su pasión se había terminado ¿qué podía brindarle ella sino la obsesión de ese amor marchito?

Agobiado de incertidumbre se puso a mirar uno a uno los rincones de ese jardín ahora desierto, la nieve había humedecido el junquillo y las ramas secas de los árboles se extendían sin hojas presentando un paisaje melancólico.

De repente ella se puso de pie, se colocó frente a él y después de mirarle largo tiempo dijo:

—Tengo que decirte algo que no me atrevo a decírtelo—calló un momento y luego continuó como hablando para sí misma:

—Que tal vez nos unirá para siempre.

—Dímelo—dijo él en voz baja.

Ella se acercó más aún, juntó su rostro a las mejillas de él y pegando su boca a sus oídos le dijo en voz casi imperceptible:

—Voy a ser madre. El médico me lo ha dicho.

El permaneció un momento aturdido, una palidez de muerto cubrió su semblante, luego sintió que sus labios y sus manos temblaban.

Apoyada contra su pecho ella sollozaba:

—Soy feliz—repetía.—Así no podremos separarnos nunca.... nunca.

Permanecieron largo tiempo en silencio. Caía una llovizna ligera sobre la tierra aún húmeda, el cielo de color gris oscuro se hallaba cubierto de nubes opacas. Se respiraba un ambiente tibio y pesado, una ráfaga de viento fresco pasaba silbando por momentos.

El sacó el reloj.

—Vamos—dijo.—Llegarás tarde.

Comenzaron a caminar paso a paso sin pronunciar palabra. Las gentes pasaban a su lado tocándoles el brazo, las mujeres reían, los muchachos pregonaban los periódicos. El sentía que los edificios, las calles, los automóviles giraban alrededor de

su cabeza, apenas sabía donde estaba. Al llegar a la desembocadura de la calle se detuvieron cerca de la pequeña plazoleta.

Ella volvió a mirarle fijamente en los ojos, luego le besó en los labios:

—Hasta mañana a las cinco—le dijo.

—Hasta mañana—repitió él maquinalmente.

* * *

Cuando llegó a su alcoba cerró la puerta con llave y comenzó a pasear a grandes pasos alrededor de la estancia, se hallaba sumamente pálido; luego se acercó a su escritorio y sacando un pliego de papel comenzó a escribir una carta. Cerró el sobre cuidadosamente, puso una dirección y tocó el timbre:

—Entregue ésto al portero—dijo a la sirvienta.

—Está bien señor.

Se acercó luego a un rincón y tomando su maleta de viaje se puso a limpiar el polvo, encendió un cigarrillo, miró varias veces por la ventana y se dejó caer en un sillón con aire de profundo abatimiento.

VI

Las campanas de una Iglesia vecina sonaron las once.

Aún nevaba aquella noche. Los copos blancos caían lentamente sobre las viejas casonas del barrio y la escarcha empañaba los cristales de las ventanas cubiertas de luz. Se veía poca gente en las aceras, y los "Cafés" del Bulevar de ordinario llenos de estudiantes, de bohemios y de burgueses, se hallaban casi desiertos. Pasaban los enormes ómnibus arrastrando sobre sí el peso de sus carruajes, cruzaban pocos vehículos por las calles abandonadas, y sólo

de vez en cuando alguna mujer fugitiva cuya silueta se confundía con la niebla iba a detenerse ante el farol de una esquina mirando a todos lados con gesto de impaciencia.

En una de esas calles estrechas y humedecidas por la nieve, frente a una casa vieja cuyas paredes desteñidas le daban un aspecto humilde se oyó de súbito, en medio del silencio de la noche, el sonido de dos detonaciones. Transcurrieron unos instantes de calma, luego se oyeron ruidos de pasos, abrir y cerrar de puertas, gritos desesperados y lamentos. Algunos transeuntes se detuvieron ante el portón de la entrada para ver lo que pasaba y un agente de policía que se hallaba en la esquina se movió pausadamente hacia el lugar del bullicio.

El zaguán era estrecho y oscuro, una lámpara de cristal cubierta de polvo alumbraba escasamente un rincón del pequeño patio. Las escaleras de madera carcomida, tapizadas por un tripe gastado por el uso daban acceso a un departamento pequeño

situado a la derecha. Allí frente a una puerta entreabierta, de donde salía un torrente de luz que bañaba el corredor, un grupo de personas miraban atónitas hacia el interior de la alcoba. Tendido en el suelo en medio de un charco de sangre yacía el cuerpo inerte de una mujer de veinte años; tenía los cabellos ondulados y negros echados hacia atrás, los ojos semiabiertos sombreados por largas pestañas, la tez del color del mármol, los labios pálidos despedían un hilo de saliva espesa que iba a mezclarse con la sangre. Estaba echada de lado, medio desnuda, los senos descubiertos, la bata de seda abierta y arrugada dejaba ver su cuerpo de una belleza estatuaria. A pocos pasos de ella se veía un revólver que había rodado por el suelo y más allá, cerca de una mesa, un pliego de papel arrugado, medio roto y aún humedecido por las lágrimas....

TERCERA PARTE

I

Los años corrieron silenciosos. . . .

En busca de sensaciones, queriendo ahogar su pasado y marchitar su presente, fué por todos los caminos del mundo.

En los diferentes rincones del globo vió el renacer de las Primaveras y el desaparecer de las últimas nieves del Invierno. . . . Las estaciones, los días y las horas transcurrieron en el rosario del tiempo con sus alegrías vanas, sus tristezas roedoras, sus noches interminables de desencanto indefinido; pero siempre bajo un escenario nue-

vo y un horizonte desconocido para el mañana.

El fué el mago observador del mundo quien quiso ir siempre adelante.... sin saber donde iba; él fué el artista, el espectador sin tregua que buscó placeres fantásticos, virtudes absurdas y locuras sin fin; él fué el sabio poderoso que no supo ahorrar tiempo ni dinero para amar y odiar la humanidad de cerca; él fué, por fin, el demente aventurero que buscó las ciudades escondidas, y los puertos olvidados, y las almas leprosas de mujeres que curaban sus miembros lacerados con el haschich, con la música y con el amor.

Profundizar el mundo y la humanidad en todas sus formas.... ¿ese había sido su arte!

Su pasado cada vez más escabroso y negro iba quedando atrás como esos años que vivió tan ligero ofuscado por las sensaciones frenéticas del presente.

Visitó desde países extravagantes como el Japón y la China, hasta las ocultas ciudades de las colonias retiradas; pero no

sólo las miserias de la humanidad y el contacto con hombres o mujeres arrasados por la vida que llevasen en sus rostros las marcas del pasado, compendió el centro de sus estudios y su solaz de entonces; estudió las artes, los monumentos, la historia de los pueblos; buscó la causa de la esclavitud de los hombres, la fuente de las Religiones, el origen de esos Imperios que no existían más.

Fué a Italia. Recorrió Florencia, Milán, Roma, Venecia, Nápoles. Fué a la India y a Egipto.

Con toda la loca energía de sus veinticinco años, guiado por un deseo ardiente de saber, comenzó a visitar museos, revolver Bibliotecas, a estudiar las grandes obras que tenía ante sí.

Quiso comenzar por lo primero: el origen y el por qué de las cosas, el rumbo de las grandes obras y de los grandes hombres.

El como ninguno pasó días enteros ante el mármol de una estatua, el lienzo de una pintura o el labrado de un vitral....

Gastó sumas exorbitantes en comprar cuadros antiguos, objetos extravagantes, miniaturas artísticas, marcos originales que arrancó con afán de las manos de avaros mercachifles o los encontró olvidados en las desamparadas tienduchas de arrabal.

Le gustaban las ciudades italianas por su perfume de antigüedad y de riqueza, por su historia sangrienta y gloriosa, porque sus monumentos fuesen grandes obras de arte y porque allí pudo encontrar un centro de investigaciones que amortiguasen el tedio de su vida.

En Florencia vivió varios años. No pudo apartarse por mucho tiempo de esas calles estrechas y cerradas donde en otra época corrió tanta sangre; de esos palacetes de mármoles verdes con ventanas ovaladas y barrotes de hierro donde vivieron los Médicis y se forjaron orgías fantásticas con cortesanas locas, en medio de vibrantes carcajadas, de hojas de puñales y de palabras de amor.

Le gustaba pasear las mañanas junto al Arno o ir a detenerse en el Ponte Vecchio

para volver hacia el pasado con el recuerdo del Dante, de Miguel Angel o de Leonardo da Vinci. Le gustaba vagar por la plaza de la Señoría y detenerse largo tiempo ante los enormes colosos obra de Cellini y de Cambio. En las noches claras y transparentes del verano solía caminar sin rumbo por las calles solitarias reviviendo los amores del poeta en las visiones de su fantasía. Amaba la penumbra en la ciudad, el reflejo de las luces sobre los mármoles azules de la "Campanile di Giotto", el trayecto de los coches, el sonido de los cascos del caballo, el ruido de los casca-
beles....

Más tarde en Venecia.... aquella como ninguna otra ciudad fué el escenario nuevo que marcara su camino alimentando las fantasías de su imaginación. El suave balanceo de la góndola negra que avanzaba lentamente sobre las aguas de tintes ambarinos del canal dormido, el golpe del remo, el grito cadencioso del viejo gondolero, las casonas selladas de misterio y la luz de una ventana.... produjeron en su

alma una sensación de sopor y de embriaguez desconocida.

Solía detenerse en las callejuelas más sucias y escondidas, en los retirados "Cafés" del arrabal para escuchar el son de una guitarra y la voz de un veneciano que cantaba solitario una tonada de amor. Solía buscar los suburbios silenciosos, los canales angostos y desiertos, las casuchas miserables y era un placer para él contemplar en su camino la Virgen de una esquina o el detalle de un pilar.

Quiso buscar el amor de una de esas mujeres de ondulante y negra cabellera, de mirada ardiente, de salvaje hermosura para que le cantase a solas, a la luz velada de un farol, las románticas canciones de pasión.

¡Qué misteriosa ciudad le pareció aquella!

Cuando navegaba por las noches en una góndola cerrada por las aguas apacibles del canal de la Guidecca, cuando pasaba frente al Palacio "Mocenigo", cuando iba dejando atrás esas torres cubiertas de penumbra y esos Palacios tenebrosos ligera-

mente claros, cuando visitaba las enormes galerías de la casa de los Dogas o esas cárceles húmedas y frías... le parecía volver al pasado con la imagen de escalinatas y de amantes, de espadas y veneno, de adulterios lavados con sangre y de conspiraciones selladas con la vida.

Otras veces fué a los Museos, a las Academias a buscar la fuente de estatuas y pinturas, y a contemplar de cerca las obras de los maestros italianos. Tiziano, Veronese, Bellini, Tintoretto, compendieron su deleite y su placer.

La Iglesia de San Marcos, Sta. María della Salute y algunas otras fueron el refugio de sus horas de nostalgia. Le gustaban esos templos pequeños y riquísimos, esas columnatas de mármol, las vidrieras de colores, esas casullas bordadas, la imponente belleza de los grandes altares. Le gustaba inclinarse ante esos Cristos de bronce y permanecer largo tiempo ante los púlpitos enormes labrados de oro donde en otros tiempos la voz del Predicador clamó a gritos reforma y penitencia. Le

parecía ver la muchedumbre estremecida; ver caballeros de capa, rostros de grandes señores devastados por el libertinaje, cortesanas medio desnudas arrojar a la hoguera sus literas y sus joyas pidiendo a gritos el perdón de sus pecados.

Largo tiempo vivió en Venecia. No hubiese querido que le abandonase nunca ese conjunto de ensueños, de quimeras, de veladas interminables en las que contempló con el ardor de su imaginación las escenas de una época turbulenta y sensual....

De allí pasó a Roma. Grandiosa debió de haber sido para él esa ciudad saturada de historia, venerada por el mundo, cubierta de ruinas y de escombros. Creyó volver una vez más hacia las edades primitivas, hacia las luchas de las Religiones, hacia el tiempo de gladiadores y titanes, de mártires, de catacumbas y de sangre....

¡Cuántas veces junto a la piedra cortada de un sepulcro o ante los milenarios bloques de una arcada volvió hacia ese pasado floreciente y hermoso!

Comenzó a visitar esos monumentos uno a uno; admiró la imponente de los templos romanos y el valioso tallado de los mármoles blancos. Recorrió los altares, las estrechas galerías, los altos campanarios. Permaneció largo tiempo en los suntuosos salones de techo cincelado y zócalos esmaltados de oro. Buscó la lúgubre soledad de las Iglesias y el silencio misterioso de las ruinas. Visitó las catacumbas. ¡Cómo le impresionaron esos socavones oscuros y vacíos donde vió paredes carcomidas y calaveras huecas!

Durante un mes recorrió casi diariamente el Museo del Capitolio; le fascinaban aquellas estatuas de mujeres desnudas y esas grandes pinturas que representaban mitos o sangrientas batallas.

Raras veces se deleitó tanto su espíritu ansioso de lo extravagante y de lo macabro como al contemplar en el "Ceimitero dei Cappuccine" cráneos y esqueletos humanos que tapizaban las paredes y cubrían los tumbados, en medio de cruces de madera, de polvo de Tierra Santa y de vestuarios de monjes.

Otras veces en sus horas de tristeza buscó descanso en su culto desesperado hacia lo antiguo. Sus paseos diarios se redujeron al "Forum Romano" donde pudo observar aquellas piedras en las que fue fundada la antigua Roma. Esas enormes columnatas derribadas, esas piedras carcomidas, los vástagos de palacios y de templos que yacían allí medio sepultados, ennegrecidos, malgastados por los años... fueron el objeto de su estudio y de su placer mezclado de amargura.

Le gustaba penetrar al Panteón construído por Agrippa para ver, en sus visiones del pasado, a los forasteros del mundo entrar con sus deidades en medio de perfumes desconocidos, aromas de incienso y literas de oro.

También le vieron ante la tumba de los genios, junto a los restos de Rafael, bajo el árbol milenario donde buscó su refugio Tasso, a lo largo de la Vía Apia donde Miguel Angel en las noches tenebrosas forjó los fantásticos personajes de sus obras.

Vió morir tantas tardes de invierno en los enormes salones del Vaticano y vió tantos crepúsculos bañar los marcos dorados de las pinturas y los cuerpos amarillentos de las grandes estatuas.

Recorrer la inmensa Basílica de San Pedro deteniéndose ante sus pilastras y sus pórticos labrados, mientras allí en el fondo en una Capilla oscura entonaban los monjes los cánticos de la noche; detenerse largo tiempo ante la obra de Rafael; penetrar silencioso en la "Capilla Sixtina" para contemplar a solas el "Juicio Final" de Miguel Angel, constituyeron los momentos de más emoción en su vida de entonces.

Las noches vagó alrededor del Coliseo para observar los reflejos argentinos de la luna sobre esos escombros que aún parecen tener sabor de sangre. En las alucinaciones de su fantasía vió el correr desesperado de carruajes, y luchas de hombres y de fieras, y tribunas saturadas de gente, y mujeres bellísimas, casi desnudas, cubiertas de perfumes y de joyas, que reían con sarcasmo, con extraña alegría. Oyó gritos

ensordecedores clamando la muerte y pidiendo la vida; oyó el tropel de caballos, mugidos de toros, crujir de huesos, el ruido de las lanzas al romperse y las melodías del harpa....

Cuando cansado, medio loco, volvía al silencio de su alcoba, le parecía haber vivido todo aquello....

Poco a poco le fué hastiando el arte, la belleza, ese mundo imaginario en el que había vivido hasta entonces; sintió la soledad de su vida que debía ser sin rumbo ni camino.... quiso aturdirse una vez más, buscar otros dolores u otras alegrías que siguiesen marcando su carrera desenfadada hacia lo desconocido.

Fué a Montecarlo. Una sensación había ignorado hasta ese instante, una sensación aturdidora e incomparable: el juego.

Allí olvidó sus nostalgias, el tedio de su existencia alrededor del tapete verde mientras la bola de la suerte corría rápidamente entre ese pequeño espacio de números rojos y números negros. Contempló mujeres des-

cotadas cubiertas de joyas y resplandecientes de juventud, hombres pálidos con el rostro ajado por el tedio, príncipes desconocidos, ancianos de cabellos blancos y de mirar cansado que esperaban con febril agitación la suerte de sus dineros....

Allí vió hombres de todas las razas, escuchó lenguas extrañas y contempló tantos vestuarios extravagantes y bellos.

Allí presenció dramas sangrientos, tragedias misteriosas, escenas de locura, de muerte y de dolor....

Allí aprendió a conocer que un puñado de monedas jugadas con una mujer le unían más a ella que muchas noches de amor. Allí conoció también que las grandes pasiones surgen en la vida al jugar con ella.

Después de esas interminables veladas junto a la mesa de juego, después de esas noches fugaces de amor.... le gustaba pasear a solas por las enormes terrazas del Casino, por los pintorescos jardines cubiertos de flores, por la avenida sombreada de palmeras y por los "cafés" alegres bañados

de sol, y sentía un placer especial en detenerse largo tiempo ante las aguas azules del Mediterráneo....

Pasaron los años.

Nada se supo de él por mucho tiempo.

Anduvo sin rumbo por lugares desconocidos, desembarcó en puertos miserables y olvidados, allí en tabernas inmundas compartió entre marineros y hombres de cuerda el amor comprado de mujeres desgredadas entre el humo del tabaco, el son de una guitarra y el aliento podrido de licor.

Buscó la compañía de aventureros y contrabandistas quienes le enseñaron los detalles de su arte. Navegó en viejos veleros que se dirigían hacia los sitios más recónditos del Africa. Sobre cubierta en las mañanas tranquilas de alta mar jugó a las cartas con hombres temerarios, de gestos rudos, de mirar rencoroso y escuchó extrañas historias, hazañas espeluznantes en las que ellos relataban sus luchas con la muerte en medio de la tristeza y del silencio del Océano....

Fué a Turquía, a Armenia. Más tarde, en el Japón, en la China y en la India, sólo ansió conocer lo exótico, lo extravagante, lo que podía ser nuevo para él.

Cómo le llamaron la atención esos países extraordinarios donde encontró sitios de rara belleza y pudo observar costumbres desconocidas, ceremonias suntuosas, templos riquísimos, todo el misterio de esos pueblos de Oriente saturados de misticismo y de superstición.

Lo vieron embotado, sin sentido en los fumaderos de opio o entre los brazos desnudos de una bailarina oriental. Escuchó con aturdimiento las notas cadenciosas y los ritmos pausados de instrumentos extraños entre las sederías de los divanes, los cantos voluptuosos y las suaves delicias del perfume abrumador. De los labios de una mujer arrodillada en el tapiz oyó recitar esas fábulas y esos poemas de la literatura de Oriente en los que con frases delirantes se cantaba el amor, los besos y las caricias.

Por espacio de varios años recorrió uno a uno los lugares sagrados de la India.

En ningún país había encontrado hasta entonces tanta belleza y tanta fantasía. Allí contempló las muchedumbres cubiertas con turbantes de colores vivísimos, los elefantes que se arrastraban pausados, las vacas sagradas, los viejos mercaderes sentados bajo el pórtico ofreciendo sus mercancías de frutas, viandas o flores y las esbeltas mujeres morenas con el cántaro en el hombro que se dirigían hacia las fuentes por las calles abrasadas de sol. Contempló centenares de brahmanes que cantaban los himnos védicos junto al estanque de los lirios de oro. Se detuvo ante el pórtico de las cien columnas, la cámara de los sesenta y tres santos y ante los mil objetos de piedra o de madera que representaban a los dioses en figuras de animales, de patriarcas o de monstruos.

Sentía un extraño deleite en respirar ese aire impregnado de los penetrantes aromas del incienso, de las frutas tropicales y de la madera del sándalo. Le gustaba detenerse junto a las fuentes cristalinas para observar a los transeuntes que a su paso

se frotaban la frente con las cenizas sagradas. Las noches en las ardientes calles de Madura vagó como un loco en medio del silencio y de las tinieblas.

En Benarés junto a las orillas del Ganges vió el tumulto de hombres, mujeres y niños sumergirse lentamente en las aguas sagradas mientras ofrecían al río milagroso entre voces, campanadas y canciones la ofrenda de flores y de frutas en señal de arrepentimiento y penitencia; vió peregrinos viejos, mendicantes andrajosos, mujeres arrasadas por la vida levantar las manos al cielo en oración y contemplar absortos la corriente tranquila cuya sola presencia significaba para ellos la absolución de los vicios y de los pecados terrenos.

¡Ah la santa ciudad de Kassil!

Cuando vagaba por las calles polvorientas, cuando encontraba en su camino elefantes sagrados, pavos reales y camellos, cuando se detenía en cada esquina para contemplar un ídolo o un templo, cuando oía el sonido de los "gongs", los cantos del hindu y el murmullo silencioso de ora-

ciones sagradas o de ritos religiosos. . . . le parecía haberse transportado a un mundo irreal e imaginario que antes conociera en las alucinaciones de su fantasía.

¡Qué exótica belleza poseían esos templos imponentes y suntuosos que se destacaban desde la lejanía por encima de las techumbres de paja y de las viejas casonas de las cálidas ciudades. . . .!

Allí vió cuadros extraños y figuras macabras; el dios Siva representado con cuatro caras, la garganta azul, la cabeza adornada con serpientes, por cuyos bucles se desbordaba el caudaloso Ganges, o en forma de una cabeza de plata, los ojos enormes, el aspecto temible; vió las esculturas de Elora y Elefanta, la Diosa Durga con seis brazos montando un león armado de espada y arco, y tantas otras alegorías que para la raza hindu compendia el fruto de sus tradiciones y el origen de su pueblo.

Amaba el silencio religioso de los pequeños santuarios, las interminables arcadas con sus mil ídolos, las grandes estatuas de Buda y los sacerdotes brahmanes ejecu-

tando esas ceremonias saturadas de pompa; amaba, en fin, esas terrazas perfumadas de jazmines, donde el hindu solitario masticaba el bettel....

Estudió con afán el arte helénico, el arte persa y el arte hindu con sus influencias y sus tradiciones. Así conoció como habían surgido los llamados "Stupas" donde se guardaban las reliquias; las "chaityas" lugares de oración; los "bettus" grandes patios cuadrados que encerraban un personaje simbólico. Buscó con afán tejidos, muebles y urnas antiguas, copas ornamentadas, azulejos, platos decorados con figuras de aves, vasos cincelados, fuentes grabadas con signos extraños y trabajos de marfil pintados de animales y de flores.... en fin todo aquello que pudiese halagar su fantasía.

¡Ah la India! Cuando más tarde recordaba sus viajes por las ciudades santas sentía un estremecimiento, un extraño dolor de haber dejado aquello.... porque ese país como ninguno fué grandioso y fué sagrado para él, por que allí la natu-

raleza entera es un dios, porque allí se veneraron en los tiempos remotos desde el elefante enorme que se arrastra pausado hasta las aves, las flores de loto y las frutas tropicales que llenan esos campos hirvientes y polvorientos siempre llenos de sol.

II

Ahora vivía en París en uno de los magníficos hoteles situados en el Bosque de Bolonia.

Se decía que era un hombre extraordinario. En los "clubs" que frecuentara, en los lugares a donde fuera, en los salones de baile las miradas de todos se encontraban cuando entraba él. Corrían rumores extraños sobre su persona, sobre su proceder extravagante y misterioso, sobre el tren de vida principesca que llevaba; las mujeres le amaban, los hombres preferían no encontrarle.

Nada, en efecto, se sabía de él. Tan pronto se lo hallaba en los elegantes salones del Bulevar St. Germain asombrando a las gentes con la cultura de sus modales o el corte de sus trajes, como en las retiradas tabernas del suburbio o en los "cabarets" de la "Vilette" en compañía de personas dudosas o de cortesanas de la más baja condición.

De ordinario se le veía las mañanas cabalgando en los magníficos caballos que había importado de Inglaterra; las noches en su palco de la Opera que nunca abandonaba; y algunas tardes en un "café" de moda donde solían reunirse las mujeres más bellas del mundo parisien. Vestía siempre con refinada elegancia, nunca abandonó el bastón, ni los guantes, ni la flor en el ojal de su vestido.

A veces, por espacio de varios días y hasta por meses enteros no aparecía por ningún sitio. Sus amigos susurraban alguna aventura femenina o uno de esos viajes inesperados o fingidos que él solía efectuar con tanta frecuencia; pero lo cierto

es que nadie alguna vez pudo saber donde se hallaba.

En los corrillos de los salones o en las reuniones mundanas cuando se hablaba de él se le atribuía episodios extraños, amores con mujeres increíbles y se decía que en su residencia del Bosque llevaba a cabo orgías fantásticas, usando vestuarios de monjes o túnicas negras, en lugares que representaban harems turcos o salones orientales.

Su vivienda por muchos conocida era considerada como una de las moradas más lujosas y de más exótica belleza. Había arreglado salas de estilo oriental tapizando el suelo con riquísimos tapices traídos de Persia, cubriendo las paredes con magníficos telares tejidos a la mano y colocando sobre las mesas y las estanterías vasos, cántaros, urnas de bronce, de piedra o de alabastro pintadas de animales o de flores de lis. Creó habitaciones de estilo japonés adornadas con sederías de colores, biombos bordados, sillones de madera y grandes armarios labrados en su superficie de figu-

ras de aves o de dioses o de hombres esqueléticos consumidos por el vicio. Poseía objetos de cristal y de mármol del arte más exquisito. Las lámparas como su vajilla y las grandes arañas que pendían de la techumbre de los salones de baile habían sido escogidas entre los más finos cristales de Venecia. Poseía también damascos muy antiguos, casullas bordadas de oro, marcos de plata artísticamente labrada, encajes finísimos, objetos de cuero y vestuarios extraños cuya procedencia sólo él conocía.

Había llenado de cuadros las grandes galerías y conservaba gobelinos y lienzos enormes que representaban damas de la corte o caballeros de capa de quienes la historia relataba leyendas fantásticas y episodios extraños.

En las magníficas vitrinas que adornaban los salones había colocado mil figuras exóticas, ídolos pequeños, calaveras huecas, filigranas de oro. Allí había un Cristo traído de Tierra Santa, una reliquia del Santo Sepulcro o algún talismán curioso

que decía ser obsequio de una de esas sibilas de aspecto repugnante que encontrara en algún puerto lejano.

Su librería compuesta de los más raros ejemplares de la literatura de Oriente y de Europa se hallaba formada de volúmenes lujosamente forrados con el mejor cuero inglés.

Como gastase sumas exorbitantes en joyas y piedras preciosas él mejor que ninguno conocía el oriente de una perla, el tallado de un diamante o el precio de un collar. Conservaba también deliciosos perfumes traídos de Chipre, hierbas venenosas que encontrara en la India y raros ingredientes con los cuales solía efectuar curiosas efusiones.

Pronto los salones de su casa se convirtieron en un lugar de moda. Dos o tres veces por año se realizaban allí rumbosos festivales cuyos ecos de despilfarro y de riqueza entretenían por algún tiempo a los repórters y llenaban las columnas de revistas y periódicos.

Por espacio de varios años Vivian Christie asombró al mundo parisién con sus extravagancias, con su lujo desmedido, con el tren de vida misterioso que llevaba.

Pocos conocían su origen. Los colonos del barrio y los pilletes de las calles que lo conocían desde lejos le llamaban "le riche américain".

Pasaron los años. Un día las puertas de los salones se cerraron del todo y las páginas de los periódicos no volvieron a hablar de él. Las mañanas le vieron solitario vagar sin rumbo junto al estanque helado. Su dandismo de antes había desaparecido, iba negligentemente vestido, la corbata mal puesta, el sombrero empolvado; los que le habían conocido años atrás no querían figurarse que era el mismo. El, que nunca abandonara el clavel en el ojal, ni el bastón en la mano; él, el hombre de moda que no conociera más modelo que su estilo, ni más elegancia que su fantasía andaba ahora cabizbajo y mal portado, el abrigo desteñido, los cabellos blanquecinos en desorden. Las gentes aseguraban

que se hallaba muy mal de fortuna, corrían por ahí extraños comentarios, y aquel hombre legendario que antes causara la intriga de los salones fué pasando desapercibido en los lugares a donde fuese.

Los árboles crecieron alrededor de su ventana; las invitaciones y las cartas femeninas se amontonaron cerradas en un rincón de su escritorio; las ramas cubrieron la verja del jardín, una vez más la nieve empañó los cristales de la ventana de su alcoba, pasaron los inviernos... nada se supo de él.

Decían que había buscado refugio en la Religión, que se había convertido al Catolicismo. En efecto, más de una vez le vieron penetrar en los oscuros recintos de las Iglesias contiguas e ir solitario a postrarse ante un altar, hasta aseguraban haberle visto de rodillas ante las cortinas negras de un confesonario....

Se hablaba de que repartía sumas inmensas entre las gentes pobres. Su bolsa estaba siempre abierta para los necesitados, nunca forastero alguno recibió rechazo al

pedir una ayuda, ni se negó una limosna a aquel desvalido que atravesase el umbral de su puerta. También lo vieron en los barrios retirados en compañía de gentes humildes.

A veces en el Cementerio del Père Lachaise hablaba a grandes voces con los muertos....

Un día lo encontraron tendido en su escritorio, el rostro pálido inclinado sobre el tapete rojo, había en su semblante una expresión triste y tal vez en el rincón de sus labios una mueca extraña de amargura; sus cabellos que habían emblanquecido durante los últimos años caían en desorden sobre las arrugas profundas de su frente, tenía los ojos entornados, los labios entreabiertos, en sus manos aún crispadas sostenía un plumero.

Parecía que pensara intensamente en algo muy profundo y muy triste al mismo tiempo. ¿Pensaría tal vez en el pasado de su existencia estéril o en aquella noche de amor que fué su vida?

Después de almorzar se había encerrado en su escritorio, allí permaneció toda la tarde, del viejo sillón de cuero que le acompañara tantos años no pudo levantarse más....

Cuando el sirviente entró a anunciarle que la comida estaba servida, lo encontró de espaldas con el rostro apoyado en el tapete, las manos extendidas, los cabellos en desorden; acostumbrado a los extraños procedimientos de su amo creyó que estaba dormido y no quiso interrumpirle.

La noche con sus sombras negras penetró en la alcoba.... el espejo perdió sus matices y las siluetas de los cuadros se borraron lentamente en la penumbra. En la desierta galería el reloj sonaba las horas con un ruido tintineante y cadencioso. Acababa de dar la una. Intrigado el sirviente penetró de nuevo al aposento, le encontró en el mismo sitio de antes, un silencio mortal envolvía el ambiente, ni siquiera su respiración jadeante turbaba ese silencio. Se acercó paso a paso le llamó

repetidas veces por su nombre, le sacudió una mano, luego un brazo . . . él no contestó.

Quiso levantar su cabeza, pero el cuerpo se desplomó estrepitosamente sobre el tapiz. ¡Estaba muerto!

Llamó a grandes voces a los demás criados, todos le vieron así y en sus rostros se dibujó un espanto desconocido.

Afuera, sobre los cristales la nieve caía en grandes copos, se estremecían los bastidores de las ventanas, silbaba el viento con un sonido sordo y lejano.

Junto a su cuerpo inerte un perro aullaba con un aullido que parecía un llanto

Luego todo quedó en silencio. ¡Eran las últimas nieves de ese Invierno!

FIN

Acabóse de imprimir esta novela
en los talleres tipográficos de
Cándido Briz Sánchez,
en Quito,
el 25 de Abril de 1934.

LA EDITORIAL BOLIVAR

ha iniciado hasta hoy cinco colecciones de importancia:

"BIBLIOTECA ECUATORIANA. Colección general", libros publicados por los editores Alfonso y José Rumazo González, y bajo su responsabilidad.

"BIBLIOTECA ECUATORIANA. Serie independiente", libros que aparecen por cuenta de los autores.

"BIBLIOTECA ECUATORIANA. Colección Historia del Ecuador", cuyos volúmenes constituyen ya valioso aporte a la historia de nuestra nación.

"BIBLIOTECA DE LA ALIANZA UNIONISTA", tomos que contendrán todas las orientaciones e investigaciones de la Alianza Unionista, además de los temas culturales que tengan relación con ella o con la Universidad Bolivariana.

"BIBLIOTECA COLIBRI", libros pequeños, económicos a pesar de su magnífica presentación, y en los cuales podrán iniciarse nuestros escritores jóvenes. Esta colección se prestigia por el intercalado de producciones de autores reputados.

SUSCRIBASE: Dirección:

Alfonso y José Rumazo González,

Apartado 543 - Quito-Ecuador, S. A.